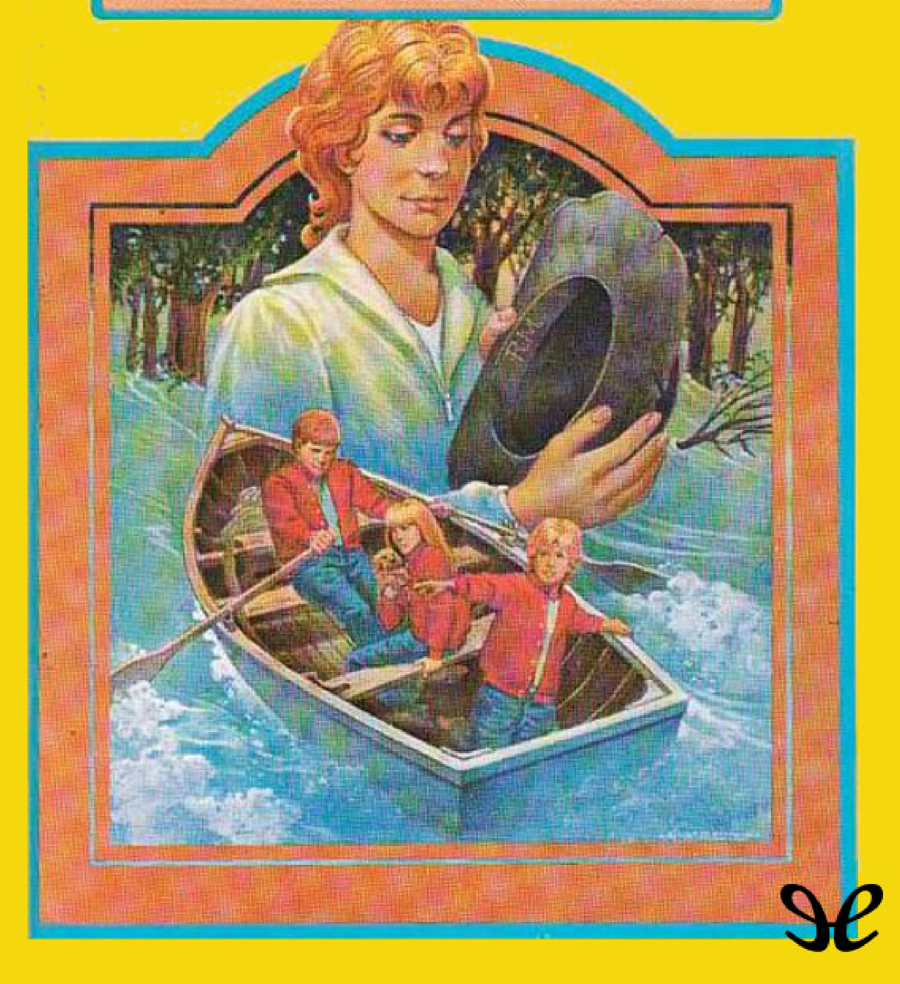
TRIXIE BELDEN

16

EL MISTERIO DEL VALLE FELIZ



Trixie y el club (a excepción de Dan) van a la granja el Valle Feliz de Andrew, el tío de Trixie, en Iowa. Trixie intenta encontrar a los ladrones de ovejas después de que las ovejas del tío Andrew desaparecen. Mientras tanto, Trixie tiene celos de la «novia» de Jim, Dot, y Jim tiene celos del «novio» de Trixie, el capitán del equipo de baloncesto, Ned Schulz.



Kathryn Kenny

El Misterio del Valle Feliz

Trixie Belden 16

ePub r1.0

Titivillus 15.02.15

Título original: *The Happy Valley Mystery*
Kathryn Kenny, 1962

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Vuelo hacia la aventura • 1

TRIXIE BELDEN echó hacia atrás sus cortos rizos, color rojizo, se desabrochó el cinturón de seguridad cuando se apagó la luz indicadora, y se recostó contra el respaldo de su asiento en el avión, al lado de su amiga Honey[1] Wheeler.

—Tendré que repetírmelo una y otra vez —dijo— si quiero convencerme de que dentro de una hora justa estaremos en Des Moines, Iowa. Todo ha ocurrido tan deprisa, Honey, que ni siquiera estoy segura de haberle dicho adiós a mamá.

—Sí que lo hiciste —le dijo su amiga, tranquilizándola—, pero no me hubiera sorprendido lo contrario. Con todo el alboroto que hemos armado en el aeropuerto esta mañana… corriendo de aquí para allá reclamando las reservas, pesando el equipaje…

—… y despidiéndonos de tío Andrew —la interrumpió Trixie—. No consigo acordarme de nada del vuelo de Nueva York a Chicago, donde cambiamos de avión. ¿No es emocionante? Todos los Bob-Whites[2] juntos, en este avión…

—No todos —le recordó Honey—. Ojalá Dan hubiera podido venir. Es lo único que ha faltado para que todo fuera perfecto.

Al decir «Todos los Bob-Whites» Trixie se refería a Honey Wheeler, Diana Lynch, y a ella misma, las tres amigas de la misma edad; los dos hermanos mayores de Trixie, Brian y Mart; el hermano adoptivo de Honey, Jim Frayne; y Dan Mangan, el séptimo miembro de ese club semisecreto bautizado con el nombre de «Bob-Whites de Glen[3]», que vivían en la ciudad de Sleepyside[4], en el condado de Westchester, Nueva York, y estudiaban todos en el instituto. Eran las vacaciones de primavera, y todos menos Dan se encontraban a bordo del avión, camino de la granja que el tío de Trixie tenía cerca de Des Moines, Iowa.

—¿No es emocionante? —repitió Trixie mirando por la ventanilla, mientras el avión se preparaba para aterrizar.

—No hay una montaña —dijo Honey decepcionada—, ni un río Hudson…

—Puede que no —dijo Jim. Brian y él estaban sentados en una fila más adelante que ellas—. Pero mira, hermanita —continuó—,

hay árboles a millones, y muchos campos, trazados como con un tiralíneas, y todos esos tonos de verde oscuro de los bosques…

—Bosques oscuros —repitió Trixie con aire de misterio—. No tenía ni idea de que hubiera tanta extensión de bosques oscuros. ¿Creéis que…?

—Trixie Belden —dijo Jim—, por favor, tengamos la fiesta en paz… ¿no puedes prescindir en este momento de tu actividad como detective?

—¿Y por qué iba a hacerlo? —replicó Trixie—. Si lo piensas detenidamente, tienes muchos motivos para estarme agradecida por «meterme siempre donde no me llaman», como decís todos.

—En eso tiene razón, Jim —dijo Honey—. Si no hubiera sido por Trixie, tú no serías mi hermano adoptivo.

—No te estaba criticando, Trix —se apresuró a decir Jim—. La mayoría de los casos que Honey y tú habéis investigado han acabado bien. Sólo pretendía disfrutar de unas vacaciones tranquilas.

—¿Con tío Andrew preocupado por sus ovejas? —preguntó Trixie—. ¿Y cómo me iba a olvidar de eso? Ya sabéis lo mal que le ha sentado tener que irse a Escocia justo ahora. Él creía que, si retrasaba su viaje, aunque fuera sólo por unas semanas, conseguiría desvelar el misterio.

—Tenía que irse ahora —le recordó Brian a Trixie—. Tenía que estar en Escocia esta semana, para efectuar la compra de esa raza nueva de ovejas, el Rostronegro escocés.

—Ni que fueras ganadero —le dijo Mart desde el otro lado del pasillo.

—Lo menos que podemos hacer es conocer los nombres de las distintas razas —respondió Brian—. Desde que tío Andrew llegó a casa, sólo hemos oído hablar de eso.

—Y desde que supimos que vendríamos a Iowa, yo las he estado estudiando —dijo Trixie—. Y Jim también. Encontramos un artículo buenísimo, en la Enciclopedia de los Wheeler, y algún otro en los números atrasados del National Geographic[5] que guardamos en el ático.

—Esas revistas eran tan antiguas —le dijo Jim a Brian—, que las chicas se pusieron a buscar abalorios y baratijas para pactar con los indios que pensaban que encontraríamos al lado de la granja.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Trixie con algo de rabia—. Hay indios, en Iowa. Hay una reserva junto a una ciudad llamada Tama… existen tribus de Sacos y de Zorros. Halcón Negro era uno de ellos. Murió allí. Y, por si os interesa, me sé los nombres de todas las razas de ovejas que existen. ¡Para que os enteréis!

—¡Qué barbaridad! —exclamó Honey— ¡Cómo habéis estado empollando! Yo ni siquiera sé si sería capaz de reconocer una oveja si la viera.

—¿Te acuerdas de tu libro sobre «Mamá Ganso»? —le dijo Trixie a Mart asomándose al pasillo que había entre los asientos—. Bee, Bee, Oveja Negra.

—Ese comentario sobra. Considero que es erróneo e irrelevante —dijo Mart con su acostumbrada pedantería—, pues, aunque yo no sea un entendido en la materia, conozco los fundamentos de la cría de ganado lanar.

—¿A que es listo? —preguntó Diana, que estaba sentada al lado de Mart, abriendo mucho sus ojos grandes, color violeta.

—Es posible —respondió Trixie a regañadientes. Mart siempre la fastidiaba con sus palabrejas—. ¿Pero qué significa eso? —añadió —. Yo creo que, la mayoría de las veces, ni él mismo entiende lo que dice.

—Calumniado, incomprendido y despreciado —exclamó Mart con resignación—. ¡Eh! ¿Sabéis qué hora es? En menos de diez minutos habremos llegado al aeropuerto de Des Moines.

Sólo una semana antes, Andrew Belden, de camino a Glasgow, se había detenido para visitar brevemente a su hermano Peter y a su familia, en Crabapple Farm[6], cerca de Sleepyside.

Tío Andrew estaba soltero, y amaba con devoción a sus sobrinos, especialmente a Trixie y al más jovencito de los Belden, Bobby, que tenía sólo seis años. Él era el tío favorito de los hermanos.

Cuando vio que su sobrina y los dos mayores no tenían nada en que ocuparse, esto le causó un cierto desasosiego. No sabía que habían pasado parte del invierno trabajando con gran ahínco en una exposición de antigüedades para beneficio de la UNICEF, que tuvo mucho éxito, y que acababan de participar, con no menos éxito, en un Carnaval de Hielo en beneficio de las víctimas de un terremoto que asoló cierta región de América Central. Ahora habían comenzado las vacaciones de primavera, y estaban impacientes por

saber en qué podrían emplear su tiempo libre.

A la noche siguiente de su llegada, el tío Andrew asistió con Trixie, Brian y Mart, a una reunión de los Bob-Whites. Le pareció fenomenal el cobertizo, con su sala central para las reuniones y el cuarto que habían separado para guardar todo el equipo deportivo del club.

—Hace años era la cabaña del portero de Manor House[7], nuestra casa —le explicó Honey—. Se estaba cayendo a pedazos, y papá nos la regaló. Nosotros mismos hemos hecho todas las reformas.

Trixie había llevado a tío Andrew a ver Manor House, que era una mansión estupenda, con sus prados, sus cuadras y su laguna, justo en la cima de la colina a cuyo pie se encontraba Crabapple Farm. La casa de Diana Lynch, situada detrás de la de Honey, producía una impresión parecida, y es que su padre también era millonario.

—Sin embargo, yo prefiero nuestra casa —le dijo en confianza Trixie a su tío—. Será más pequeña, y todos tenemos que ayudar a mamá con el jardín y los pollos, pero yo no la cambiaría por nada del mundo.

En el cobertizo, mientras observaba a su tío, Trixie había pensado: Le cae muy bien Honey. Está clarísimo. Y Di también… —y, mientras Jim y Dan le enseñaban los pósters y pegatinas que habían impreso para el Carnaval de Hielo… añadió para sus adentros—: Supongo que le caemos bien todos los Bob-Whites.

—¿Queréis decir que vosotros os encargasteis de toda la promoción de esos proyectos? —preguntó tío Andrew—. ¿Y que imprimisteis todo eso vosotros mismos?

—Así es —dijo Trixie con orgullo—. Trabajamos mucho, pero también nos lo pasamos de maravilla. ¡Ojalá tuviésemos algo planeado para las vacaciones de primavera!

El tío Andrew era tremendamente impulsivo y juzgaba a las personas muy pronto. «—Y no suele equivocarse en sus juicios —decía a menudo el padre de Trixie».

—¿Y por qué no os vais todos a mi casa, en la Granja del Valle Feliz, toda la semana? —preguntó—. Yo costearé todos los gastos. Podéis coger un avión el domingo por la mañana y así llegaríais a Des Moines más o menos a la hora de comer, y podéis regresar el

domingo siguiente, listos para volver al colegio el lunes por la mañana.

—¡Maravilloso! —exclamó Trixie—. Bueno… bueno… ¡realmente maravilloso!

—¿Y no causaremos demasiados problemas? —preguntó Brian, tan práctico como siempre.

—En absoluto —respondió tío Andrew—. Al contrario. El hombre que trabaja para mí tiene que ausentarse un par de días, la semana que viene, y seguro que encontráis mil modos de ayudar a Hank y a Mary Jorman, que son mi capataz y su esposa.

—Por supuesto que lo haremos, y con mucho gusto —dijo Brian.

—Hay habitaciones de sobra para las chicas —prosiguió el tío Andrew—, y los chicos podéis dormir arriba, en el granero, con el hombre que se encarga de él. Se está muy calentito, y hay buenas camas. ¿Qué me decís?

—Yo digo… ¡que sí! —dijeron Honey y Diana al unísono.

—Y yo —dijo Jim—. Pero ¿podremos realmente servir de ayuda?

—Yo me tengo que quedar —dijo Dan Mangan con tristeza—. Tengo que asistir a clases particulares, si quiero seguir en la misma clase que Jim y Brian, y no os quepa la menor duda de que eso es lo que quiero. Es una pena, porque estoy seguro de que os lo vais a pasar en grande.

—Si Trixie no nos complica la vida con alguno de sus misterios… —dijo Mart, alborotándole los rizos a su hermana.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el tío Andrew.

—Trixie es detective —explicó Mart—, y Honey es su fiel compañera.

Mart le contó entonces a su tío Andrew algunas de las aventuras de Trixie.

—Resulta difícil de creer —dijo el tío Andrew después de escuchar a Mart—. Una chiquilla tan bonita… tan femenina y tan frágil…

Mart protestó.

—Ella es tan frágil como un campeón de pesos pesados —dijo con ironía—. ¿Tienes algún caso que ella pueda solucionar esta semana? ¿Robos de bancos? ¿Asesinatos tal vez?

—¿Por qué no cierras el pico, Mart Belden? —dijo Trixie—. Tú

piensas que el ser unos meses mayor que yo te da derecho a andar siempre burlándote de mí. ¡Haz el favor de callarte de una vez! Pero ¡tío Andrew!, ¿qué pasa?

El rostro de Andrew Belden se había vuelto sombrío mientras Mart hablaba. Su frente arrugada y su mirada perdida indicaban que algo raro estaba pasando por su mente.

—No es nada —fue todo lo que dijo—. Pero portaos bien con los Gorman. Están pasando un mal momento. Y yo también.

—Pues ¿qué sucede? —preguntó Trixie.

—No sabemos —dijo tío Andrew— pero el caso es que de un tiempo a esta parte mis ovejas han ido desapareciendo… una un día; otro día dos… y así. Yo sé que se pueden perder unas cuantas… por ejemplo, por perros callejeros, grandes. Y dijo a los chicos que llevaran ellos las otras enfermedades, caídas en alcantarillas, o por cualquiera de los riesgos que supone criadas.

—¿Y ahora? —preguntó Trixie con impaciencia.

—Bueno, es verdaderamente extraño —dijo su tío—. No ha aparecido ni rastro de las ovejas… ni un cadáver, ni un hueso, ni un trozo de lana. Desaparecidas, esfumadas, evaporadas. Así. Como por arte de magia —concluyó levantando los brazos.

—¿Y no existe ninguna pista? —preguntó Trixie.

—Ni una siquiera —respondió su tío—. Ah, bueno, ya se aclarará el asunto cuando yo regrese. El comisario está investigando. Vosotros olvidaos de todo esto y divertiros todo lo que podáis. El Valle Feliz es un buen sitio para pasárselo bien. Hay montones de cosas que hacer, y la mayoría os resultarán nuevas. Hank Gorman o Ben irán a pescar con vosotros. Podéis montar a caballo, ayudar a apacentar el ganado, cuidar de los perros, y comer… comer hasta hartaros. Mary Gorman es una cocinera excelente. Chicos, no os preocupéis de nada. ¡Sólo de pasado lo mejor posible!

Pero los «chicos», como él les llamó, no olvidaron lo de las ovejas desaparecidas. Sobre todo Trixie. Ella estaba como un perro de presa olfateando una codorniz.

—Si mamá y papá no nos dejan ir, me da un ataque —dijo—. O si Honey, Di, o Jim no vienen. Dan no vendrá, porque tiene mucho que estudiar.

Pronto se enteró de que sus padres veían con buenos ojos la

expedición al Valle Feliz y estaban orgullosos de que ayudaran al capataz y a su mujer durante la ausencia de Ben, el hombre que tío Andrew había contratado.

Trixie se había preocupado en vano por el resto de los Bob-Whites, ya que Honey y Jim vinieron a la mañana siguiente, muy temprano, para decir que podían ir. Lo mismo hizo Diana.

Bobby estaba desilusionado porque no le dejaban ir. La señora Belden ni siquiera lo tomó en consideración.

—Nunca seré lo bastante mayor —se lamentó.

—No te pongas así —le dijo su madre acariciándolo con ternura —. Papá, tú y yo nos lo vamos a pasar muy bien aquí.

—Yo no me lo quiero pasar «mu mien» —replicó Bobby.

—¿No te apetece ir al circo, en el Valle Blanco?

—¡Sí!… ¡Vale! —exclamó, y los ojillos le brillaron.

Durante los dos días siguientes, los Bob-Whites anduvieron muy ajetreados.

—Llevaos solamente lo imprescindible —sugirió tío Andrew—. Nada de ropa elegante. Botas, jerséis, y algo para la nieve. Por allí se sabe que puede nevar hasta bien entrado mayo. Ah, chicas, coged un vestido cada una, porque es posible que haya un baile en el instituto de Rivervale.

Así se hicieron los planes hablando un día con el tío Andrew en el cobertizo; y a los pocos días ya estaban despegando en el aeropuerto internacional Kennedy, en Nueva York.

Y ahora ya se disponían a abrocharse los cinturones de seguridad, a punto de aterrizar en Des Moines, Iowa.

El avión fue perdiendo altura y sobrevoló la bulliciosa ciudad. Bajaron del aparato y se dirigieron a la terminal del aeropuerto.

A la entrada del edificio los esperaba un hombre bajito y sonriente, de pelo canoso, que acudió a saludados, y les dio la mano. Era Hank Gorman, el capataz del tío Andrew.

—Vaya —dijo mirando a Trixie—, te habría reconocido en cualquier parte —después cogió la bolsa que ésta llevaba y se volvió para saludar a Diana y a los chicos—. Sois una pandilla inconfundible —exclamó—. Desde luego, a esto le llamo yo tener suerte, a tener en casa unos invitados como vosotros. A nuestros hijos los tenemos repartidos por todo el continente… con deciros que tenemos uno en el Círculo Ártico…

Su calurosa acogida hizo que todos los Bob-Whites se sintiesen enseguida como en su propia casa. Él los acompañó a recoger el equipaje, cogió dos de las bolsas más.

Después todos se montaron en una furgoneta amarilla, que tenía un letrero pintado en uno de los lados, en el que ponía: «GRANJA DEL VALLE FELIZ».

Sin parar de hablar, el señor Gorman condujo el vehículo fuera del terreno del aeropuerto, se metió en la autopista, y después siguió la carretera que llevaba a la granja.

Granjas de ladrillo, revestidas con tablillas, cercadas por vallas blancas, recién pintadas, bordeaban la carretera. Unos graneros enormes se levantaban al lado de las casitas. Los gallineros, largos y bajos, se extendían allá lejos, por detrás de las casas. Los árboles rodeaban los prados, cuyos límites venían marcados por líneas circulares de arbustos, y los pollos pululaban por todas partes, en torno a los corrales.

—Es casi como estar en casa —dijo Brian.

—Salvo por las montañas —dijo Trixie—. ¡Guau! Aquella colina me recuerda a una montaña rusa, llena de altibajos. ¡Y qué árboles tan bonitos! ¡Mirad, allí, el río! Jim, ¿verdad que te recuerda a nuestro paisaje?

—¡Es una maravilla! —respondió Jim.

Tardaron un rato en bordear un bosque tan espeso como el coto de caza que había alrededor de Manor House.

—Éste es el bosque de los Nogales —explicó el señor Gorman—. Un lugar del que es mejor que os mantengáis alejados. Más de uno se ha perdido entre la espesura. Al otro lado del bosque se encuentra el río de los Mapaches —prosiguió—, que ahora está bastante crecido, y que, según parece, crecerá más aún, lo que significa que no podremos perder de vista el ganado… como si no tuviésemos bastante con lo que está sucediendo —concluyó con una expresión sombría.

—Tío Andrew nos ha contado lo de las ovejas desaparecidas —dijo Trixie—. ¿No tiene ni idea de lo que pueda haberles ocurrido?

—Ni la más remota idea. Estoy deshecho —dijo el señor Gorman—. Pero vosotros no os preocupéis por eso, jovencitos. ¿Qué es eso que leo en la espalda de vuestras chaquetas? Lleváis las letras B.W.G. bordadas en todas ellas. He oído hablar de las pandillas de

Nueva York —dijo guiñándole un ojo a Mart—. ¿No perteneceréis a una de ésas, verdad?

Los Bob-Whites rompieron a reír.

Trixie, entre carcajadas, le explicó que las chaquetas rojas les identificaban como miembros de su club. Le contó cómo trataban de ayudar a los demás.

—Nos gustaría poder echarle una mano en su trabajo ahora que su ayudante está fuera —dijo.

—Seguro que mi mujer os proporciona alguna ocupación para los ratos libres —dijo el señor Gorman—. Allí abajo está la Granja del Valle Feliz. Entraremos por el camino siguiente.

Y, levantando la mano, el señor Gorman fue describiendo todo un paisaje de belleza incomparable.

Un viejo huerto se divisaba en la pendiente que había más allá de la valla blanca, junto a la carretera. En el valle, llamado con justicia Valle Feliz, se ubicaba la casa del tío Andrew, grande pero baja, construida con tablillas blancas y cuyas ventanas estaban cubiertas por persianas verdes. El corral, muy extenso, aparecía salpicado de pollos y gansos que pululaban de un lado a otro, sin parar.

Dos perros pastores escoceses salieron corriendo, dándoles la bienvenida a ladridos, seguidos de un gato negro con el pelo erizado.

Al detenerse la furgoneta, la señora Gorman salió por la puerta de atrás, secándose rápidamente las manos en su delantal a cuadros. Su habitual sonrisa le hacía parecer aún más joven.

—Aquí estáis todos, vivitos y coleando, de vuelta en tierra firme —dijo abrazando a las chicas y dando unas cariñosas palmadas en la espalda a los chicos—. No me he quedado tranquila —añadió con satisfacción— hasta que no habéis llegado. No consigo acostumbrarme a los aviones. Me gusta sentir la tierra bajo mis pies, en lugar de ese abismo tan grande. Sed bienvenidos, todos y cada uno de vosotros, a la Granja del Valle Feliz. Os he preparado un pequeño almuerzo.

—No será tan pequeño, seguro, Mary —dijo el señor Gorman—, a juzgar por toda la harina que llevas en la cara. Has estado haciendo pasteles.

—Y bien contenta que estoy de tener jovencitos a quienes hacer

pasteles otra vez —dijo la señora Gorman, limpiándose la harina de la mejilla—. ¡Entrad y acomodaos como si estuvierais en vuestra propia casa!

Barba negra • 2

—ES UN MILAGRO que podamos siquiera movernos después de un almuerzo así —dijo Trixie mientras bajaba las escaleras—. Tarta de plátano a la crema. ¡Qué delicia! ¡Señora Gorman, nuestras habitaciones son un sueño! Las cortinas que tengo en casa, en mi cuarto, tienen el mismo dibujo que las de aquí. Me encanta la Granja del Valle Feliz. Ya ve, ya tenemos todos puestos los vaqueros, listos para trabajar.

—¡Ah, no! De ninguna manera —exclamó la señora Gorman—. No penséis que vais a trabajar nada más llegar. En una granja hay más cosas, aparte del trabajo. ¿No os gustaría a todos vosotros salir y probar los caballos? Vuestro tío Andrew siempre está hablando de lo bien que saben montar sus sobrinos.

—¡Esa idea nos parece genial! —gritaron a coro Brian, Diana, y Mart—. ¿Honey? ¿Trixie? ¿Jim? ¿Venís? —les llamó Mart, que ya se había puesto en camino.

—Yo prefiero quedarme en casa y ayudar a la señora Gorman, si ella me lo permite —dijo Honey.

—No hay nada que hacer, una vez que haya lavado la vajilla —dijo la señora Gorman—. Pero quédate si quieres, Honey. Siempre es bueno estar acompañada… y lo mismo os digo a los demás —añadió.

—Sólo me estaba preguntando —dijo Trixie— qué será eso que acabo de oír… parece el gemido de un animal herido, lejos de aquí. ¿Podría ser?

—Herido, no —dijo la señora Gorman—. Al menos, no lo creo. Es un becerrillo, que se ha perdido, y su madre anda buscándolo desesperada. Ella se puso debajo de la ventana de nuestro dormitorio, anoche, y parece como si nos estuviera pidiendo que fuéramos en su busca. Se llama Betsy y es muy cariñosa, pero a veces se pone insoportable. Como ahora. Si buscara con más ahínco, en lugar de tanto quejarse, encontraría a su becerrito.

—¿Es eso lo que el señor Gorman está haciendo… buscar al becerro? —preguntó Trixie.

La señora Gorman asintió.

—No soporta que haya ningún animal en apuros —dijo.

—¿Le molestaríamos mucho si fuésemos a ayudarle? —le preguntó Trixie.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Jim.

—Naturalmente. Creo que le gustaría teneros a su lado, aunque no necesitase ayuda. Está allí, en lo alto de esa colina, ¿veis?, al sur de la granja, en dirección de aquel sicómoro tan alto, en la ladera —dijo la señora Gorman señalando el árbol.

Cuando terminó de hablar, Trixie y Jim ya estaban en la puerta dispuestos a ir inmediatamente. Al salir del corral, empezaron a oír el suave tintineo de los cencerros y el balido de las ovejas.

El señor Gorman les había dicho, camino del Valle Feliz, que había sacado a las ovejas a pacer, a que comieran la hierba temprana, después de pasar el invierno encerradas en la granja. Y allí estaban, correteando por toda la hierba, empujándose, levantando sus patas traseras al aire, jugueteando…

—Se comportan más como corderitos, creo yo —le dijo Trixie al señor Gorman cuando llegaron cerca de ellas—, que como ovejas ya crecidas.

—En primavera, se ponen como locas —explicó el señor Gorman —, y en cuanto ven algo verde se aturullan y no saben ni lo que hacen. Mira esas dos, por ejemplo.

Dos ovejas, con la cabeza gacha, estaban a punto de chocar una contra otra, con las orejas echadas hacia atrás y las patas tensas.

—Parece cosa de película. Míralas, Jim —dijo Trixie.

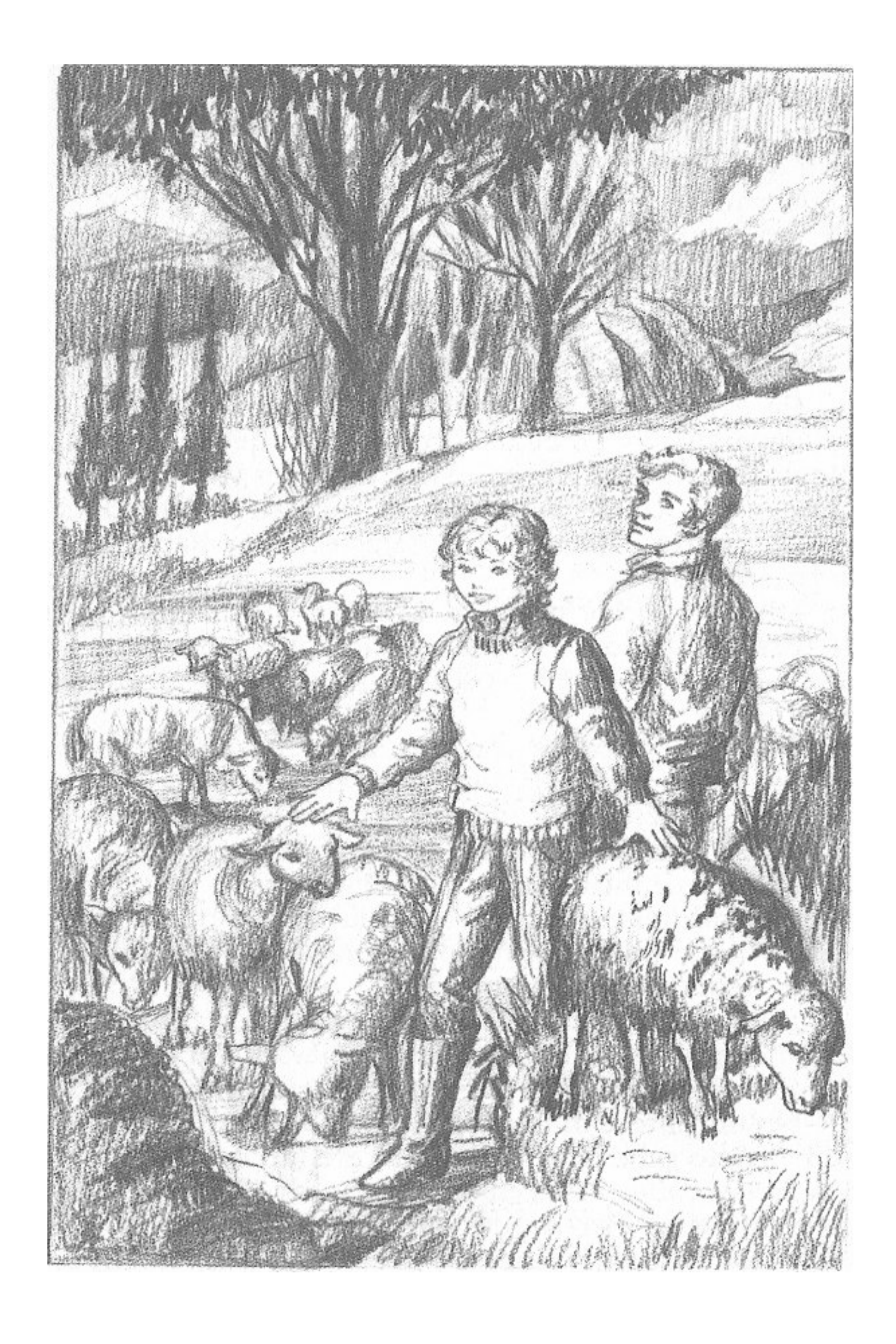
—Esperas que desenfunden en cualquier momento, ¿verdad? —dijo Jim—. ¡Eh, vosotras! ¡Os va a entrar una buena jaqueca!

Las ovejas chocaron con fuerza, retrocedieron, volvieron a la carga, y se dieron otro cabezazo. Repitieron el juego varias veces; después, cansadas seguramente de tanta embestida, se separaron y se pusieron a merodear por la hierba, sin dejarse intimidar en absoluto por la presencia de los espectadores ni por el balido lastimero de Betsy, que llegaba desde el otro extremo del prado. Con tanto ejercicio les había entrado hambre.

—¿Nos deja que le ayudemos a encontrar al becerro de Betsy? —preguntó Trixie, mientras levantaba el pie para que se diera cuenta de que llevaban calzado apropiado.

—No me parece mala idea. Venid conmigo —les dijo—. Sólo el

cielo sabe dónde se habrá metido ese becerro. Vamos, Betsy, calla; ahora enseguida vamos —gritó—. En este momento tengo otro asunto que atender. ¡Espera tu turno!



Los dos pastores escoceses, Tip y Tag, que habían estado buscando por las colinas, vinieron ladrando. Tag venía delante del señor Gorman, corriendo alrededor de él, mientras Tip subía y bajaba, por la ladera.

—Una de las ovejas anda por allí, en alguna parte —explicó el señor Gorman—. Vale, Tip, ya voy.

Siguió al perro; Trixie y Jim fueron detrás.

En la cima de la colina observaron algo muy raro. Tip y Tag daban vueltas alrededor de una oveja gordísima, que yacía en el suelo, patas arriba.

—Lo debe estar pasando fatal —dijo Trixie, al contemplar cómo la oveja se debatía entre la vida y la muerte—. ¿Se va a morir?

—Gracias a Tip y a Tag, no —dijo el señor Gorman—. Échame una mano, Jim. Venga, tú cógela por la cabeza, y yo la agarraré de las patas traseras. Vamos a ponerla boca abajo a ver si logramos que se mantenga sobre las cuatro patas. ¡Ahora!

La pobre oveja se tambaleó, se enderezó y, ante sus propios ojos, pareció deshincharse como un globo pinchado.

—Es que intentan ponerse de pie rodando —aclaró el señor Gorman—, y sus patas son tan delgadas que no logran sostenerlas, y se vuelven a caer. Y entonces se inflan, sobre todo si acaban de comer y tienen el estómago lleno de hierba sin digerir, como ocurre con ésta, y mueren en menos de media hora, asfixiadas, si alguien no acude a socorrerlas —dijo mientras se agachaba para acariciar a los perros y estirarles de las orejas con cariño.

—Todavía nos queda mucho que aprender sobre la crianza del ganado —dijo Trixie—. Yo he estudiado algo sobre ello, pero pensaba que sólo era cuestión de sacar a los borregos al prado, esquilarlos, y llevarlos al mercado.

—Bueno —dijo el señor Gorman—, te aseguro que no se trata simplemente de sentarse al fresco y echarles un vistazo de cuando en cuando. Hay que estar alerta las veinticuatro horas del día. Y aun así, no es suficiente; todavía siguen pasando cosas que nadie entiende.

Trixie se imaginó que se refería a las ovejas desaparecidas.

Ya va siendo hora de que alguien averigüe de una vez dónde han ido a parar —pensó—. Hay personas a las que les roban delante de sus propios ojos y no se enteran porque están distraídas con

cualquier cosa.

En ese momento le vinieron a la memoria algunas de las experiencias por las que habían tenido que pasar Honey y ella siguiéndoles la pista a los ladrones. Las dos habían dado muestras de ser buenas detectives.

—Otra vez se oye a Betsy —dijo Jim—. ¿Se habrá caído el becerrillo en aquel riachuelo, señor? —preguntó.

—Podría ser —dijo el señor Gorman—, pero confío en que no haya ocurrido una cosa así porque eso significaría que hemos perdido un buen becerro, y no estoy en condiciones de permitirme esos lujos… y menos ahora.

Después se dirigió a los perros para que siguieran su búsqueda. Los perros obedecieron instantáneamente y olfatearon como enloquecidos las orillas del riachuelo.

A unos cuantos metros oyeron un quejido agudo. Los pastores escoceses, ladrando furiosamente, sacaron al desesperado becerrillo de debajo de un tronco caído.

Al oír a su hijito, Betsy fue corriendo hasta la orilla del riachuelo, e instintivamente se puso a lamer a su becerrito y después le dio de mamar.

—Betsy no llevará a su pequeño a la granja hasta la noche —dijo el señor Gorman—. Regresemos nosotros, con tranquilidad. ¿Estás cansada, Trixie?

—No —contestó ella—. Me encantan las granjas. Me encantan todos sus animales.

—Espera que transcurra la semana, Trixie, y entonces te volveré a hacer la misma pregunta, a ver si sigues pensando lo mismo. Ya verás como tropieces con una mofeta —dijo, dándole un codazo en broma a Jim.

—Me refería a todos los animales de la granja —dijo Trixie volviéndose para observar a Betsy, que acariciaba a su pequeño con el hocico. Entonces, al otro lado del río, y perdiéndose entre los árboles, vio a un hombre. Lo miró fijamente y pudo observar que tenía una barba blanca bien poblada—. Qué raro —pensó Trixie, pero, cuando quiso avisar al señor Gorman, él y Jim ya estaban lejos, charlando entretenidamente.

Al llegar, entraron en la cocina y encontraron a Honey muy atareada pelando patatas. Brian, Mart, y Diana ya habían vuelto de

recorrer la granja a caballo.

Todo estaba impregnado de un delicioso olor a azúcar y a especias y otras exquisiteces…

—¡Pollo asado y fresas! —gritaron.

—Las fresas las hemos cogido directamente del jardín —explicó Honey—. ¡No toquéis nada; haced el favor!

—¡Torta de frutas! —dijo Mart, relamiéndose. Se inclinó a oler la pasta, aún calentita, de la torta—. La hace igual que mamá —comentó, mientras la señora Gorman partía la pasta crujiente y la untaba con mantequilla. Luego puso las fresas, azucaradas y prensadas, volvió a poner la pasta de arriba, derramó las fresas restantes con su jugo encima, y la dejó aparte, para que el almíbar impregnara todo el pastel.

—Ahora mismo sería capaz de comerme hasta un toro —dijo Mart, alejándose con gran pesar del pastel cuyo aroma se había esparcido por toda la casa—. ¡Vamos, Jim… Brian… a la ducha! Oiga, señora Gorman, tienen ustedes un apartamento que da gusto, arriba en el granero. Muy confortable, y lleno de libros, la mayoría sobre granjas. Yo quiero ser granjero, algún día.

—Es una vida sana —dijo el señor Gorman—. Los libros son de Ben, el hombre que trabaja para nosotros. Está siguiendo un curso por correspondencia sobre cría de ganado. Este verano tiene pensado ir a la Universidad del Estado de Iowa, en Ames, para hacer un curso de dos semanas. Ahí es donde se encuentra ahora, en Ames, realizando los trámites necesarios. Regresará mañana, según tengo entendido. Daos prisa, chicos. La cena está casi lista, ¿verdad, Mary?

Arriba, las chicas sacaron los vestidos que tío Andrew les había sugerido que trajeran «para el baile» y, mientras se los ponían, Honey y Diana se pusieron a tararear una canción. Trixie, sin embargo, estaba seria y callada. Sin duda había algo que no se le iba de la cabeza.

—¿Qué te pasa? —susurró Honey, al ver así a su amiga.

—Nada —respondió Trixie, volviéndose de espaldas—. Abróchame el vestido, por favor, ¿quieres?

—A nosotras no puedes engañamos —dijo Diana—. Algo pasa. Vamos, Trixie, habla. ¿Te ha hecho algo Jim; ha dicho algo que te haya ofendido?

—¡No, en absoluto! —dijo Trixie con energía.

—Jamás diría una palabra contra Trixie —insistió Honey—. Para él, ella es perfecta.

—Salvo cuando se cree una «colegiala/sabuesa», como él la llama —dijo Diana—. ¿Qué sucede, Trixie?

Trixie siguió en sus trece, asegurándoles que todo iba bien. Diana fue a su cuarto a buscar algo, y Honey aprovechó para preguntarle en voz baja:

—A mí sí que puedes decírmelo, Trixie. ¿Tiene que ver con lo de las ovejas desaparecidas?

—No estoy segura —dijo Trixie—. Cuando se trata de hacer de «sabuesa», sólo confío en ti. Eres mi socia, y algún día montaremos una agencia de detectives. Los demás no dejan de burlarse de mí.

—¿Qué pasa, entonces? —quiso saber Honey.

—Vi a un tipo muy extraño al otro lado del riachuelo, cuando andábamos buscando al becerro —dijo por fin Trixie—. Honey, tenía toda la pinta de ser un cuatrero, un ladrón de ovejas.

Honey se tapó la boca, para ocultar una sonrisa.

—¿Y cómo te has enterado de la pinta que tienen los cuatreros? —preguntó con cierta ironía.

—Vale, si tú también te vas a burlar de mí, ya sé que no puedo confiar en nadie —dijo Trixie contrariada.

Y ya no hubo manera de que Trixie diera más explicaciones, por mucho que su amiga lo intentó.

El pollo asado, el puré de patata, la salsa, los guisantes, las conservas y condimentos caseros fueron desapareciendo, casi instantáneamente, debido al apetito desmesurado de los comensales. De pronto se oyó un ruido tremendo, estridente, en el aire.

—Son bandadas de gansos y patos, que vuelven a Canadá —explicó el señor Gorman.

—Debe haber más de un millón —dijo Brian.

—No tantos, pero sí varios centenares —aclaró el señor Gorman.

—Estamos justo bajo la llamada ruta del Mississippi —puntualizó su mujer, dejando a todos tan perplejos que se echó a reír.

—Explícaselo tú —le sugirió a su marido.

—El ruido que oís lo provocan, probablemente, bandadas de

gansos azules, o los grandes gansos del Canadá —dijo—. Están emigrando. En una ocasión cuatro gansos de las nieves bajaron a un campo, aquí al lado, en busca de alimento. La ruta de migración que atraviesa esta región es la más extensa de toda América del Norte. Todos los días, en esta época del año, siempre encontramos en los estanques algunos animales extraños incluyendo cormoranes y somorgujos. A veces tratan de pasar la noche ahí fuera, cuando los perros no los espantan.

—Yo he visto montones de petirrojos —dijo Trixie—. Son tan monos, casi no tienen miedo. Y hasta vi un cardenal, cerca del riachuelo…

—La vuelta de los petirrojos acaba de empezar —dijo el señor Gorman—, pero los cardenales se quedan aquí todo el invierno. Vosotros nombradme cualquier pájaro, que casi todos pasan por aquí durante la migración de la primavera. Si el día es claro, podemos oír el canto de los chorlitos dorados, que atraviesan volando el continente, desde la Pampa Argentina hasta el Círculo Ártico.

—¿Y hay mucha caza por aquí? —preguntó Jim.

—En primavera no —dijo el señor Gorman—. Hay una ley que lo prohíbe. Y no creo que muchos de nuestros vecinos salgan a cazar. No les divierte eso de matar… daos cuenta de que pasan la mayoría del tiempo tratando de salvar la vida de los animales. Sin embargo, en otoño las aves vuelan mucho más alto, rumbo al sur, como si percibieran que se ha abierto la veda, y que las orillas de pantanos, estanques y ríos están infestadas de cazadores, armados con las peores intenciones. ¡Yo no lo soporto!

—La caza ha causado el exterminio de varias especies de aves, ¿no es así? —preguntó Mart—. El pichón viajero, por ejemplo.

—Jugó un papel decisivo en su desaparición —dijo el señor Gorman—. Es una pena, sí —añadió—. Bueno, ¿habéis terminado todos? En ese caso, vamos al salón.

—Vayan usted y la señora Gorman al salón —insistieron los Bob-Whites—. Nosotros iremos a buscar leña, para la chimenea, y después lavaremos los platos.

Pese a la fuerte oposición de la señora Gorman, ellos se salieron con la suya. Al rato, encendieron el fuego y colocaron las sillas alrededor. Afuera, los perros jadeaban inquietos, seguramente por

la llamada de algún podenco lejano.

—Podéis abrir la puerta para que entren —dijo el señor Gorman —. Ahí fuera van a espantar a los pájaros que buscan comida. Además, a mi mujer le gusta que Tip y Tag estén algún rato con nosotros, dentro de casa. Más tarde los sacaré, cuando nos vayamos a acostar. Ellos vigilan a los animales por la noche… o eso procuran —añadió, sin poder disimular cierta ansiedad en la voz.

Brian fue a la puerta. Tip y Tag entraron alborotados, solicitando caricias de todos. Finalmente, se sentaron a los pies de la señora Gorman.

En torno al fuego se estaba tan bien, tan calentito después de un día largo y duro en el que habían tenido que levantarse muy temprano, que, al cabo de un rato, algunos de los Bob-Whites empezaron a pegar cabezaditas.

Pero Trixie estaba bien despierta. No hacía más que pensar en el problema que afrontaban el tío Andrew y su capataz.

—¿Qué beneficios reporta la crianza de ovejas? —preguntó—. Porque está claro que la gente ya no come tanto cordero, ¿o quizá sí?

—Es la única carne que se come universalmente —dijo el señor Gorman riéndose—. De hecho, si vas a invitar a cenar a los representantes de las Naciones Unidas, la única carne que podrías ofrecerles, con la seguridad de no ofender a nadie, es la de cordero. No existe ningún tabú en torno al cordero, que yo sepa, como los hay con la carne de cerdo o de vaca.

—Pero nosotros no comemos cordero —insistió Trixie.

—Seguramente sí, aunque no lo notáis —dijo la señora Gorman —. Se utiliza, por ejemplo, para la preparación de casi todas las sopas de sobre. De todos modos, la carne no es el producto más valioso del cordero.

—¿Es quizá la lana? —preguntó Mart.

—Efectivamente —respondió el señor Gorman—, y se utiliza para muchos tejidos, pura o mezclada con fibras sintéticas.

—¿Y qué harían las mujeres sin las ovejas? —dijo la señora Gorman—. Casi todos los productos de belleza tienen una base de lanolina, que es una grasa que se extrae de la lana virgen.

—Además, la lanolina se utiliza también como lubricante en la industria mecánica, sobre todo en trabajos de con formación de

metales —continuó el señor Gorman—, y… bueno, ya seguiremos charlando porque, mirad, a Diana se le cierran los ojos. Mart, tú también estás que te caes de sueño. No es extraño que estéis cansados. Y yo aquí, como si nada, dándoos conversación. ¡Vamos, Tip! ¡Arriba, Tag! Vamos a darle las buenas noches a la granja.

—¿Le importaría que le acompañase? —preguntó Trixie—. Estoy completamente desvelada. Me encantaría ir.

—Pues entonces ven conmigo —dijo el señor Gorman.

—Hoy es domingo —le recordó la señora Gorman.

—Es cierto —contestó su esposo y, cogiendo la Biblia, se sentó en su antiguo sillón. Buscó el Génesis y leyó:

«Y Abel era pastor de ovejas, y Caín labraba la tierra. Y al cabo de un tiempo sucedió que Caín apartó del fruto de la tierra una ofrenda para el Señor. Y en cuanto a Abel, también él apartó a los primogénitos de su rebaño, y los sacrificó. Y el Señor tomó en consideración a Abel, ya su ofrenda; pero a Caín, y a su ofrenda, Él no los tomó en consideración: y Caín se enfureció, y se le cayó el mundo a sus pies».

Cuando el señor Gorman terminó de leer el pasaje, los Bob-Whites se dirigieron a sus dormitorios, para acostarse.

—Primero veremos si Betsy trajo a su becerrillo hasta el granero —le dijo el señor Gorman a Trixie, guiándola con una linterna. La luz proyectaba largas sombras, que bailaban a su alrededor. Por todas partes se oía ladrar y aullar a los perros.

—Aquél es el viejo perro de presa de Ingham —le dijo a Trixie —, y el que le responde es un pastor alemán formidable, el de los Schulz. Deben de tener acorralado a algún mapache, o quizá a una zarigüeya. Mira allí, en aquel rincón; junto al establo, Trixie.

Acurrucado, metidito en un lecho improvisado de paja, dormía el becerrillo, con la cabeza echada hacia un costado. Junto a él, velaba su madre, satisfecha, que se volvió dejándose acariciar por Trixie.

Los ratones correteaban por el tejado, y todo el establo estaba impregnado de un olor especial debido a la leche de vaca, al heno y al maíz. Algunos pájaros arreglaban sus nidos, gorjeando. Tip y Tag recorrieron la granja de punta a punta. A la luz de la luna, las ovejas blancas pacían en medio de la tranquilidad más absoluta, algunas de ellas con corderillos a su lado.

—Qué bonito es todo esto —dijo Trixie suspirando.

—Sí —reconoció el señor Gorman—, y sin embargo…

Trixie adivinó sus pensamientos. Las ovejas seguían desapareciendo, nadie sabía dónde se metían, y aquella tranquilidad era más aparente que real.

Un error de bulto • 3

A LA MAÑANA SIGUIENTE, lunes, el sol calentaba con fuerza. No se veía ninguna nube por el cielo aunque el aire conservaba el frescor del invierno.

Los Bob-Whites se turnaron para montar a caballo: Diana montó a Nancy, una yegua gris estupenda; los chicos, Honey y Trixie prefirieron a Satán, un caballo ruano temible, o al Gigante Negro, un semental grandísimo y negro como el azabache; de ahí su nombre. A todos les parecía que Nancy era demasiado lenta y tranquila, menos a Diana, que se apresuró a montarla, mientras que los demás se inclinaron por los otros caballos de aspecto indomable.

Una vez preparadas las monturas y colocadas las sillas de montar en el cuarto de los arreos, llegó la hora del almuerzo, y los Bob-Whites acudieron hambrientos a la cocina, donde la señora Gorman había llenado los vasos de leche y tenía preparados distintos tipos de sándwiches, en una bandeja descomunal.

—No he visto al señor Gorman en toda la mañana —comentó Trixie.

—Está arreglando las vallas. Al menos, ésa era su intención. ¿No es aquél, que sale del granero? —dijo la señora Gorman, apartando la cortina floreada de la ventana. Miró detenidamente Y añadió—: Parece preocupado… esa manera de caminar… ¡Ay, ay, ay!

El señor Gorman irrumpió en la cocina, se lavó las manos en la pila que había junto al fregadero, se las secó, se echó el pelo hacia atrás y se sentó a la mesita.

—¡Ha vuelto a ocurrir! ¿No? —le dijo la señora Gorman.

—Sí, Mary —respondió con voz sombría—, otra vez. Y en esta ocasión, cuatro, me parece. Delante de mis propios ojos. Y delante de Tip y Tag, que es lo que más me sorprende, aparte de otras cosas.

—¿Y no has encontrado ni rastro de ellas? —le preguntó la señora Gorman.

—Ni rastro. Ni un hilo de lana. Ya te digo, Mary, que todo esto va a acabar conmigo. Lo siento, chicos —añadió mientras todos se sentaban a la mesa en silencio—. No quisiera aburriros con mis

problemas.

—Quizá haya algo que podamos hacer… —comentó Jim.

El señor Gorman negó con la cabeza mientras cogía la taza de café bien caliente que su mujer le estaba dando.

—Lo que sí me fastidia es tener que ir a esa reunión del comité de granjeros, en Rivervale —dijo—. No me gusta nada la idea de abandonar la granja, aunque sea sólo para ir a doce millas de aquí.

—Ahora ya no podemos echamos atrás —dijo la señora Gorman con calma—. Tú eres el portavoz principal, Hank.

—Sí, y he de darles algunas ideas sobre cómo criar ovejas. Y de eso sí que entiendo —dijo con orgullo—. A ver si ellos pueden decirme algo sobre el robo de ganado.



Trixie le dio un codazo a Honey.

—Es preciso que resolvamos este misterio —susurró.

A Honey le entraron ganas de reír, y se llevó una mano a la boca para no soltar la carcajada.

—Qué tontería —dijo—, ¿qué sabemos nosotras sobre las costumbres de las ovejas?

—Al menos ya deberíamos haber aprendido algo sobre las costumbres de los ladrones —replicó Trixie, indignada, en voz baja —. No me gustó nada el aspecto de aquel hombre que vi…

—Ayer no me quisiste hablar de él. Te pusiste furiosa conmigo. Cuéntamelo ahora —dijo Honey arrimándose a ella.

—¿Qué andáis murmurando, vosotras dos? —preguntó Jim.

—Nada —contestó Trixie con naturalidad.

—Ésa es la quintaesencia de la evasiva —dijo Mart con su acostumbrada «elocuencia».

—Si pensáis que estábamos cotilleando —dijo Trixie—, estáis muy equivocados. Si creéis que no os voy a decir lo que le estaba contando a Honey, entonces acertáis.

—Venga, dejad de discutir, Mart… Trixie —intervino Diana con ánimo de conciliar—. Siempre andáis como el perro y el gato.

—Bueno, es que ella… —empezó Mart.

—Bueno, es que él… —le interrumpió Trixie.

—Haced el favor de dejaros de que si él o que si ella, y escuchad lo que el señor Gorman tiene que decimos —suplicó Brian, poniéndose muy serio. Era él el mayor de los Bob-Whites y, lo admitieran o no, solían prestar más atención a sus palabras.

—La señora Gorman y yo no tenemos más remedio que acudir a esa reunión —repitió el señor Gorman—. ¡Pero mirad el cielo! Esta mañana no podía estar más azul. No se veía ni una nube. ¡Y ahora miradlo! ¿Oís el viento, cómo silba? Cuando Ben me llamó esta mañana desde Ames, para preguntarme si podría quedarse allí un día más, jamás pensé que el tiempo pudiera empeorar tanto. Esta noche hubiera deseado tenerlo aquí.

—¡Cualquiera se fía del tiempo en Iowa, sobre todo en primavera! —dijo la señora Gorman, frunciendo el ceño—. ¡Si no tuvieras que dar esa conferencia…! Y supongo que no sabrás cómo ponerte en contacto con Ben, ¿verdad?

El señor Gorman negó con la cabeza.

—¿Podemos ayudarles? —preguntó Trixie.

—Sí, ¿podríamos? —la corrigió Mart.

—No será menester hacer nada especial, a menos que el tiempo empeore —dijo el señor Gorman.

—Y si empeora, ¿habría que hacer algo antes de que ustedes dos estén de vuelta? —preguntó Trixie.

—Si llegara a nevar…

—¡A nevar! —repitió Trixie sorprendida.

—Pues no sería tan raro, créeme —prosiguió el señor Gorman—. Abora mismo, el cielo tiene un color plomizo. Si nevara —dijo mirando hacia la ventana—, habría que meter a todas las ovejas en los refugios.

—Nosotros nos encargaremos de eso, señor —dijo Jim.

—Lo haría yo mismo —dijo el señor Gorman—, pero no hay tiempo. Tip y Tag podrían arreglárselas pero, por muy listos que sean, siguen siendo perros. Necesitan que haya algún hombre dirigiéndolos. ¿Tuvisteis algún problema con los caballos cuando los sacasteis a que hicieran ejercicio?

—Esa Nancy es la yegua más buena que he montado —comentó Diana—. Nos llevamos muy bien.

—Está ya vieja —dijo la señora Gorman con melancolía—. Es mi niña mimada. Ha estado con nosotros tanto tiempo…

—¿Y qué hay de Satán, y de Gigante Negro? —preguntó el señor Gorman sonriendo—. No creo que se les pueda llamar gentiles.

—No tuvimos ningún problema con ellos —dijo Trixie—. Debería subirse a algunos de los caballos de las cuadras del padre de Honey. Hubo un día en que no me rompí los huesos de milagro.

—Satán y Gigante Negro son capaces por sí solos de traer el ganado, si hace falta —dijo el señor Gorman—. Ojalá no tuviera que marcharme.

—Ahora mismo la mayor parte del rebaño se encuentra bastante cerca de la casa —indicó la señora Gorman—, allí abajo, paciendo en el campo, junto a los graneros.

—Cierto —dijo el señor Gorman—. Lo más seguro es que podáis prescindir de los caballos… os sobrará con la ayuda de Tip y Tag. ¿Queréis salir a echar un vistazo rápido? —preguntó—. Os explicaré lo que hay que hacer si se produce la tormenta. No tendréis ningún problema.

Trixie acompañó al señor Gorman y a los chicos. Honey y Diana se quedaron a ayudar a la señora Gorman, que había insistido en dejar la cena preparada para los Bob-Whites antes de ir a vestirse para ir a Rivervale, con su marido.

—Así, todo lo que tendréis que hacer —dijo— es meterla en el horno para calentarla.

El cielo seguía oscuro, y unos nubarrones densos amenazaban con descargar una considerable tormenta, cuando el señor y la señora Gorman salían en el coche.

—Nos ocuparemos de todo. No se preocupen —les dijo Trixie a gritos.

—Si él conociera los laberintos en los que nos hemos metido, y cómo nos hemos apañado siempre para salir de ellos… —dijo Honey.

—Es verdad —reconoció Trixie—. Aquella vez, por ejemplo, que el padrastro de Jim prendió fuego a la vieja mansión de su tío.

—Y tú fuiste la que salvó la herencia de Jim, de medio millón de dólares, y yo conseguí un hermano pelirrojo adorable cuando papá y mamá lo adoptaron.

Trixie se sonrojó.

—Casi ni recuerdo cómo eran nuestras vidas antes de conocer a Jim —dijo.

—La tuya, de manera especial —dijo Mart, tomándole el pelo—. Sí, supongo que hemos dado cuenta de unos cuantos canallas.

—¿Qué quieres decir con «hemos»? —preguntó Trixie, volviéndose para enfrentarse a su hermano—. Querrás decir Honey y yo… nosotras éramos las detectives. Vosotros os limitabais a burlaros de nosotras hasta que, finalmente, resolvíamos los misterios, y sólo entonces se podía confiar con vosotros, a la hora de la foto de la victoria.

—¿Ah, sí? Nunca te habrías escapado de aquella caravana robada, si no te hubiese ayudado. Lo que ocurre es que tú envidias mis superiores habilidades como detective —dijo Mart.

—Ya vuelves a las andadas, hablando de ese modo tan engolado —dijo Trixie—. Ahora, si he de ser sincera —dijo, avergonzada de sí misma—, tú, Mart, siempre nos has echado una mano, ¿verdad, Honey?

—Por supuesto —exclamó Honey—, y Brian y Jim también,

sobre todo la vez que te perdiste en medio de la ventisca aquella.

—Yo creo que algo tan tonto como una nevada en Iowa no debería preocuparnos, después de tantos peligros —dijo Jim.

—¡Huy, huy, huy! ¡Vaya copos! —les dijo Mart desde la ventana —. Sea nieve de Iowa, o de Nueva York, lo que sí es cierto es que está cayendo una buena.

Trixie fue corriendo hasta la ventana. Acto seguido se volvió a los otros Bob-Whites para decirles:

—Mejor será que nos pongamos manos a la obra. ¡Vamos!

Fuera, Brian llamó silbando a Tip y a Tag, que se hallaban en el huerto de los manzanos tratando de apresar los copos mientras caían al suelo.

—¡Venid para acá! —ordenó a los perros. Después llamó a las chicas—: Volved a la casa y preparad la cena. Calentad lo que la señora Gorman ha preparado. Nosotros nos ocuparemos de esto.

Honey y Diana obedecieron, pero Trixie protestó diciendo:

—Tú no eres nadie para ir por ahí de sargento, Brian Belden. ¡Qué barbaridad! ¡Menudos copos están cayendo… son como puños!

—Parecen de algodón —dijo Jim—. Ya casi han cubierto la tierra.

—¡Mira qué graciosas están las ovejas! —dijo Trixie—. Parece que se han puesto una gabardina de nieve encima de su chaqueta de lana. ¿Cómo hacía el señor Gorman para llamarlas anoche?

—A mí me recordaba —dijo Jim— a un subastador.

—¿Pues por qué no te ocupas tú de llamarlas? —sugirió Brian—. Podrías hacerlo, antes de que Tip y Tag las esparzan por todo el campo. Pero ¿qué les pasa a esos perros? Ni que se hubieran vuelto locos.

Trixie los llamó a su lado con un silbido.

—¡Tag, ven! ¡Ven, Tip! —dijo, y los perros obedecieron con prontitud—. Que alguien les diga lo que tienen que hacer. ¡Jim, llama al rebaño!

Jim hizo bocina con las manos.

—¡Suuuuuú… ovejas! —gritó. Los Belden se partían de risa—. ¡Chist! —dijo Jim—. ¡Suuuuuú… beeeeeé… eeeeé! ¡Suuuuuú… ovejas!

Pero a las ovejas no debió resultarles tan gracioso como a los

Bob-Whites, ya que irguieron la cabeza y siguieron obedientemente a otras dos ovejas que, seguramente por ser más viejas, sabían guiar a las demás.

Los chicos salieron al campo entonces, para correr delante del rebaño, en dirección a los refugios.

—¡Síguelos, Tip! —le ordenó Trixie—. ¡Muy bien, Tag!

Y con la cabeza en alto, ladrando y moviendo la cola, los perros corrieron de un lado a otro, en círculos, reuniendo el ganado en un área más pequeña y llevándolo hacia los refugios.

—Tip se ha despistado, detrás de algo —dijo Mart, al tiempo que el pastor escocés desaparecía por detrás de una loma—. ¿Qué os apostáis a que se trata de algún conejo de rabo blanco…? La nieve los saca de sus madrigueras. Más le valiera prestar atención a su trabajo. ¿Adónde cree que va?

—Déjalo tranquilo. Las ovejas ya van entrando por las puertas —dijo Trixie. Luego, al ver a Tip, exclamó—: ¡Por allí vuelve! ¡Mirad lo que ha encontrado!

Dos corderos asomaron en la cima de la loma, protestando, Y con razón, porque se les había acabado el paseo. El pastor escocés los conducía hacia donde estaban los chicos.

—Tip es más listo que mucha gente que yo conozco —dijo Brian —. Allá va Tag.

Al cabo de unas cuantas escapadas de ese tipo, los perros parecieron darse por satisfechos…

—Desde luego, son listos —dijo Mart—. No me extrañaría que supieran hasta contar, y que ahora ya saben que el rebaño está completo y a salvo.

Y ésa era la impresión que daba, porque los pastores escoceses vigilaron a Jim y a Brian mientras cerraban las puertas, observaron cómo las ovejas buscaban refugio bajo el techo del cobertizo, y luego siguieron a los Bob-Whites hasta la casa.

Acababan de entrar cuando, de pronto, sonó el teléfono.

Diana respondió.

—Sí, señor Gorman. Oh, sí, todo va bien. Los chicos y Trixie han entrado en este momento. Aquí está Brian… ¿quiere hablar con él?

Todos creyeron oír la voz del señor Gorman, algo cortante y seca. No pudieron escuchar lo que le decía a Brian, pero Trixie dio un suspiro de alivio al ver que parecía más sereno, menos

preocupado, una vez que Brian le dijo que el rebaño estaba a buen recaudo.

—Pues nos ha salido todo bien por los pelos —dijo Trixie respirando profundamente—. Ya hay dos pulgadas de nieve. No me extraña que el señor Gorman esté intranquilo. Todavía está nevando. En Sleepyside no nieva tan copiosamente ¿verdad?

—Olvidémonos de Sleepyside por un momento —sugirió Mart—. Oye, Di, eso huele de maravilla. ¿Por qué no ponemos la tele después de cenar?

—¿Teniendo una mesa de
ping-pong
en el sótano? No seré yo quien lo haga —dijo Jim—. Vamos a formar parejas. Trixie y yo nos enfrentaremos a todos vosotros, de dos en dos.

—La señora Gorman dijo que hay un viejo tocadiscos allí abajo —dijo Honey—, y discos que tienen más de veinte años. Pensó que podríamos improvisar un baile con todo eso.

—¡Veinte años… guau! —dijo Trixie—. No sabía que editaran discos hace tanto-tiempo. Debe tratarse de uno de esos viejos aparatos con un cuerno enorme… ya sabéis… como aquél que nos dieron para que lo vendiésemos en la exposición de antigüedades en beneficio de la UNICEF.

—No es ninguna antigualla. Yo lo he visto —dijo Brian—. Vosotros, Jim y Trixie, creéis que hace veinte años estaban en la Edad Media. En aquel entonces había unas canciones muy buenas. Dick Drake y su banda siguen tocando ahora algunas de ellas.

—Y son preciosas —opinó Honey—. Bueno, vamos a cenar de una vez. ¿Sabéis una cosa? Di ha hecho pan de maíz.

—No es nada —dijo Diana con humildad—. Aparte de eso, la señora Gorman ha preparado un buen pedazo de jamón, que está listo para asarlo en el horno. Ella le pone mostaza y jugo de piña y…

—Cuantas más cosas le pones al jamón, más bueno está —dijo Mart—. ¿y a qué estamos esperando?

—Digo yo que primero habrá que lavarse las manos… —dijo Trixie—. Mart, date prisa, que hay tarta de manzana, de postre.

Mientras comían, Tip y Tag andaban revueltos, desasosegados, y eso que habían devorado con gran apetito la comida que les había

dado Trixie. Iban y venían corriendo, sin dejar de ladrar, del comedor a la puerta de atrás como si intentaran avisar de algo.

—¿Qué mosca les habrá picado a estos perros? —preguntó Trixie—. Si no estuviese cayendo esta nevada, los sacaría para que corrieran por el campo.

—Es el viento —dijo Mart—. A los perros no les gusta el viento.

—Ni a mí tampoco —confesó Trixie—. Me tranquiliza que las ovejas estén resguardadas, y que hayamos ayudado a los Gorman.

—Ellos se están portando fenomenal con nosotros —dijo Honey —. Yo también me alegro de que les hayamos correspondido de esta manera.

Cuando el señor y la señora Gorman regresaron, los Bob-Whites no los oyeron.

El tocadiscos estaba a todo volumen, y Diana y Mart trataban de imitar a dos bailarines de Charleston que habían visto en la televisión. Pero, cuando terminó el disco, se oyeron unos pasos, seguramente de la señora Gorman, en el piso de arriba, y todos subieron atropelladamente las escaleras.

—¿Qué tal ha ido todo? —le preguntó Honey.

—¿Aún sigue la tormenta? Pero señora Gorman… ¿qué le ocurre? ¿Dónde está su marido? —exclamó Trixie al veda tan compungida.

—Está ahí fuera, en la nieve —contestó la señora Gorman a punto de echarse a llorar—. Vamos a ver —continuó diciendo llena de rabia— ¿no podíamos confiaros ni siquiera algo tan sencillo como meter a las ovejas en el refugio? ¿Por qué le dijisteis a mi marido que lo habíais hecho, si no era verdad? ¿Cómo habéis podido hacemos esto?

—Pero si lo hemos hecho —dijo Trixie—. Se lo aseguro. Todo lo que el señor Gorman tiene que hacer es salir y verlo con sus propios ojos, y encontrará a las ovejas a salvo, en el refugio. Las metimos allí, señora Gorman. Yo misma ayudé a los chicos a cerrar la puerta y…

—¿Y echar el cerrojo? —interrumpió la señora Gorman—. ¿Pusisteis la barra de madera para asegurada puerta?

A Trixie le dio un vuelco el corazón. Y a Brian. Y a Jim. Hubo un momento de silencio; todos estaban abochornados. A nadie se le había ocurrido tal cosa.

—No, señora Gorman —dijo por fin Trixie con tristeza—, no lo hicimos. No hemos caído en la cuenta de ese detalle. Aunque, ahora me acuerdo, los perros han estado ladrando todo el tiempo… corriendo hacia la puerta, intentando, quizá, avisamos… pero no nos hemos percatado… es verdad, no echamos el cerrojo. ¿Se han escapado todas las ovejas… todas?

—Todas —dijo la señora Gorman, desplomándose en una silla—. Sólo el cielo sabe dónde andarán. Muertas de frío, o de asfixia, y Hank, por supuesto, perderá su empleo. Es lo único que nos faltaba, por si fuera poco con lo de las ovejas robadas. ¿Adónde vais?

—Afuera, a ayudarle —dijeron los Bob-Whites. Se pusieron abrigos y chanclos y salieron por la puerta, detrás de Trixie, que los conducía con una buena linterna—. Hemos estado en peores líos que éste —dijo ella a los demás, para animados—. Y hemos salido de ellos. Éste también acabará bien, ya lo veréis.

Las ovejas, atrapadas • 4

SE ENCENDIERON los focos de la granja pero, con tanta nieve como estaba cayendo, no se veía con claridad. Sólo se oía al becerrillo de Betsy, que, aturdido por todo el alboroto, se quejaba. Lo demás estaba en silencio… no se oía ni el tintineo de un cencerro, ni los ladridos de Tip y Tag. Los Bob-Whites no tenían ni idea de dónde estaba el señor Gorman.

—Es una suerte que hayamos explorado todo esto con los caballos hoy mismo —dijo Jim—. Por lo menos conocemos un poco los alrededores. De todos modos, sigo sin saber adónde podemos ir ahora.

—Si fueras una oveja, y te vieras en medio de una tormenta de nieve, ¿adónde irías? —preguntó Mart.

—¿Tú estás bien de la cabeza? —dijo Diana—. A todo tienes que encontrarle una gracia.

A nadie le pareció graciosa la ocurrencia.

—Bueno, esto no es ningún funeral, ¿sabéis? —dijo Mart, y, tras hacer una bola de nieve, se la lanzó a Trixie, que se abría paso con cierta dificultad, al frente de la expedición.

—¡Deja de hacer el payaso! —gritó Trixie, dándose la vuelta—. Podría convertirse en un funeral… el funeral de más de la mitad de las ovejas de tío Andrew. Y habrá sido todo por nuestra culpa. Ojalá pudiésemos dar con el señor Gorman.

—No entiendo por qué estos borregos son tan borregos… ¿A quién se le ocurre salir a pasear en una noche como ésta? —dijo Mart contrariado—. ¿No parece eso que se oye el ladrido de uno de los perros?

Resollando fuertemente, Tip surgió entre la densa cortina de nieve. Medio aullando, medio ladrando, restregó su cuerpo empapado contra las piernas de Brian, y luego salió corriendo, aunque sin rumbo fijo.

Los Bob-Whites fueron tras él; sus linternas apenas alumbraban pero, aun así, pudieron divisar desde la cima la luz trémula de la linterna del señor Gorman.

Al parecer, con Trixie al frente, los Bob-Whites recibieron una

«bienvenida» de lo menos cordial.

—Será mejor que volváis a la casa ahora mismo —dijo bruscamente—. Ya tengo bastantes problemas con tener que buscar a las ovejas. Sólo me faltaba tener que andar buscando a un puñado de chiquillos extraviados, también. Si regresáis enseguida, todavía podréis encontrar vuestras propias huellas. Os agradecería, sinceramente, que lo hicierais.

—No me sorprende que esté tan enojado con nosotros —le susurró Trixie a Jim—. Pero te diré una cosa: yo no pienso regresar hasta haber dado con esas ovejas.

—Señor Gorman —le dijo—, todavía no ha localizado a ninguna oveja, ¿verdad?

—No —respondió—. Pero Tip y Tag sí. Parece como si las hubieran encontrado en el otro extremo del bosque, al otro lado de la colina.

—¿A todas? —preguntó Trixie.

—¿Y cómo voy a saberlo? Cuando llegue allí, lo comprobaré —replicó furioso—. Me haríais un gran favor, todos vosotros, si volvierais a casa ahora mismo. Ya habéis hecho…

—Ya lo sé —dijo Trixie—, ya hemos hecho bastantes faenas por hoy. Los perros parecen estar guiando a las ovejas hacia aquí, ¿no?

—Sí. Apartaos del camino, por favor; si no, os aplastarán —les ordenó el señor Gorman. Después, les indicó a sus pastores escoceses que fueran llevando el rebaño hacia el refugio.

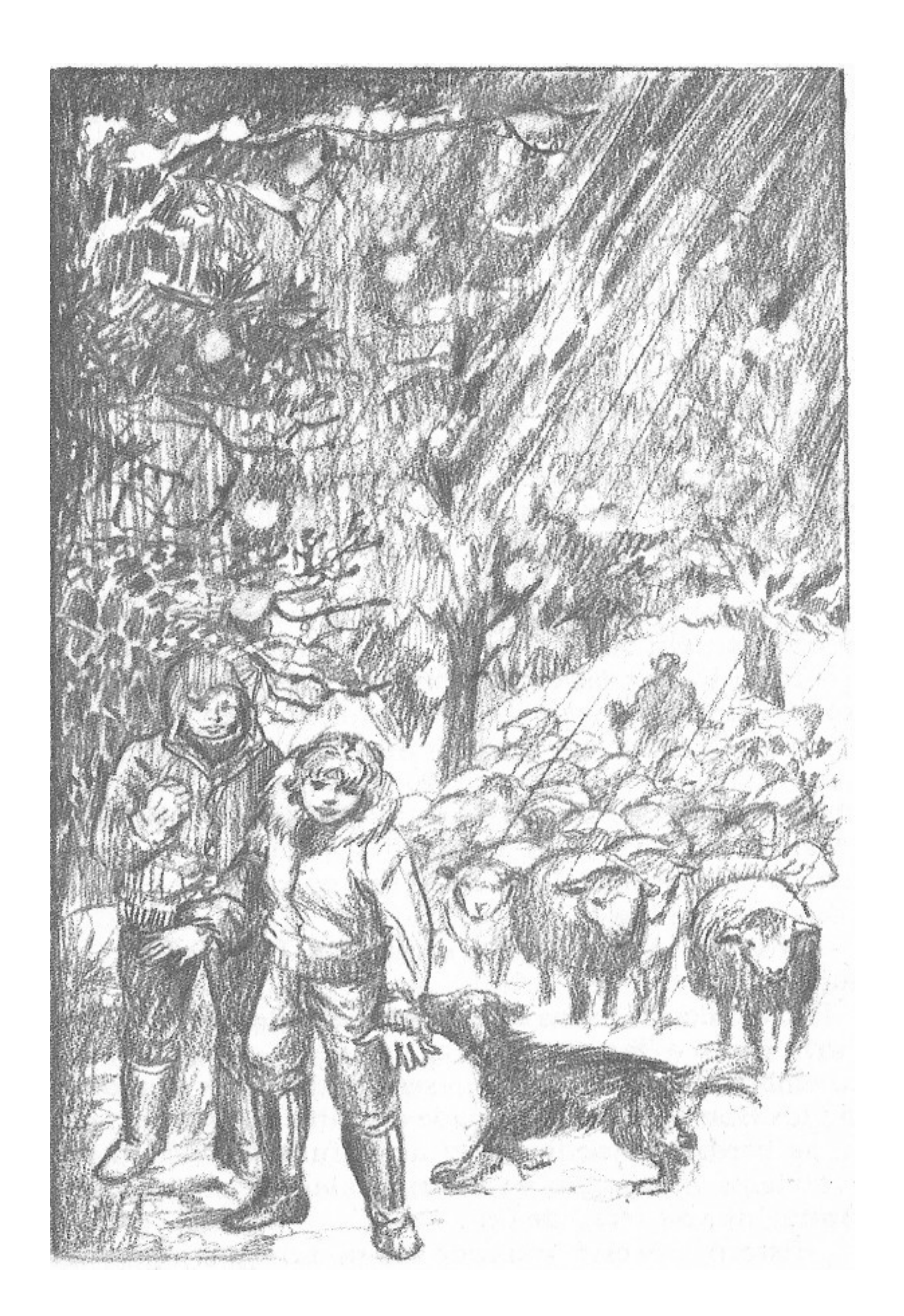
Los Bob-Whites se echaron a un lado; media docena de ovejas venían las primeras y los dos perros venían detrás de todo el rebaño, ladrando.

—Todo lo que estamos consiguiendo, según parece, es ponerle las cosas más difíciles al señor Gorman —dijo Brian—. Deberíamos regresar —añadió, aunque no muy convencido—. Oye, Jim, yo no creo que ahí vaya todo el rebaño, ¿y tú? ¿Qué te parece a ti, Trixie? Si ahí van más de doscientas ovejas, es evidente que van a una velocidad fuera de lo normal. A nosotros nos costó mucho más meterlas en el refugio.

—No están todas —dijo Trixie—, y Tip lo sabe. ¡Escuchadlo!

Tip, obedeciendo las órdenes precisas del señor Gorman, corría junto a Tag en torno al rebaño. De vez en cuando, sin embargo, volvía como desesperado hasta donde estaban los Bob-Whites.

Saltaba, le estiraba a Trixie de la manga, se perdía en medio de la luz difuminada de la nieve, y volvía para restregar su cuerpo, calado hasta los huesos, contra los vaqueros de Jim.



—Este perro está tratando de comunicar algo —dijo Honey—. El señor Gorman ya no puede oímos, con el ruido del rebaño. Deben andar cerca del refugio. Veamos si somos capaces de seguir a Tip.

—No es tan fácil —dijo Diana—. Yo estoy empapada. Y no me gustaría ir vagando en medio de toda esa nieve.

—Vente con nosotros —le dijo Trixie—. Jamás llegarás a encontrar el camino de vuelta tú sola. ¡Y esto es divertido, Di! No hace nada de frío, ¿qué importa que nos mojemos un poco?

—Hemos estado muchas veces peor que ahora, esquiando y en los toboganes —dijo Honey—. Pero yo tampoco le encuentro sentido a todo esto, Trixie. ¿No crees que el señor Gorman sabrá mejor que nadie dónde están sus ovejas?

—Yo me fío más de los perros —respondió Trixie—. Ya verás cuando el señor Gorman meta al rebaño en el refugio y se ponga a contar ovejas. Entonces sabrá que no están todas, e irá detrás de Tip, a ver qué se trae entre «manos». Yo voto por seguir al perro ahora. ¿Y tú, Brian? ¿Y vosotros? ¿Jim? ¿Mart? ¿Honey? Di, es preciso que vengas con nosotros.

—Yo te apoyo, Trix —respondió Jim.

—Y yo —dijeron Honey y Brian a la vez. Este último le acariciaba a Tip la cabeza—. Si no nos ponemos en marcha —dijo ella—, a Tip le va a dar algo.

—¿Ya qué esperamos? —dijo Mart—. Oye, Trix… Trixie, ¿dónde estás?

—Al otro lado de la valla, ladera abajo —les dijo. Ya nevaba con menos fuerza y, con la luz de su linterna, ella pudo ver el profundo barranco que había más adelante—. Tip se ha vuelto loco —exclamó—. Sé que tiene que haber alguna oveja perdida por ahí… ¿pero dónde?

Tropezando, resbalando, los demás Bob-Whites siguieron a Trixie, pasando por debajo de la alambrada y yendo ladera abajo.

—¡Aquí abajo no hay nada! —dijo Mart—. ¿Cómo iban a cruzar las ovejas la alambrada, por mucho que quisieran?

—Díselo a Tip —replicó Trixie a voz en grito—. Yo confío en él. ¡Mira cómo ladra!

—¡Apártate de ese barranco! —gritó Jim—. ¡Trixie, ten cuidado! ¡Es peligroso!

Un tronco podrido había caído y cruzaba el barranco a modo de

puente, cosa que aprovechó Trixie, siguiendo a Tip.

—¿Qué es lo que te preocupa? —replicó—. Es muy seguro, Jim. Y necesitamos pasar al otro lado. ¡Ya voy, Tip… Aaaaahh! ¡Socorro! ¡Jim! ¡Ayúdame!

Y cayó abajo, rompiendo las ramas del árbol caído… y el pastor escocés también cayó detrás de ella. Entonces, justo cuando el resto de los Bob-Whites llegaron al borde del barranco, oyeron la voz de Trixie, que gritaba:

—Estoy… bien… bien… pero ¡huy!, ¡mirad lo que he encontrado!

Había caído en medio de varias ovejas. La nieve, posada sobre las ramas, había formado como una especie de guarida para los animales extraviados. Al ver a Trixie, se asustaron más de lo que ella estaba a causa de su propia caída; las ovejas balaban y gemían, y en vano trataban de escalar las paredes del barranco, cayendo siempre en medio de un gran alboroto.

—¿Estás segura de que no estás herida? —le preguntó Jim, nervioso, mientras él y Brian bajaban con cuidado por entre las ramas.

—Segurísima —dijo Trixie—. Lo que ocurre es que me quedé sin aliento… y que da pena verme… tengo barro hasta en las orejas. Pero las pobres ovejas tienen un aspecto todavía peor. No se cómo van a poder salir de aquí, Jim. Se morirán. Debemos pedir ayuda al señor Gorman. ¡Jim! —gritó de repente—. Jim, ¿crees que esto resolverá el misterio de las ovejas desaparecidas? ¿Crees que cayeron en este barranco y no pudieron salir?

—No, mujer —dijo Jim—, el señor Gorman las habría buscado aquí.

—Claro —dijo Brian—, y los perros las habrían localizado, de haberse caído aquí todas. ¡Si Tip las ha encontrado en medio de una tormenta de nieve…! ¡Figúrate! Por cierto, ya no hay tormenta ¿verdad?

—En efecto, ha desaparecido por completo —dijo Mart desde arriba.

—¡Si hasta tenemos estrellas en el cielo! —exclamó Diana.

—El clima de Iowa puede resultar más imprevisible incluso que el del condado de Westchester —dijo Honey—. Mart, ¿qué haces?

—Intento abrirme paso hasta donde se encuentran Jim, Trixie y

Brian —dijo Mart—, y parece como si se hubieran caído, igual que Trixie.

—Ni se te ocurra bajar —dijo Trixie—. Alguien tiene que ir a buscar al señor Gorman.

—Y alguien tendrá que decimos cómo salir de aquí y cómo sacar las ovejas —añadió Jim—. Mart, ¿por qué no vas con las chicas a casa y traes al señor Gorman? Dile dónde estamos y lo que encontró Trixie.

—De acuerdo —dijo Mart—, pero yo sospecho que a él no le apetece vemos a ninguno de nosotros en este momento.

—Le hemos complicado las cosas —reconoció Jim—. De todos modos, haz el favor de ir a buscarlo.

—Hazlo, Mart —suplicó Trixie—. Si no, pronto empezaremos a nadar. El aguanieve ya me llega por los tobillos.

—Esto es un desastre —dijo Brian—. ¡Mart!

Pero Mart no contestó. Diana y él ya se habían alejado, en busca de ayuda.

El descubrimiento de Trixie • 5

MIENTRAS EN LA GRANJA, el señor Gorman, con la ayuda de Tag, había logrado meter al rebaño donde pudieran rápidamente recogerse, bajo los techos de paja.

Acababa de echar el cerrojo cuando apareció Mart acompañado de las dos chicas.

Casi sin aliento, se limitó a llamar a Tag de un silbido y siguió buscando; ahí fuera, en alguna parte, y de esto estaba seguro, doce de sus mejores ovejas seguían perdidas.

—¡Señor Gorman! —gritó Mart, mientras avanzaba con gran esfuerzo por la nieve hasta donde estaba el capataz—. Señor Gorman —dijo fatigado—, ¡Trixie encontró al resto de las ovejas!

—¿Qué Trixie las encontró? —repitió el señor Gorman con escepticismo.

—En el barranco —prosiguió Mart—. Casi se cae encima de ellas.

—Vaya, hombre, ¿tenía que ser en el barranco? —se lamentó el señor Gorman, y, agotado de cansancio, dejó caer los brazos mientras daba un profundo suspiro—. Vamos a tardar toda la noche en sacarlas de allí. ¿Dónde están Brian y Jim? ¿Y Trixie?

No hizo ningún comentario cuando Mart le contó que se habían quedado a hacer compañía a Trixie, que estaba junto a las ovejas, en el barranco.

—Tendréis que ayudarme —le dijo a Mart—. Vosotras, chicas, será mejor que vayáis a casa y os cambiéis de ropa. Aquí fuera sólo vais a estorbar —insistió cuando Diana y Honey se disponían a seguirlos—. Mi mujer estará preocupada por todos vosotros, de eso estoy seguro —afirmó—. Por favor, id a decirle lo que ha pasado.

Después, cuando ellas se fueron, le dijo a Mart:

—Necesitaremos una escalera para que los chicos puedan salir de ese barranco, y entonces ya veremos cómo sacamos a las ovejas. Nos va a costar mucho trabajo, ya lo veras.

Mart siguió al señor Gorman hasta el enorme granero, donde el capataz cogió una escalera que colgaba de un gancho y se la dio a él. Luego tomó una pala, un hacha de mango corto y un saco de

maíz triturado.

—Bueno, tú serás el guía, Mart —dijo—, si es que sabes por dónde hay que ir. El barranco es muy extenso, y las ovejas quizás se hayan dispersado dentro de él, por varios sitios. ¡Vaya noche!

Pocas veces le ocurría, pero Mart no supo qué decir. Cogió varios de los extraños objetos que el señor Gorman había reunido y emprendió el camino.

En el barranco, ahora que había dejado de llover, las ovejas se sacudían al aire tratando de secarse.

—¡Tened compasión! —les suplicó Trixie—. ¡Cielos! ¿Qué estáis paciendo?

Las ovejas, al sacudirse, los habían empapado a los tres.

—¡Pobres ovejas! —dijo Trixie, intentando apartarse—. ¡Están chorreando!

—Pobres ovejas —dijo Brian, burlándose de Trixie—. Yo más bien diría: pobres de nosotros. ¡Esto es el diluvio!

—Supongo que al señor Gorman se le pasará el berrinche cuando nos vea en tan lamentable estado —dijo Trixie, frotándose los brazos—. ¡Ay, ay, ay, estoy helada de frío…!

El capataz, al ver a los Bob-Whites y a las ovejas sanas y salvas, sonrió satisfecho.

—Buen trabajo, Trixie —dijo—. Hubo un momento en que pensaba que jamás encontraría al resto de las ovejas a tiempo para salvarlas.

—Bueno, yo lo único que hice fue tropezar y caerme encima de ellas —dijo Trixie—. El que las encontró fue Tip. Diga, señor Gorman, ¿se ha visto usted en alguna ocasión en medio de un rebaño de ovejas sacudiéndose el agua?

Pese al agotamiento que tenía, el señor Gorman no pudo contener la carcajada.

—Conque eso es lo que casi os ahoga ¿eh? —dijo sin dejar de reír.

—Sí —dijo Trixie, tratando de escurrir el dobladillo de su grueso suéter—. Señor Gorman, nunca podremos sacarlas de aquí.

—¡Ah, ya lo creo que las sacaremos! —dijo el señor Gorman, cogiendo la pala y bajando por la escalera—. No es ésta la primera vez, ni, por desgracia, será la última, que ocurre una cosa así. Por muchas alambradas que pongamos en torno al barranco, las ovejas

se las arreglan para cruzarlas. ¡Pero si estás temblando, Trixie! Ten, ponte mi suéter. Yo llevo otro debajo, y ya entraré en calor en cuanto nos pongamos manos a la obra. Echadme una mano, chicos.

Le pasó el hacha a Jim y le dijo:

—Sube y corta las ramas más fuertes de ese árbol caído. Trixie, si consigues caminar por entre las ovejas, ve hacia ese lado y mira a ver si encuentras una cuesta menos empinada.

Trixie se disponía a obedecerle cuando preguntó:

—¿Dónde anda Tip?

En efecto, el perro no estaba con ellos.

—Salió de aquí y volvió a la granja, así que lo encerré con Tag en el granero —dijo el señor Gorman—. Nos estaban volviendo locos, a nosotros y a las ovejas. Te seguiremos en cuanto termine Jim de cortar las ramas.

Como las ovejas se habían agrupado alrededor de Trixie en busca de calor, la siguieron y parecía una escena de Belén: la pastorcilla y su docena de corderitos. No fue necesario ir muy lejos para encontrar una cuesta menos empinada. Trixie avisó al señor Gorman, y éste y los chicos no tardaron en ir junto a ella.

—Formaremos una especie de rampa —dijo, empezando a dar paletazos a la tierra—, construyendo unos escalones bajitos y colocando luego las ramas encima, para que las ovejas no se resbalen. ¡Eso es, Mart! Terminaremos las escaleras en menos que canta un gallo.

Trixie observó, fascinada, y mantuvo, con aire auténticamente pastoril, a todo el pequeño rebaño junto a ella.

—Ahora —le dijo el señor Gorman— saca del saco un puñado de maíz, y deja que lo huelan. No se lo des, de momento. ¡Suuuuuuú! ¡Beeeeeé! ¡Suuuuuuuú! —gritó—. Vale, Trixie, echa otro poco en el escalón inferior.

Y Trixie así lo hizo. El señor Gorman y los chicos labraban un escalón, y ella los seguía, dejando un reguero de maíz triturado. Acabado el proceso, todos contemplaron con ansiedad cómo las ovejas, al olor del maíz, se acercaban lentamente al primer escalón, luego al segundo, de una en una, hasta que pronto lograron salir todas del barranco.

Los chicos levantaron luego los alambres inferiores, y Trixie ayudó al capataz a conducir a las ovejas hasta los prados próximos

a la casa.

Ya en la granja, y con las ovejas metidas en el refugio, los cinco, agotados, entraron en la casa. La señora Gorman, Honey y Diana ya se habían acostado, pero habían dejado la comida preparada y café bien caliente.

—Nos preocupa mucho haber causado tantos problemas —dijo Trixie—. Quizás podamos compensarle de alguna manera… ya me comprende… podríamos tratar de encontrar alguna pista que le ayude a recuperar esas ovejas robadas.

—No te preocupes de nada más, Trixie —dijo el señor Gorman, limpiándose el sudor de la frente—. Al final, todo ha salido bien. Y además, debería haberme acordado de deciros que echarais el cerrojo. En cuanto a las ovejas robadas, el caso está en manos de la policía, y no es asunto para chicos. Siento haberme puesto de tan mal humor esta noche. El señor Belden quería que os divirtieseis. Lo de hoy no puede decirse que haya sido una diversión, precisamente, pero, al menos, ha sido una aventura.

—Desde luego —le dijo Mart, desde la puerta de atrás, pues los chicos ya se iban a sus cuartos, situados en el granero—. Y «Aventura» es el primer apellido de Trixie, ¿no es así Trix, hermanita?

Trixie apenas llegó a oírlo porque ya estaba subiendo las escaleras.

No es asunto para chicos —se dijo—. ¿Pero cómo es que el comisario no ha descubierto ni una sola pista, después de tanto tiempo? ¡Hombre, como si Honey y yo no hubiésemos resuelto misterios mucho más difíciles que éste! Conque no es asunto para chicos ¿eh? ¡Bueno; ya veremos!

Siguiendo el rastro • 6

EL MARTES AMANECIÓ con un sol espléndido, que les daba a todos en la cara mientras desayunaban en la cocina. Los problemas de la noche anterior habían quedado olvidados.

—Hacia el mediodía sacaré a pacer a las ovejas, de nuevo —dijo el señor Gorman—. Ya no queda casi ni rastro de nieve. Por desgracia, al derretirse, todo el agua irá a parar al río, y más tarde o más temprano es posible que lleguen las crecidas. ¿Tenéis algo que hacer, hoy?

—Nos gustaría ayudarle —dijo Jim—. ¿Hay algo que un grupo de aficionados pueda hacer?

—No tengo pensado hacer demasiadas cosas fuera de casa, hoy —dijo el capataz—. Probablemente Ben volverá hoy por la mañana, y yo iré a Des Moines a recogerle a la estación de autobuses. A lo mejor le convencéis para que os lleve a pescar a uno de los brazos pantanosos del río. Trixie, no sé qué piensas hacer, pero, si quieres una tarea digna de tu rango de detective, ¿por qué no averiguas dónde ha escondido Blackie a su nueva camada de gatitos?

A Trixie no le hizo ninguna gracia semejante comentario y a Jim tampoco, evidentemente.

—Encontrar gatitos no le será muy difícil a Trixie —le dijo al señor Gorman—. ¿Sabe usted…? El comisario del condado de Westchester piensa que ella tiene una especie de sexto sentido ya que le ha ayudado a capturar en varias ocasiones a criminales de lo más peligrosos.

—Vamos, vamos, Jim, eso es un cuento chino —dijo el señor Gorman.

—Es la pura verdad —recalcó la fiel Honey—. Lo sé, porque yo colaboré, y las dos vamos a crear nuestra propia agencia de detectives después de licenciamos en la Universidad. Si usted está dispuesto a darle una oportunidad, ella descubrirá quién se ha estado llevando las ovejas del señor Belden.

—¿Acaso tiene alguna bola de cristal? —dijo el señor Gorman en tono de burla—. Adelante, Trixie, realiza las investigaciones oportunas. ¿Quieres empezar por leerme la palma de la mano?

—Deja de meterte con ella —dijo su esposa mientras dejaba una bandeja llena de bizcochos calentitos en la mesa—. Cualquier ayuda será bien recibida, si contribuye a que el ganado deje de desaparecer. El comisario Brown no parece llegar a ninguna parte con sus investigaciones. Es nuevo —les explicó a los Bob-Whites—. Antes, el comisario era Tom Benton, y era un policía extraordinario.

—Joe Brown todavía no ha tenido oportunidad de demostrar que él también lo es —dijo la señora Gorman, y, cambiando de tema, añadió—: A Satán y a Gigante Negro no les vendría mal una carrera, Jim, si Brian y tú no tenéis nada que hacer. O, si alguno de vosotros tiene carnet de conducir, estoy segura de que a Ben no le molestaría que cogierais su viejo cacharro para explorar toda esta zona. Yo os traeré la llave.

—Yo tengo permiso de conducir —dijo Brian—, y Jim también. Tendremos cuidado.

—Si vais a llevaros el coche de Ben, no quitéis la barca que ha amarrado en la baca —dijo el señor Gorman—. La deja ahí con tal de tenerla siempre a mano, por si le apetece ir a pescar, y no le gusta que se la toquen. Hay un lago artificial carretera arriba… se llama el Parque de los Juegos de Agua. Puede que os interese verlo. Al este de aquí, a unas pocas millas, llegaréis al Puesto del Ejército. Es una guarnición de caballería abandonada. Como os gustan tanto los caballos, quizá os guste ver las viejas cuadras y el patio de maniobras.

—Pero antes de eso —le interrumpió la señora Gorman—, ¿por qué no vais las chicas a recoger el correo, siguiendo la carretera principal? Hace un día estupendo, y es una pena no disfrutar de él.

—Yo iré —dijo enseguida Trixie—. A lo mejor ha llegado carta de mamá. ¿Venís conmigo… Honey… Di?

La gata, Blackie, salió corriendo tras ellas en cuanto abandonaron la casa y restregó su lomo arqueado contra las piernas de Trixie.

—Ya lo sé —dijo Trixie agachándose para acariciarle el lomo—. Quieres mostramos a tus pequeños. Los buscaremos al volver del buzón. Y, quién sabe, si más tarde —les dijo a sus amigas—, es posible que encontremos algo más interesante que una camada de gatitos. ¡Quién sabe!

Mientras se iban acercando a la carretera del Puesto del Ejército,

Diana dijo:

—¡Mirad! Parece que alguien tiene problemas… allí adelante, en la autopista, junto a los buzones. ¿Será el cartero?

—No creo, con un camión de ese tamaño —dijo Trixie—. ¡Mirad! —exclamó, deteniéndose en la mitad de la ladera—. ¡Ese hombre!

—¿Qué hombre? —preguntó Honey.

—El de la barba negra —dijo Trixie—. Es el mismo que vi en el campo la primera noche que pasamos aquí.



—¿Le tienes miedo? —le preguntó Diana, arrimándose a Trixie y cogiéndola del brazo.

—¡Por supuesto que no! —respondió Trixie inmediatamente—. Se le debe haber estropeado el coche. Honey Wheeler, ¿tú ves lo que hay dentro del camión?

—Ovejas —dijo Diana—. ¿Por qué…?

—Sí; ovejas —repitió Honey—. ¿Es ése el hombre que dijiste que tenía pinta de ladrón de ovejas, Trixie?

—Sí —dijo Trixie con voz grave—. Di, acércate tú al buzón, ¿quieres? Honey y yo tenemos cosas que hacer.

—Ni hablar —replicó Diana—. No pienso acercarme a ese camión. Tengo miedo.

—Ah, bueno —contestó Trixie—. Vuelve a casa, entonces. Y tú también, Honey, y contadles a los chicos lo que hemos visto. Intentad localizarlos antes de que ensillen los caballos. Yo iré a recoger el correo y luego me reuniré con todos vosotros.

Cuando Trixie regresó corriendo por el camino que llevaba a la granja, ya Honey y los chicos la estaban esperando.

—Por favor, deja la correspondencia en la casa —le dijo a Diana, mientras le daba un montón de cartas—. Brian, coge el coche de Ben. ¡Deprisa!

Brian giró el coche. Trixie, Honey, Jim y Mart se metieron, y se fueron por el camino que conducía a la autopista.

—Estoy convencida de que él es el ladrón —dijo Trixie nerviosísima—. Lo vi la otra noche, en la colina, observando a las ovejas mientras pacían. ¿Qué otra cosa iba a hacer allí?

—¿Estás hablando sola? —le preguntó Mart, mirándola a los ojos.

—No, Mart Belden. Estoy hablando con Brian, y con Jim, y con Honey. ¿No puedes ir más deprisa, Brian? Ah, vaya, parece que ya ha reparado el camión —les dijo al llegar al cruce, cerca de la carretera del Puesto del Ejército—. Ni siquiera se le ve.

—Voy a ver si lo alcanzo —dijo Brian, pisando el acelerador.

—Es probable que haya un límite de velocidad —le recordó Jim —. Ve más despacio, Brian. Se supone que tú eres el prudente, ¿no es así?

—¿Y cómo voy a ir más despacio, si Trixie no deja de insistir? —dijo Brian defendiéndose—. Ella es la que tiene prisa.

—¡Un momento! —dijo Trixie—. Ahí está el camión, ¿lo veis? Está torciendo por esa carretera. ¡Corre, Brian! ¡Está intentando despistamos!

—¡Pues menudo despiste más raro! —dijo Mart—. Va directo a Valley Park.

—Bien, pues lo seguiremos, de todas formas. Puede que se trate de una maniobra suya, para engañarnos —exclamó Trixie.

El camión aparcó frente al Banco, y Brian lo hizo a su lado. Trixie salió del auto en un abrir y cerrar de ojos y escudriñó el interior del camión.

—Son de la misma clase de ovejas que las de tío Andrew —murmuró—. Ese hombre ha entrado en el Banco. Voy a seguido. Tengo que averiguar qué es lo que hace.

Entró y se dirigió a una mesita que había en el centro y fingió rellenar un formulario. Por el rabillo del ojo, Trixie vio, con gran sorpresa, cómo el director del Banco salía de su despacho y le daba la mano al hombre de la barba negra.

—¿Qué talle va, señor Schulz? —dijo—. ¿Qué le trae a la ciudad? ¿A vender ovejas?

—Sí —respondió el hombre de la barba negra—. Mi vecino, Andy Belden, ha estado disuadiéndome, y me ha aconsejado que esperara hasta que subieran los precios… pero ahora ya me dan lo que pido… y las vendí en la subasta de Rivervale, el otro día. Y es allí adónde voy.

Desanimada, Trixie volvió al coche y se sentó delante, al lado de Brian. Les contó cuanto había oído.

Nadie dijo una palabra hasta que se alejaron de Valley Park.

—¿Y cómo iba yo a saberlo? —dijo Trixie a la defensiva—. Nadie me había presentado al vecino que tenemos al otro lado de la carretera. Y, en cualquier caso, ¿qué estaba haciendo en el terreno de tío Andrew a aquellas horas de la noche?

—Parte de su granja linda con la de tío Andrew —dijo Mart—. Eso sí que lo sabía yo.

—¿Queréis decir que la carretera atraviesa su terreno? —preguntó Honey.

—Pues claro. Cuando construyen las carreteras, muchas veces éstas tienen que pasar a través de terrenos privados. El señor Gorman nos dijo que la tierra que hayal otro lado del riachuelo

pertenece al señor Schulz. Me figuro que Trixie no estaría escuchando en ese momento sino soñando con unas enormes patillas negras y…

—Basta, Mart —gritó Jim—. Hay que reconocer que tenía una pinta un tanto sospechosa.

—Incluso genios mayores que tú, Mart —dijo Trixie, algo avergonzada—, tipos como… bueno, ya sabes, como esos del F.B.I. [8] o de Scotland Yard[9]… tienen que seguir cada pista hasta el final.

Al llegar a la granja, se encontraron con que Ben ya había regresado. Era un joven alto, moreno, y bonachón, y se le veía ansioso por hablar del cursillo que quería hacer en la Universidad de Ames.

—El decano de la Escuela de Agricultura posee una granja enorme —dijo Ben—. Yo estuve allí. Señor Gorman, debería haber visto qué ovejas tan raras tiene. Aguarde un segundo; lo he anotado en alguna parte. Son de una raza… una clase de merino francés… sí, aquí está… se llama Rambouillet.

—No se ven muchas de ésas en Iowa —afirmó el señor Gorman —. A decir verdad, yo nunca he visto ninguna.

—Tienen la piel tan suelta como la de un perro basset —les dijo Ben a los Bob-Whites—. Les cuelga en pliegues. No me gustaría tener que esquilar una oveja de esa raza. Aunque, eso sí, su lana es muy apreciada. Puede que adquiera algunas cuando monte mi propia granja. Valdría la pena intentado.

—¿Quieres criar ovejas, quieres tener una granja de verdad? —preguntó Trixie.

—Lo intentaré —respondió Ben con una sonrisa—. Un granjero de verdad, con una granja de verdad, y no una de esas que hay en Nueva York, que caben en un pañuelo.

—¿Entonces tú conoces la zona rural de Nueva York? —preguntó Trixie desilusionada.

—No; ni tengo ganas —contestó Ben—. Demasiada tontería, demasiado lujo innecesario. A mí dadme un buen terreno —añadió hablando tan deprisa que casi no le da tiempo a acabar la frase.

—Pues tenemos varias granjas de verdad, como tú las llamas, en Nueva York —dijo Trixie—, y una de las mejores Escuelas de Agricultura de los Estados Unidos… Cornell.

—Es una buena escuela —opinó Ben—, pero, oídme, tendríais que pasaros por la Universidad Estatal de Iowa antes de volver a casa. —Y, levantándose de la mesa, le dijo al señor Gorman—: Tengo entendido que estos chicos querían ir a pescar ¿no es así?

—Sí, Ben —le contestó—; creo que a algunos de ellos les apetece.

—Bueno, pues entonces vamos allá. Antes, tenemos que buscar gusanos —añadió al salir.

—No hagáis caso a Ben —les dijo el señor Gorman—. El verano pasado vino un chico de Nueva York que lo miraba por encima del hombro. Eso le sacó de sus casillas y, cuando ya no pudo soportarlo, se lo llevó a cazar agachadizas. No dejéis que os pille por ahí. El pobre chico se pasó la noche en la colina, con un saco abierto, esperando que alguna agachadiza se metiera dentro. Ben durmió como un lirón, aquella noche. Me imagino que para él todos los neoyorquinos son iguales. Pero tal vez haga una excepción con la familia de vuestro tío Andrew. Eso sí, de pesca sabe un montón… os lo pasaréis de miedo.

—¿Viene alguien? —dijo Ben, apoyándose contra el marco de la puerta.

Los chicos se levantaron rápidamente para ir con él.

—A mí no me apetece —dijo Trixie.

—¿Te dan miedo los gusanos? —le preguntó Ben.

—Ella no tiene miedo a nada —dijo Jim—. Ya te darás cuenta. Ven con nosotros, Trixie.

—No, gracias —dijo Trixie—. Yo no podría con peces tan grandes… sólo me dedico a los pescaditos.

—Se cree muy listo, ¿no os parece? —dijo a sus amigas mientras fregaban los platos del almuerzo—. Me da la impresión de que hay algo extraño en él.

—¿También tiene pinta de ladrón de ovejas? —preguntó Honey, muerta de risa—. Fíjate bien, que éste no tiene barba negra.

—¿Barba negra? —preguntó la señora Gorman.

—Sí… —dijo Honey.

—Honey Wheeler —murmuró Trixie—. Honey Wheeler —repitió—, si te atreves a decir una palabra de aquello… bueno, ya te puedes ir olvidando de nuestro proyecto para la agencia. Quédate un rato, si quieres. Yo, ahora, voy a escribirle una carta a mamá.

Una luz extraña • 7

HACIA LAS SEIS, los pescadores volvieron con cuatro percas bien hermosas y una docena de peces luna. Los chicos se ocuparon de limpiarlos, y luego, bajo la dirección de la señora Gorman, Trixie los rebozó en harina de maíz y los untó con un poco de manteca.

Ben entró y empezó a alborotarle el pelo a Trixie.

—¿No estarás enfadada conmigo, verdad? —preguntó—. ¿Sabes una cosa? A mí me gusta mucho meterme con la gente. Los chicos me han descrito a algunos de los criminales que has descubierto. Me descubro ante ti —dijo simulando que se quitaba el sombrero y hacía una reverencia.

Trixie puso el pescado frito en una fuente y llevó a Ben hasta una caja que había en un rincón de la cocina.

—Nunca había disfrutado tanto como encontrando a éstos —dijo, mientras sacaba de la caja un gatito blanco y negro y se lo ponía junto a su mejilla—. ¿A que es monísimo?

—¡Vaya, que me lleve el diablo! —exclamó Ben—. Yo me he tirado horas buscando los cachorrillos de Blackie, por toda la casa. Desde luego los tenía bien escondidos. ¿Dónde los encontraste?

—En el armario de tu habitación, donde guardas la ropa de verano —declaró Trixie en tono triunfal—. Debes haberte dejado la puerta abierta. La señora Gorman me pidió que sacara las toallas de tu cuarto… porque va a lavar la ropa mañana… y me di cuenta de que la puerta del armario estaba abierta. Cuando iba a cerrarla los vi… a los cuatro, y son a cual más cariñoso —Trixie se sentó en el suelo y se puso los gatitos en el regazo.

—¡En mi propio cuarto! —dijo Ben confundido—. ¡Ante mis propios ojos!

—No exactamente ante tus ojos —dijo Trixie—. Más bien hicieron su madriguera en tu chaqueta de verano; les pareció un lecho comodísimo, ¿verdad, gatitos?

—¡Pero, seré burro! —dijo Ben, sosteniendo un gatito negro en la palma de su mano—. Escucha al amigo minino. ¿Oyes? Parece el motor de una lancha. Vamos, vamos —le dijo al gatito—, no pasa nada, ya limpiar esa vieja chaqueta. No tengas tanto miedo. Le late

el corazón a cien por hora —se lo puso a Trixie en las manos—. Verdaderamente, son monísimos —añadió.

Poco después, las tres amigas se sentaron en tomo al piano, y estuvieron cantando, mientras Diana tocaba. Trixie le susurró entonces a Honey:

—Al principio Ben me cayó fatal, pero ahora me parece muy buen chico, ¿no crees? Después de todo, creo que es una buena persona.

Al cabo de unas cuantas horas, ocurrió algo que obligó a Trixie a reconsiderar las dos opiniones que había tenido acerca de Ben, y volvió a tener una opinión negativa de él.

Hacia las once y media, cuando ya todos se habían ido a la cama, Trixie estaba acostada, pero no tenía sueño.

El silencio envolvía la casa, y afuera no se oía absolutamente nada. Tip y Tag dormían o estaban demasiado lejos para que pudieran oírlos. Betsy y su becerro estaban callados. No había luna, pero las estrellas brillaban con tal fuerza que llegaban a dar cierta luz.

De pronto, Trixie oyó dos silbidos, uno agudo y otro grave, que rompieron el silencio. Tras un intervalo, lo escuchó otra vez.

¡La señal de Mart! —pensó—. ¡Nuestra señal de emergencia! ¿Qué será?

Y Trixie saltó de la cama; se puso los vaqueros y un suéter; se calzó unas zapatillas de estar por casa y bajó las escaleras con gran sigilo. Al abrir la puerta se encontró con Mart.

—¡Se trata de Ben! —dijo Mart en voz baja—. Fingió que se iba a acostar al mismo tiempo que nosotros, pero a mí me parece que no lo ha hecho.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó Trixie.

—Acaba de salir con una linterna —respondió Mart—. ¿Ves aquella luz que se mueve, carretera arriba? Está tratando de tapada con la mano… ¿Te das cuenta, Trixie?… Allí, más allá del granero de Schulz…

—Ya la veo —exclamó Trixie—. ¡Qué raro! ¿Adónde crees que irá?… Bueno, no sé por qué te hago esa pregunta. Tú sabes lo mismo que yo. Mart, ven; vamos a ver qué hace. ¿Has traído la linterna?

Sin decir ni una palabra, Mart la encendió, iluminando un buen

trecho de carretera.

—¡No hagas eso! —exclamó Trixie en voz baja—. Enseguida se daría cuenta de que lo estamos siguiendo. Alumbra sólo lo suficiente para que no tropecemos. ¡Corre!

Corrieron tan deprisa como pudieron, siguiendo la luz oscilante de la linterna de Ben. Éste cruzó la carretera del Puesto del Ejército, se metió por Sand Hill, y siguió la senda que conducía hasta el Bosque de los Nogales.

Trixie y Mart fueron detrás de él pero, justo a la entrada del bosque, lo perdieron de vista.

—Ya dije yo, cuando pasamos por aquí viniendo del aeropuerto, que esto parecía el escondite de unos ladrones —dijo Trixie.

Mart seguía andando en silencio.

—Está allí arriba; mira la linterna, Trix —dijo con ansiedad—. Parece que está haciendo señales con ella.

—Sí —dijo Trixie, algo nerviosa—. Está moviéndola en círculos, formando un arco de luz. ¡Mira, Mart! Allá, a lo lejos, más hacia el interior del bosque ¿no lo ves?

—Un rectángulo de luz —dijo Mart—. ¿No será una ventana?

—Es posible —dijo Trixie—. Me parece que alguien acaba de echar las cortinas en este momento. Mart, esto no me huele nada bien. Otra vez está haciendo señas Ben con su linterna.

—Sí —dijo Mart—, seguro que es una especie de contraseña. Acerquémonos, Trixie.

—De acuerdo —dijo Trixie, y se dirigieron al bosque.

Mart la cogió entonces de la mano y, observando el lugar, le dijo:

—Huy, no, ahí no. No vamos a poder ver nada. Extraviarnos en el Bosque de los Nogales no nos va a ayudar a resolver el misterio.

—Oye, Mart Belden, ¿acaso piensas que me voy a detener ahora?

—No es cuestión de detenerse o no —replicó Mart—. Sólo quiero que pienses con la cabeza por una vez en tu vida, Trixie. Volvamos a casa lo más rápido posible; le diremos al señor Gorman lo que está pasando, y luego venimos aquí, pero con él. Él conoce el bosque.

Con desgana Trixie aceptó el plan, y volvieron corriendo… alejándose de Sand Hill, y de la carretera del Puesto del Ejército,

hasta llegar a la granja del Valle Feliz. Casi sin aliento, llamó a la puerta del señor Gorman. Mart estaba detrás de ella.

Cuando el señor Gorman abrió la puerta, también salió su mujer. Honey y Diana, alertadas por tanto jaleo, también se asomaron a la puerta…

—¡Es Ben! —balbuceó Trixie.

—¿Qué le pasa a Ben? ¿Está enfermo? —preguntó el señor Gorman.

—Él es el ladrón —dijo Trixie bruscamente—. ¡Mart y yo lo sorprendimos con las manos en la masa!

—¿Que vosotros qué…? —preguntó desconcertado el señor Gorman—. ¿Ben… ladrón? ¡Qué majadería! ¿De qué estáis hablando?

Trixie y Mart contaron de forma atropellada todo lo que habían visto.

Una vez que el señor Gorman pudo descifrar el mensaje de ese relato a dos voces lo suficiente como para comprender sus líneas generales, se echó a reír. Y se estuvo riendo sin parar un buen rato. Y luego la señora Gorman también empezó a reírse hasta que se le saltaron las lágrimas.

Mientras tanto, Trixie y Mart, contemplando la ridícula escena, se indignaban cada vez más hasta el punto de que Trixie dio una patada en el suelo, exclamando:

—¡Basta! ¿Acaso no quieren averiguar lo que está sucediendo con las ovejas?

—Claro que sí, Trixie —dijo el señor Gorman—. Que me parta un rayo si no es así. Sólo quiero que entiendas que Ben no está robando ninguna oveja.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó Trixie—. ¡Si ni siquiera va a salir a comprobarlo! ¿Qué otra cosa puede estar haciendo, saliendo de casa a hurtadillas, en medio de la noche, y agitando su linterna para comunicarse con algún cómplice?

—Cazar zarigüeyas —dijo la señora Gorman, pellizcándole la mejilla a Trixie con cariño—. Si hay algo en el mundo que a Ben le guste, son las zarigüeyas asadas. Las noches sin luna sale a buscarlas… las acorrala en los árboles y las ciega con la linterna. Esperad a mañana, cuando probéis la que traiga a casa.

—Yo no quiero ni probarla. Por nada del mundo la probaría —

dijo Trixie haciendo un gesto de repugnancia—. ¡Sería como comerse… a Blackie, o a Tip, o a Tag!

—¡Guau! —dijo el señor Gorman—. ¡Deberías tener tú el pelo rojo, y no Jim! ¡Ladrón de ovejas! —repitió una y otra vez mientras volvía a su cuarto sin dejar de reírse—. ¡Lo que se va a reír Ben cuando se lo cuente! Trixie, ¿recuerdas lo que te dije de dejar el caso en manos de Joe Brown, el comisario? El consejo sigue en pie. A ver si dormís un poco, chicas. Y tú también, Mart. ¡Ben ladrón de ovejas! ¿Te lo imaginas, Mary?

Trixie se quedó inmóvil.

—Es posible que nos hayamos equivocado —dijo—. Quizá Ben no sea el hombre que buscamos. Hasta cierto punto resulta lógico que estuviese balanceando la linterna para cegar a las zarigüeyas. Pero ¿qué explicación tiene lo de la ventana iluminada, en el corazón del bosque? ¿Y para qué iba a echar las cortinas cuando Ben movió su linterna?

—Sí, señor —repitió Mart—. ¿Cómo se explica eso?

—Imaginaciones —dijo el señor Gorman—. No hay ninguna casa en el bosque. Todo eso es producto de vuestra fantasía… y nada más que de vuestra fantasía.

Los Bob-Whites se hacen notar • 8

—ESCUCHAD ESTO —dijo Trixie al abrir la carta, durante el desayuno—. ¡Atended… Jim… todos vosotros! Ha escrito mamá y cuenta que Dan fue a verla y le preguntó si tenía noticias nuestras, ¿ya que no adivináis qué más?

—Lo veré yo mismo —dijo Mart, cogiendo la carta de su madre —. ¡Yupiii… Dan ha conseguido un empleo!

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Honey—. Si no vino con nosotros porque tenía que dar esas clases durante las vacaciones… ¿Qué clase de trabajo?

—Lo hace después de las lecciones —explicó Mart—. Es un trabajo ideal. Ojalá encontrara yo uno así. Va a ser monitor de patinaje artístico en la pista de Plains, durante media jornada.

—¡Eso le viene a Dan como anillo al dedo! —dijo Diana—. Y mamá dice algo más —anunció Trixie— Dan le dijo que deberíamos habernos traído los patines, así que nos los ha enviado. Seguramente llegarán después de que nos marchemos. Me pregunto qué pensó Dan que podríamos hacer con los patines aquí, en el campo…

—Hay una magnífica pista cubierta en Rivervale —apuntó Ben, que había entrado en la cocina para tomarse una segunda taza de café—. Y nuestra pista está abierta por la noche, también. ¿Sabéis…? El Valle Feliz no es exactamente la frontera[10].

—Ya lo sabemos —replicó Honey rápidamente—. No seas tan quisquilloso, Ben. Esto nos gusta muchísimo. Cuando recibamos los patines, probaremos la pista pero, claro está, si tú nos prestas tu coche para ir allí.

—Lo pensaré —dijo Ben en broma—. Dime, Trixie —prosiguió, guiñándole un ojo a Jim—, ¿cuándo me vas a colocar las esposas?

—¡Se lo ha dicho! —dijo Trixie mirando inquisitivamente al señor Gorman.

—Por supuesto —dijo el señor Gorman con un gran sentido del humor—. Si Ben está robándonos las ovejas, quiero que deje de hacerlo inmediatamente.

—Yo pienso que no ha sido prudente, por su parte, el decírselo

—dijo Trixie con la cara tan roja como un tomate.

—¿Pero no te das cuenta de que te están tomando el pelo? —le dijo la señora Gorman—. Yo pienso que es fabuloso que intentes averiguar quién está robando esas ovejas, Trixie. Y además te diré una cosa: si alguien no lo averigua muy pronto, la mayoría de nuestras ovejas desaparecerán, y entonces… no pasará mucho tiempo antes de que yo también me largue de aquí… a la fuerza, y se terminó lo de ser capataz de la Granja del Valle Feliz —continuó diciendo el señor Gorman, que se había puesto muy serio—. Eso es lo que estabas insinuando, ¿no, Mary?

También cambió de expresión la cara de Ben.

—Es cierto —dijo—. Y no puedo dejar de darle vueltas a la cabeza sobre una cosa que dijiste, Trixie. Se trata de la ventana iluminada que os pareció ver en el bosque… más allá de donde yo estaba andando, cazando zarigüeyas.

—Sí —afirmó Trixie, algo más animada—. La vimos, en serio, y también vimos que echaron las cortinas, ¿verdad, Mart?

—Es imposible —dijo Ben subiendo el tono de voz—. Yo siempre ando cazando por el bosque y, precisamente, pesco en el río a esa altura. Lo llevo haciendo durante años y años. Nadie ha conseguido jamás meterse por entre los espesos viñedos y las malezas de los avellanos hasta el corazón del bosque. El terreno es propiedad del Estado, como sabéis. Es el Parque Estatal de los Nogales.

—Sin embargo, reconoce que circulan por ahí historias de gente que vive ahí dentro —le recordó la señora Gorman.

—Efectivamente, pero hace unos cien años de eso —dijo Ben—. ¿Ves, Trixie? A mí me lo han contado de esta manera: al término de la Guerra Civil, un grupo de hombres, encabezados por algunos presos fugados, reunieron a sus familias y se asentaron junto a las orillas del río. Se ganaban la vida destilando alcohol de un modo ilegal.

—Hasta que el Gobierno los sorprendió con todo aquel whisky —añadió la señora Gorman.

—Sí —confirmó Ben—. Y nadie sabe exactamente lo que ocurrió entonces. Yo he oído alguna vez que se escondieron en lo más profundo del bosque. No obstante, aun en el caso de que lo hubieran hecho, nadie ha visto ni rastro de sus descendientes desde

hace muchísimos años.

—Tampoco es la primera vez que se han visto luces allí dentro —le recordó la señora Gorman.

—¡Bah, habladurías! —dijo el señor Gorman—. ¡Ah! ¡Se me olvidaba! —añadió mientras sacaba del bolsillo de su camisa un montón de entradas—. El hijo de Dan Schulz, Ned, me las vendió. Hay un partido de baloncesto en Rivervale, esta tarde, seguido de barbacoa y baile. Pensé que os gustaría ir.

—Nos encantaría —dijo Trixie, olvidándose instantáneamente de todo el asunto del Bosque de los Nogales.

—Todo se hace para recaudar algo de dinero para el colegio. Empieza sobre las dos, más o menos. El instituto de Rivervale tiene un equipo estupendo —dijo el señor Gorman—. Ned juega de pivot. Está ansioso por conocer a Jim, a Brian y a Mart… Bueno, ya vosotras también, según tengo entendido.

—Él es lo que las chicas habrían llamado un «Rodolfo Valentino» cuando yo tenía vuestra edad —bromeó el señor Gorman—: alto, moreno y guapo.

—Esperemos que sepa jugar bien al baloncesto —dijo Jim—. Oiga, señor Gorman, no sabe lo mucho que le agradecemos que nos haya conseguido esas entradas.

—No tiene importancia —respondió el señor Gorman—. No vamos a necesitar la furgoneta hoy, así que, si queréis ir con ella hasta Rivervale, lleváosla sin más.

—Muchísimas gracias —dijo Trixie—. Ben, ¿no vienes con nosotros?

—Tengo demasiado que estudiar —contestó Ben—. ¡De todas formas, gracias por la invitación!

Los Bob-Whites dieron un corto paseo a caballo alrededor de la granja, siguiendo la carretera del Parque de Waterworks.

Entonces, después de un almuerzo ligero, cogieron la furgoneta y se fueron.

Las chicas iban vestidas con falda y suéter, porque la señora Gorman les dijo que todo sería bastante sencillo, y que el baile tendría lugar en el gimnasio. En vista de lo que sucedería algo más tarde, fue muy oportuno que Trixie, por lo menos, no llevara nada demasiado elegante.

Los Bob-Whites encontraron sitio en las primeras filas, muy

cerca del centro de la pista. Unos doce jugadores del equipo del instituto de Rivervale se estaban entrenando. Unas eres enormes adornaban las chaquetas de sus chándales.

No fue difícil averiguar cuál de los jugadores era Ned Schulz. Era el más alto, el más moreno, y el más guapo.

Automáticamente, Honey hundió sus dedos entre sus bucles y Diana pestañeó con gran coquetería. Trixie, en cambio, se puso a mirar cómo Ned encestaba la pelota limpiamente. Entonces lanzó un silbido de admiración.

Ned la oyó y, al sospechar que ellos debían ser los invitados de su vecino, subió para presentarse.

—Estamos esperando al equipo del instituto de Indianola —dijo —. Deben haberse retrasado por cualquier motivo.

—Ha sido muy divertido el ver cómo hacíais el calentamiento —dijo Trixie con gran entusiasmo—. Algunos de los jugadores parecen muy buenos.

—Gracias. ¿Jugáis alguno en vuestros institutos? —preguntó Ned—. Por cierto, sois de Nueva York, ¿no?

—Sí, del instituto de Sleepyside —dijo Trixie—. Jim, Brian, y Mart juegan.

—¿Y vosotras, chicas… jugáis también? —les preguntó Ned—. Oye, perdonad un minuto; voy a ver qué les está diciendo el entrenador a los compañeros.

—Habrá media hora o quizá tres cuartos de hora de retraso —comunicó a los Bob-Whites al volver—. ¿Qué tal si peloteáis un poco? —les propuso—. El entrenador dice que nos relajemos, así que la pista está libre. Hay zapatillas para todos, debajo del banquillo.

—Sería estupendo —dijo Mart.

Los jugadores del Rivervale se sentaron en el suelo y en el banquillo mientras los chicos de Sleepyside encontraban zapatillas que les vinieran bien.

—¡Ataos bien los cordones! —dijo uno de los jugadores locales, sonriéndole a Mart, que estaba sentado a su lado.

—¡Ah, sí! ¡Gracias por el consejo! —replicó Mart, mirándolo de reojo—. ¡A ver si me acuerdo de eso!

—No quería ofenderte —dijo el otro—. Simplemente pensé que quizá no habíais jugado mucho.

—Lo que ha dicho le va a costar caro —le susurró Honey a Trixie—. Esto va a estar bien.

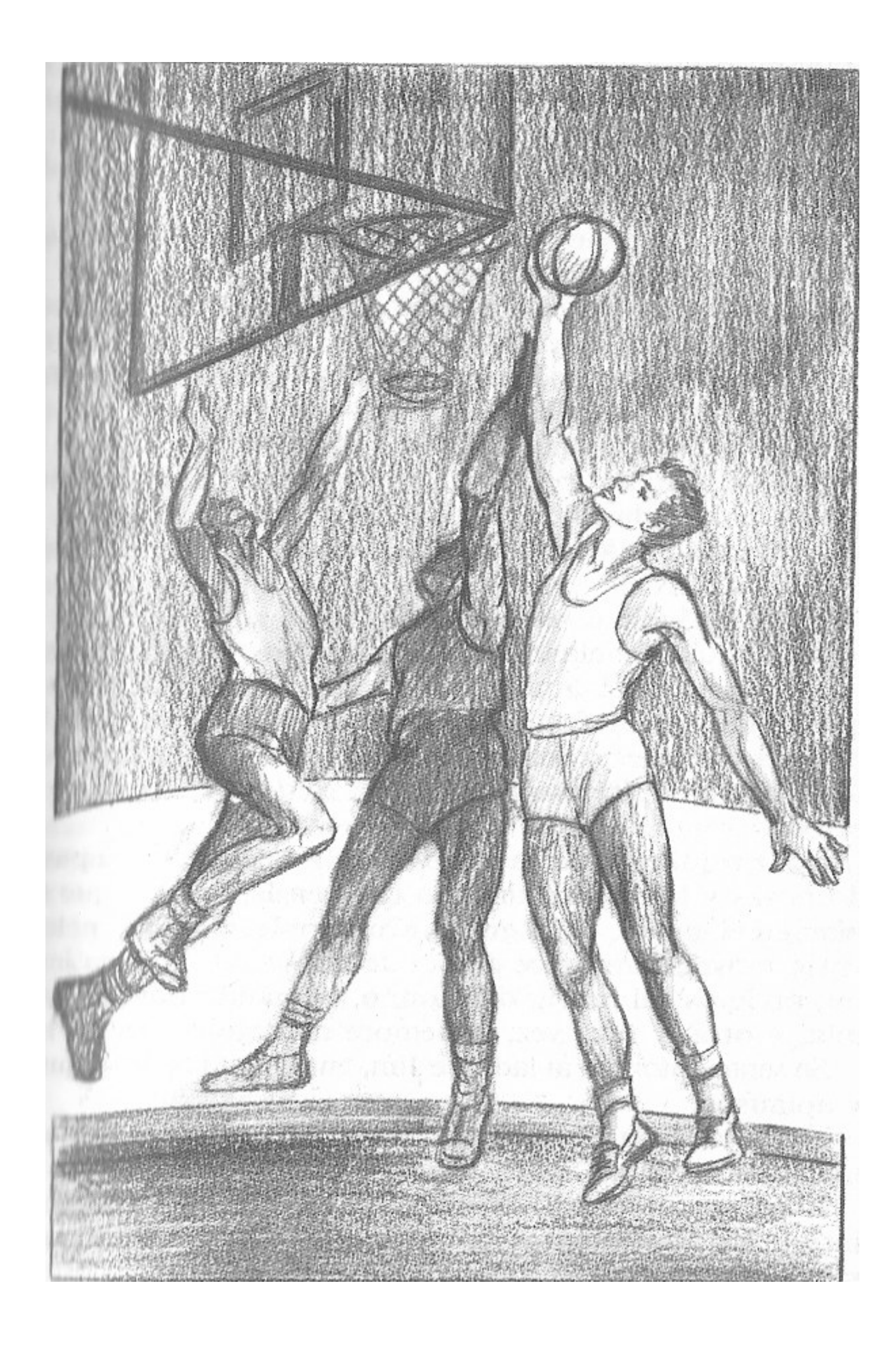
Mart saltó a la pista como un tigre. Con gran destreza empezó a botar la pelota como si estuviera jugando un partido, llegando a encestar sin rozar el aro.

Brian la cogió en el aire de un salto, dio unos cuantos botes, avanzó unos pasos, y realizó un soberbio tiro a gran distancia.

Esto bastó para que los espectadores del banquillo se percatasen de que a los extraños que acababan de invadir la pista no les era nada ajeno el baloncesto. Así que les dieron la bienvenida con silbidos, aplausos y pateos.

Mart dejó la pelota y se inclinó ante ellos cómicamente, haciendo una reverencia exagerada, cosa que provocó una gran hilaridad entre los presentes. Pero pronto Jim acaparó la atención del público haciendo una soberbia demostración de sus buenas dotes de jugador.

Enseguida, y olvidándose ya del público, los tres chicos se pusieron a jugar. Jim lanzó la pelota, hacia Brian, que se encontraba a menos de doce pies de la canasta, y dando unos pasos por si Brian erraba el tiro, para coger el rebote. Y así fue; Jim cogió la pelota debajo de la canasta y encestó en el acto. La recuperó, y le dio un pase largo a Mart, que saltó para cogerla. Al llegar éste al suelo lanzó la pelota con una mano, y ésta, tras rebotar en el tablero, se metió en la canasta.



Tanto crecieron los vítores de la multitud que los chicos, algo turbados, regresaron corriendo al banquillo, donde las chicas los esperaban junto a Ned Schulz.

—¡Magnífico! —dijo Ned, dando fuertes apretones de mano a los tres Bob-Whites.

—Me temo que nos hemos pasado un poco —dijo Brian tratando de disculparse.

—Ellos… quiero decir, nuestro equipo… fuimos campeones del distrito en el condado de Westchester —declaró Trixie con orgullo, y, cogiendo la pelota que Mart le pasara, se puso a botarla en el suelo, delante del grupo.

—No hace falta que lo jures —dijo Ned—. Salta a la vista. Oye, Trixie, ¿y tú? Esa pelota sirve para algo más que para botarla. ¡Venga, tira!

—¡Métela en la canasta… dale una lección! —le susurró Jim a Trixie.

Ella al principio se resistió.

—Ni hablar… delante de toda esta gente —dijo, pero entonces, picada por una carcajada impertinente del mismo que se había burlado de Mart, olvidó dónde estaba, se levantó, midió la distancia hasta el aro, lanzó, y encestó.

—¡Guau, repite eso! —exclamó Ned, devolviéndole la pelota.

No le resultó demasiado difícil a Trixie, que había pasado horas y horas practicando tiros en la canasta que tenían en el garaje, en la granja Crabapple. Cogió la pelota y, sin moverse un ápice de donde estaba, en la línea lateral, no lejos del medio del campo, la mandó por los aires una, y otra, y otra vez, y siempre consiguió encestarla.

Se sentó entonces al lado de Jim, entre «miaus», «guaus», y aplausos.

—No lo lograría de nuevo aunque lo ensayara durante millones de años —dijo.

El entrenador del Rivervale había estado observando con interés los movimientos de los Bob-Whites, dibujando garabatos en la pizarra que había puesto sobre sus rodillas.

Cuando, por fin, los jugadores del instituto de Indianola llegaron y se dirigieron a los vestuarios, se levantó para reunirse con ellos, pero antes se detuvo un momento para hablar con los Bob-Whites. Respondiendo a sus preguntas, se presentaron y le dijeron el

nombre de su colegio.

—Buena muñeca —dijo, y les dio la mano a los chicos—. Y, Trixie —añadió volviéndose hacia ella—, no me vendría mal tener una buena tiradora como tú en el equipo, esta tarde.

No fue necesario. El instituto de Rivervale jugó un partido brillantísimo. El resultado fue Rivervale 76, Indianola 42.

Después del partido, los Bob-Whites, avergonzados por la superioridad del equipo ganador, se encontraron rodeados por un montón de seguidores del Rivervale, que los acosaron a preguntas.

Los chicos se apiñaron en torno a Honey y Diana, tratando de llamar su atención y reservarse algún baile para la fiesta. Trixie, con los cabellos revueltos y las mejillas coloradas, se mantuvo pegada a Brian, Mart y Jim. Uno de los seguidores del Rivervale le dio una palmada en el trasero, alabándola escuetamente por sus lanzamientos a la canasta. Ella miró con envidia a Diana y a Honey. Las dos estaban tan preciosas, que no era de extrañar que los chicos se agruparan en torno a ellas.

Algunas veces —se dijo a sí misma—, me gustaría hacer el papel de la chica atractiva, y no de un chicote. Especialmente cuando va a haber un baile.

Dos sospechosos • 9

DESPUÉS DEL PARTIDO, las chicas fueron al baño para lavarse las manos y pintarse los labios.

—Ese Ned Schulz lo tiene todo, ¿verdad, Trixie? —le preguntó Honey mientras se cepillaba sus cabellos castaños, que le llegaban a los hombros—. Y tú has utilizado todas tus enrevesadas artimañas para lograr que se interese por ti.

—Sí; reconozco que se me subieron los humos a la cabeza. Fui una presuntuosa —respondió Trixie—. ¿No crees, Honey? Te aseguro que me olvidé de dónde estaba. Cuando aquel chico se metió conmigo, decidí que tenía que demostrarle lo que era capaz de hacer con la pelota. ¿Fue muy ridículo?

—Tratándose de otra, habría estado segura de que lo hacía para atraer a Ned —le dijo su amiga—. Pero tú, lo último que serías en esta vida es una presuntuosa.

Sin embargo, Trixie no se quedó muy convencida.

—¿Pero tú crees que los demás pensarían que lo hice para atraer la atención de Ned? —preguntó.

—No más del cincuenta por ciento de las chicas que había en el gimnasio —dijo Diana—. Pero olvídalo, Trix. Estuviste sensacional. Y ellas no saben que tu corazón le pertenece a Jim.

—Bueno, tú sabes que a mí me gusta Jim —dijo Trixie sonrojándose—, igual que a ti te gusta Mart y a Honey le gusta Brian. Pero mi corazón no le pertenece a nadie.

—Ya lo sé —dijo Diana—. Sólo estaba bromeando.

—Todavía somos unas niñas —dijo Honey—. Al menos, eso es lo que todo el mundo se empeña en decimos.

—Papá y mamá se conocen desde que tenían diez años —dijo Diana—. Y mi madre ha llegado a confesarme que ya desde entonces sabía que algún día se casaría con papá.

—Supongo que a veces ocurre —dijo Honey.

Trixie no dijo nada, pero tardó más que otras veces en cepillarse el pelo, y le pidió a Diana el perfume.

—Humm, hueles como una tienda de flores —le dijo Jim cuando los chicos las vieron en la puerta del gimnasio.

—¿Me he puesto demasiado? —preguntó Trixie nerviosa—. Es de Di. Es que sudé mucho, después de mi exhibición de la canasta. Quisiera que se me tragara la tierra.

—¿Y por qué? —preguntó Jim—. ¡Si daba gusto verte! Además, te habían desafiado, Trixie. Simplemente tenías que encestar. Olvídalo, ¿vale? —dijo cogiéndola del brazo a la vez que la miraba fijamente a los ojos.

Trixie se sintió realmente confortada y se despreocupó de todo.

Cuando los Bob-Whites entraron en el gimnasio, ya habían dispuesto las mesas, que estaban preparadas para la barbacoa.

Trixie se vio rodeada de chicos, la mayoría jugadores del Rivervale o del lndianola. Todos hablaban a la vez, utilizando la jerga propia del baloncesto.

Al mirar en torno suyo, Trixie descubrió que Honey se hallaba en el centro de un corro de chicos, y que Diana, en un rincón del gimnasio, también estaba asediada por un grupillo. Por otra parte, Jim, Brian y Mart se habían convertido en el centro de atracción: de algunas de las chicas más bonitas que habían visto.

Trixie vio entonces cómo una rubia alta (casi más guapa que Diana y Honey) cogía a Jim del brazo, y se lo llevaba hasta un lugar en la larga mesa y se sentaba a su lado. Cuando otras chicas se acercaron para hablar con Jim, un gesto de la rubia bastó para que desistieran de su intento. Lo hizo riéndose, señalándose a sí misma con el dedo, casi como diciendo: «Es mío, así que largo de aquí».

—Debe tener la misma edad que Jim, probablemente se trate de una senior[11], y, ¡cielos, qué guapa es! —dijo Trixie en voz baja.

Entonces, de pronto, se dio cuenta de que Ned la había cogido del brazo y la estaba llevando a la mesa.

—¿Decías algo? —le preguntó él.

Trixie le contestó un poco aturdida:

—No, sólo pensaba en lo bien que huele todo. Tengo hambre. ¿Qué clase de carne es la que están asando?

—Cordero —respondió Ned—. El tío de uno de mi equipo tiene un restaurante cerca del aeropuerto. Nos ha mandado un cocinero para que ase el cordero. También nos ha prestado un par de asadores eléctricos portátiles. Con ellos se puede asar el cordero enterito. La carne se va asando mientras da vueltas.

—Me parece que nunca he probado el cordero asado —dijo

Trixie—. Humm… ¡huele de maravilla!

—El chef ha estado condimentándolo con un poco de ajo —dijo Ned—, y entonces no olía tan bien, te lo aseguro. Ahora es como si se tratase de otra cosa distinta. Íbamos a asar unas costillas —prosiguió Ned—, pero dos hombres se presentaron con los dos corderos recién matados y nos los vendieron a muy buen precio. El comité decidió comprarlos, en lugar de las costillas. Así ahorrábamos dinero.

Trixie empezó a darle vueltas a su cabeza.

—¿Y quiénes eran esos hombres? —preguntó.

—No lo sé —dijo Ned—. Yo hablé con uno de ellos. Me dijo que tenían un congelador en Valley Park. Estos corderos todavía no los habían congelado, pero, si no se los comprábamos, tendrían que ir a parar a las neveras. Él nos los dejaba a un precio de ganga y, bueno, como con la barbacoa tratábamos de sacar dinero, pues…

—¿Ya nadie del comité le pareció sospechoso todo este asunto?

—Pues no. Me imagino que algunos de ellos sabrían que existen esos congeladores. Pero ¿qué es lo que te preocupa? ¡No estarás pensando que te vamos a envenenar!

—No, no es eso —contestó Trixie con aire de misterio—. No es eso lo que me tiene mosqueada. Pero me parece que hay una coincidencia un tanto extraña. Ahí estaban ellos con los dos corderos recién matados, y aquí estabais vosotros con una barbacoa a la vista.

—Oye, desde luego tú no hablas de las cosas que casi todas las chicas suelen hablar —dijo Ned.

Trixie no supo si considerarlo como un cumplido.

Al otro lado de la mesa, Jim estaba riéndose y gastándole bromas a la rubia. Como recogiendo el guante, Trixie se volvió hacia Ned con una sonrisa maléfica. Más de una vez había observado en Diana una sonrisa de esas que utilizaba para dominar alguna situación.

—¿Y cómo sabes tú en qué piensan las chicas? —preguntó—. Apuesto a que te imaginas las cosas más raras. A ver ¿qué crees que estoy pensando yo en este momento?

—No tengo ni idea —dijo Ned—, pero lo que está claro es que de repente has dejado de actuar con naturalidad. Creí que eras distinta.

—Eso es lo que los chicos soléis decir —respondió Trixie al ver que Jim pasaba el brazo por el respaldo de la silla donde estaba sentada la rubia y se inclinaba para hablar le—. Y cuando las chicas actuamos con naturalidad, los chicos perdéis interés por nosotras.

—No seré yo —dijo Ned—. Aunque tampoco es que me entretenga mucho con chicas. No tengo tiempo.

—Ya me lo imaginaba —dijo Trixie—, jugando al baloncesto…

—Y al béisbol, y al fútbol. Me gustan todos los deportes, y tenemos al mejor entrenador del país.

—Ya veríamos si tuviera que vérselas con el entrenador de Sleepyside —dijo Trixie, orgullosa del suyo.

—Bueno, es posible —admitió Ned—. Por lo menos, debe ser un as entrenando baloncesto. Eso está clarísimo; no hay más que veros cómo jugáis tus amigos y tú. Escucha; te vi pasar esta mañana, montando a Satán, el caballo del señor Belden, regresando de Waterworks Park. ¡Desde luego estás hecha una amazona! No entiendo por qué a muchas chicas no les interesa el deporte —dijo mientras miraba discretamente a Honey, a Diana, y a varias chicas del instituto de Rivervale, que estaban riéndose y bromeando con los chicos—. ¿No te da la impresión de que están un poco locas? —le preguntó—. Sólo se preocupan de bailes, de lápices de labios, y de peinados. ¡Buah!

—En eso no has acertado —dijo Trixie—. Honey y Di juegan al baloncesto mejor que yo, y montan a caballo con más estilo. Nadan con una elegancia que pocos superan, y patinan fenomenal. Lo que pasa es que ha dado la casualidad de que me ha tocado a mí salir a escena.

—Bueno, bueno… yo no me he referido en concreto a Honey o a Di —se apresuró a decir Ned—. Por tu forma de hablar, parece como si estuvieses en contra mía o quisieras desafiarme por algún motivo. Puede que monten muy bien a caballo y todo lo demás pero míralas ahora… ¡las dos con los labios pintados!

—Pues me parece que yo también me los voy a pintar —dijo Trixie, sacando un estuche del bolso.

Ned se echó a reír.

—Lo haces sólo porque te has enfadado conmigo. Están preparando la pista para el baile. Bailar no es tan absurdo, después de todo… también se hace ejercicio.

Es uno de los chicos más raros que he conocido —pensó Trixie —. Pero necesito contarle a Jim lo de los corderos. Estoy convencida de que quienquiera que se los haya vendido a la escuela tiene algo que ver con la desaparición de las ovejas de tío Andrew.

—Mira cómo es verdad que estás enojada conmigo —dijo Ned—. Te has callado de repente.

—No estoy enojada con nadie ni por nada —exclamó Trixie un poco alterada—. Sencillamente, estaba pensando en una cosa. ¿Sabes?

—¿Y se puede saber cuál es? —preguntó él con curiosidad.

—Si te lo digo, ¿me prometes que no se lo contarás a nadie? —dijo Trixie bajando la voz.

—Prometido —contestó el levantando la mano.

—Bien; se trata de lo siguiente: creo que esos corderos que el comité de tu colegio ha comprado tan baratos son corderos robados. Y me atrevería a asegurar que se los robaron a mi tío Andrew.

—¡Guau! —exclamó Ned a grito pelado—. ¿Y cómo se te ha podido ocurrir eso? Esos hombres dijeron que tenían unas neveras en Valley Park.

—Pero ¿acaso tú has comprobado que, efectivamente, las tienen? —dijo Trixie en un susurro—. Alguien ha estado robándole a mi tío ovejas y corderos con cierta regularidad. Esto le tiene preocupadísimo, y también al señor y a la señora Gorman. Yo voy a averiguar quién es el ladrón.

—¿Que tú lo vas a averiguar? —le preguntó Ned asombrado—. Ah, sí, ya caigo. Recuerdo que mi padre habló de esos robos. Por eso guarda nuestros animales en el granero todas las noches. Pero, claro, nosotros tenemos un granero de sobra junto al río, y tenemos mucho espacio. Me figuro que será el comisario quien averigüe lo que ha pasado con las ovejas de tu tío.

—Todo esto lleva pasando hace bastante tiempo, y él no ha encontrado ni una pista. Sin embargo, yo llevo pensando en el caso unos días, y ya estoy a punto de descubrir al ladrón. No digas ni una palabra de todo esto a nadie, Ned Schulz. No olvides que me lo has prometido.

—De eso puedes estar segura. No diré nada, al menos por ahora —dijo Ned con firmeza—. Pero ¡qué ven mis ojos! ¡una chica policía!

—Honey y yo somos detectives, las dos. Por lo menos, queremos serlo, en serio, dentro de unos años. Ya hemos resuelto unos cuantos misterios en nuestra ciudad… misterios que el comisario no había sido capaz de solucionar.

—¿Me estás tomando el pelo, Trixie? —preguntó Ned—. ¿Una chica tan guapa como tú… detective?

—Te estoy diciendo la verdad —dijo Trixie con energía—. Te lo demostraré antes de que regresemos a casa, como que me llamo Trixie Belden. Ned, ¿no sabes nada más de esos hombres que os vendieron los corderos?

—No se más que lo que ya te he contado.

—¿Y los reconocerías si volvieses a verlos? —siguió preguntando Trixie.

—Creo que sí. ¿Por qué? —le contestó.

—Si ves, o crees ver, a alguien que se parezca a ellos, dímelo, ¿vale?

—Muy bien. Mira, Trixie, ya todos se han levantado de la mesa menos nosotros. Quieren llevarse la mesa de aquí para poder bailar. ¿Bailas?

—Sí, Ned, gracias —dijo Trixie sonriéndole y echándose hacia atrás los rizos.

Ha dicho: «una chica tan guapa como tú» —pensó—. La gente siempre anda diciendo lo guapas que son Honey y Di. ¡Pero yo…! ¡Con estos pelos y con tantas pecas…!

Con tristeza, sus ojos siguieron a la rubia y a Jim.

Después, dijo en voz alta:

—Parece una buena orquesta.

—Son un grupo de estudiantes de la Universidad de Drake, de Des Moines —dijo Ned—. ¡Pero cómo tocan! —Cogió a Trixie por la cintura y la condujo hacia la pista.

En el otro extremo del salón, Jim bailaba con la rubia. Parecían estar en otro mundo, como ensimismados en su conversación… Un sentimiento extraño, que Trixie no había tenido nunca, se apoderó de ella. ¿Sería posible que lo que estaba sintiendo fuera nada menos que… celos?

Frustrada consigo misma, y furiosa con Jim, echó hacia atrás la cabeza, para reírle una gracia a Ned… gracia que ni siquiera había oído.

No pienso volver a dirigirle la palabra a Jim —pensó.



En ese momento empezó a sonar una más lenta. Jim y la rubia cruzaron la pista bailando. De pronto, se pararon, justo delante de Trixie y Ned.

—¡Vaya una banda! —dijo Jim, y le presentó la rubia a Trixie—. Es la mejor barbacoa qué he probado en mi vida —dijo a Ned.

La rubia, Dot, era un bombón.

No me extraña que a Jim le parezca maravillosa. Tampoco me extraña que no sea capaz de fijarse en otra —pensó Trixie con amargura.

—¿Bailas, Trix? —le preguntó Jim cuando la música volvió a sonar y las parejas volvían a la pista.

—Sí, Jim —contestó ella espontáneamente, y, cuando Jim le dio la mano, se sintió inmensamente feliz.

—Entonces quedamos tú y yo, Dot —dijo Ned.

¡Pobre Trixie! • 10

ERA YA MUY TARDE cuando Trixie volvió a bailar con Jim.

—Los bailes aquí no son como en casa —dijo—. Debo haber bailado con una docena de chicos, en lugar de con uno sólo.

—Sí; ya me he dado cuenta de que estás hecha una bailarina incansable. ¿Tan bien te lo estás pasando? Ned Schulz te ha echado el ojo, según parece —dijo Jim.

—Y Dot parece haberte echado el ojo a ti —respondió ella con ironía—. ¡Te ha tenido a sus pies toda la noche!

—Pero Trixie —exclamó Jim, llevándola a un banco, en un extremo del salón—. Supongo que no lo dirás en serio.

—¡Por supuesto que sí! Si prefieres ese tipo de mujeres, ¡adelante! Ella te lo está pidiendo a gritos.

—¡Me gustan todas! —dijo Jim haciéndose el interesante—. Dot es un encanto. De verdad, es encantadora. Lució todas sus artes en mi honor, y yo se lo agradezco.

—Eso salta a la vista —dijo Trixie. Y luego añadió con voz melancólica—: ¡Oh, Jim, ojalá hubiera nacido yo tan bonita!

—La otra clase de chica —prosiguió Jim— no se puso sus ropitas más elegantes con el único propósito de agradarme a mí ni a ningún otro. Nunca lo hace. Es muy sencilla. Su compañía resulta muy agradable. Pero, de las dos clases, es ésta mi favorita. En este momento tus rizos andan un poco alborotados, y no te vendría nada mal pintarte los labios…

A Trixie el corazón le dio un vuelco. Rebuscó en su estuche, pero no encontró el lápiz de labios, y acabó desistiendo. Le sonrió a Jim.

—Qué bonito es eso que me has dicho —dijo Trixie dulcemente —. Me he portado como una tonta, y eso que, en el fondo, Dot me parece una chica estupenda. Oye, Jim, lo que sí quiero averiguar, y cuanto antes, es quiénes eran esos hombres que le vendieron los corderos al comité para la barbacoa. Tengo la impresión de que podría tratarse de los ladrones. Ned me aseguró que, si los vuelve a ver, me lo dirá.

—Eso nos será de gran ayuda —interrumpió Jim.

—No es mucho, ¿verdad? Pero en este momento es la única pista

que tenemos. Ni siquiera se lo he acabado de explicar a Honey. Y los demás no saben ni siquiera que tengo una pista.

—Estaremos pendientes cuando volvamos a la granja, y entonces planearemos el próximo paso —dijo Jim—. Trixie, parece que el baile se acaba porque la orquesta está despidiéndose. ¿Se ha hecho tan tarde?

—Casi medianoche —dijo Trixie—. Ned me dijo que tenían que terminar a las doce. Es una regla del colegio, que en Rivervale se sigue estrictamente.

—Él me contó que todo el mundo ha quedado en un pequeño bar que no cierra en toda la noche, que está en una calle más arriba. Quería que acudiésemos. ¿Vamos? —preguntó Jim.

—Sí, sí —exclamó Trixie con entusiasmo—. A lo mejor me entero de algo más sobre esos hombres.

Los músicos dejaron de tocar y recogieron sus instrumentos.

Brian, Honey, Mart y Diana fueron a buscar sus abrigos y se reunieron con Jim y Trixie.

—¡Tengo algo muy importante que deciros! —susurró Trixie—. Esperad a que nos metamos en la furgoneta. Ah, allí está Ned, y está solo. Puede que quiera volver con nosotros. ¡Ned… Ned!

Ned se acercó a ellos tras echarse el abrigo por encima del hombro.

—¿Tenéis sitio para mí? —preguntó—. Papá me trajo esta tarde, bien temprano. Le dije que alguien me llevaría a casa. ¿Seguro que puedo ir con vosotros?

—Hay sitio de sobra —dijeron a coro Honey y Diana.

—¿Queréis ir al bar ese? —preguntó Ned—. Será una locura. Toda la gente intentará pedir algo al mismo tiempo.

—Yo no tengo nada de hambre —dijo Trixie.

—Pues yo menos —dijo Honey—. Pero prometimos pasar, aunque fuera un momento… ¿no es así, Di? Dinos, Trixie, ¿qué era eso tan importante que querías decimos?

Trixie entonces les contó escuetamente lo que había averiguado por Ned.

—¡Trixie Belden! —dijo Honey, tan nerviosa que cogió a Brian del brazo y la furgoneta casi se cae en una zanja—. Trixie Belden, nunca he visto nada igual… ¡qué manera de seguir el rastro de las cosas! Y ahora ¿qué hay que hacer?

—Esperar a que den otro paso en falso, digo yo —dijo Jim.

—Bueno, ¿y si tomamos algo ahora? —propuso Mart—. Lo que está claro es que no vamos a capturar a esos hombres a medianoche. Yo no sé vosotros, pero yo me muero de hambre. A la chica que se sentó a mi lado en la mesa le dio por contarme sus cosas y no pude sino seguirle el rollo. Encima todo lo que supe decir fue «sí», «ah», o «no».

—Ésa es Pam Watson —dijo Ned sonriendo—. Habla como si le dieran cuerda. Bla…bla…bla.

—De todos modos es una preciosidad —dijo Mart—. Y baila fenomenal. ¿No os fijasteis?

—¿Y cómo íbamos a perdérnoslo? —preguntó Diana.

Ella había disfrutado tanto con el baile que ni siquiera recordaba haber visto a Mart, pero quería tomarle un poco el pelo.

Si quiero aprender a atraer a los chicos, no tengo más que imitar a Di —pensó Trixie—. Lo malo es que a ella le sale espontáneamente. Ha nacido con esa habilidad.

Luego dijo en voz alta, dirigiéndose a Ned:

—Bueno, vamos allá. ¿Qué es lo que te pasa, Ned? ¿Qué estás murmurando?

—¡Ese… ese… ese camión! —consiguió decir Ned al fin—. Ése que sale… allí, Brian… ésos son los dos hombres que nos vendieron los corderos. Cuidado. Mete la furgoneta ahí, detrás del autobús de los del Indianola. Mirad, ahora salen.

—¡Ve tras ellos! —le ordenó Trixie a Brian.

—Deja que se alejen un poco —le aconsejó Ned—. Conviene que no sepan que los estamos siguiendo. Ahora, Brian, van camino del río Raccoon. ¡Ve despacio… pero procura no perderlos de vista!

—¿Estás seguro de que se trata de los mismos hombres? —preguntó Trixie.

—Completamente —dijo Ned—. El que llevaba esa chaqueta de lana… es con el que estuve hablando. ¡Se ve que estamos de suerte!

—Eso parece —exclamó Trixie—. No los pierdas, Brian. ¿No puedes ir más deprisa?

—Sí que puede —replicó Jim—, ¿pero es que quieres que se den cuenta de que alguien los sigue? ¡Tranquilízate, Trixie!

Pero Trixie no era capaz de controlarse y, sentada junto a Jim, justo detrás de Brian, no paraba de dar saltos.

—¿Son esos sus faros de atrás? —preguntó—. Tenemos dos camiones delante. ¡Maldita sea!, los hemos perdido. Ah, no, ahí están, pero ¿ése es el camión que estábamos siguiendo? Por ahí van hacia la carretera del Puesto del Ejército, ¿no?

—Justamente —respondió Ned—, y son los mismos hombres, estoy seguro. Han cruzado la carretera. Se han metido por Sand Hill. Están acercándose al río… al bosque.

—¡Han doblado por el camino del bosque! —dijo Trixie—. ¡Corre, Brian!

—¿Y qué te crees que estoy haciendo? —dijo Brian perdiendo la paciencia—. Tendremos suerte si no acabamos en el fondo del río. Ned ni siquiera me deja que conduzca con las luces encendidas.

—Eso nos descubriría inmediatamente —dijo Mart—. ¡Uf, Brian! Mejor será que encienda la linterna y te alumbre con ella el camino, para que puedas ver al menos el arcén.

—¡Auxilio! —gritó Diana—. Nos vamos a ir al río de cabeza. Ojalá me hubierais dejado en la Granja del Valle Feliz.

—No seas chiquilla —dijo Trixie—. Acelera, Brian. Casi no los veo.

—Tengo miedo —dijo Diana—, y me da lo mismo que lo sepáis todos. Yo no tengo vocación de detective… ni siquiera de ayudante de detective.

—No te preocupes —le dijo Honey—. Brian ya puede ver el camino, con la linterna de Mart. Aunque la verdad es que no parece que vayamos a ninguna parte.

—¡No te engañes, Honey Wheeler! —exclamó Trixie—. Allí, bien metida en el bosque… ¿la veis?

—¿Veis qué? —preguntó Jim.

—Aquella luz intermitente —dijo Trixie—. Es la misma que vimos la noche que seguimos a Ben. Ahora sí que sé que hay una cabaña por allí adentro, en algún lugar.

—¿No serán imaginaciones tuyas, como dijo el señor Gorman? —exclamó Diana—. ¿No estaremos todos bailando al son de tu fantasía?

—Yo también veo la luz —dijo Jim—. Allí, entre aquellos árboles. ¡Pero, chicos, esto está oscuro! Y la luz ha desaparecido, Trixie.

—Seguramente alguien ha echado las cortinas, o bajado la

persiana —explicó Trixie—. ¿Qué ocurre, Brian? ¿Por qué te has parado?

—Porque el camino está cortado; por eso —dijo Brian—. Y ni siquiera sé qué es lo que estamos persiguiendo. No he visto las luces traseras del camión desde que dejamos la carretera. Me pregunto dónde estaremos.

—Lo que está clarísimo es que el camino acaba aquí —dijo Ned —. Yo nunca me había adentrado tanto por este lado del bosque. Sólo llevamos viviendo aquí un año. Haría falta un machete para abrirse paso en esta jungla. ¿Cómo vamos a dar la vuelta, Brian?

—Imposible —dijo Brian.

—¿Entonces vamos a quedarnos aquí sentaditos toda la noche? —preguntó Diana—. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es ese ruido?

—Una rana —dijo Ned riéndose—. Una rana que está croando sin parar, Di. Saldré a echar un vistazo para ver el panorama que se nos ofrece. Venid, amigos.

—Hombre, a mí no me hace ninguna gracia que nos rindamos ahora —se lamentó Trixie—. Yo sé que esos hombres son los ladrones. ¿Cómo pudieron desaparecer sin dejar rastro? Han tenido que meterse en algún sitio.

—A mí, personalmente —respondió Brian—, lo único que me interesa en este momento es saber cómo salir de aquí.

—Sí quieres seguir adelante con la búsqueda, mi querida e intrépida hermanita —dijo Mart—, hazlo, pero sola y a pie.

—Supongo que no se lo permitiríais nunca, ¿verdad? —preguntó Diana—. Si lo hacéis, no volveré a dirigiros la palabra.

—Venga, Di —dijo Brian—. Ya va siendo hora de que conozcas a Mart. Escucha, me parece que podré salir de aquí dando marcha atrás si me alumbráis el camino con las linternas. Si esos hombres están por ahí detrás, en alguna parte, yo procuraré mantenerme lo más alejado posible de ellos. Puede que vayan armados.

Las cuatro linternas, dos desde cada lado del camino, alumbraban lo suficiente como para que Brian pudiese dar marcha atrás hasta llegar al cruce con la carretera. Una vez allí, encendió los faros de la furgoneta y se dirigió a la Granja del Valle Feliz.

—He oído toda clase de historias acerca del viejo bosque… acerca de gente que ha desaparecido para siempre en sus entrañas y otras cosas por el estilo. Me resistía a creerlas, pero ahora me he

convencido de que pueden ser ciertas —dijo Ned—. Es un misterio lo que ha sucedido con ese camión.

—No creo que hayan tomado el mismo camino que nosotros —dijo Jim— al entrar en el bosque. Me gustaría venir aquí de día y echar un vistazo.

—¿Y por qué no salimos con las linternas ahora mismo y vemos si podemos averiguar algo? —sugirió Trixie.

—Beatrix Belden —dijo Mart—, ésa es la idea más delirante que has tenido en tu vida, y eso que has tenido unas cuantas de esa clase.

¡Con lo que Trixie odiaba ese nombre… «Beatrix», y, ahora, a Mart se le ocurría llamarla así delante de Ned!

—Voy a poner punto final a esta discusión —dijo Brian—. Este autobús no hará más paradas hasta que llegue a la Granja del Valle Feliz. Así que dejad de reñir.

Una vez en la granja, todos los Bob-Whites insistieron en que Ned entrara en la casa con ellos, para comer algo.

—Vamos, hombre —dijo Mart—, pasa. Espero que haya algo sólido que llevamos a la boca. Seguramente la señora Gorman nos habrá preparado alguna delicia.

En efecto… allí tenían un termo con chocolate bien caliente, varias bolsas de patatas fritas, una jarrita de manteca de cacahuete, pan, y un abridor de botellas que les hizo pensar inmediatamente en los refrescos que había en la nevera.

—¿Por dónde andarán Tip y Tag? —se preguntó Jim—. Creí que estarían aquí dentro, porque no acudieron a recibimos a la carretera.

—Pues tienes razón —dijo Trixie. Luego le explicó a Ned—: El señor Gorman nos dijo que nunca deja que salgan los perros hasta que todo el mundo haya llegado a casa.

—A mí me parece que, si los dejara fuera toda la noche, espantarían a los ladrones —dijo Mart—, pero supongo que el señor Gorman sabe mejor que nadie cómo llevar una granja.

—Ahora oigo ladrar a los perros —dijo Trixie, yendo hacia la ventana—. Debe ser el señor Gorman, que vuelve del granero. Veo su linterna.

Abrió la puerta, y los perros entraron como locos, seguidos del señor Gorman, que entró saludando a todos con grandes

aspavientos.

—¡Vale, Tip! —ordenó Trixie—. ¿Algo va mal, señor Gorman?

—Todavía no —respondió el señor Gorman—. Tengo una oveja enferma ahí fuera. El veterinario me advirtió que la vigilara con mucho cuidado, de forma que, como estaba preocupado, salí a ver cómo iba la cosa. Él piensa que podría tener gemelos. Pero, chicos, ¿no se os ha hecho un poco tarde para venir a casa? ¿Tuvisteis algún problema con la furgoneta?

—No, señor, ninguno —dijo Brian—. Da tanto gusto conducida como si fuese un Rolls Royce.

—¿Y cuántos Rolls Royces has conducido tú? —le preguntó Mart, engullendo un sándwich de manteca de cacahuete, pero, como era de esperar, Brian no le contestó.

—Lo que está claro es que no habéis ido a tomar nada a ninguna parte. Menos mal que Mary dejó bastante comida como para alimentar a todo el instituto de Rivervale.

—No, señor Gorman, lo que sucedió fue otra cosa —dijo Trixie. Y acto seguido le explicó con todo detalle lo de los corderos de la barbacoa.

—¿Dices que le dijeron a Ned que tenían congeladores en Valley Park… esos hombres que le vendieron los corderos al comité? —preguntó con especial interés el señor Gorman.

—Sí; así es —dijo Trixie—. ¿Es verdad que los hay, en Valley Park?

—Pues claro que los hay —dijo el señor Gorman riéndose—, y, por su descripción, se trata sin duda de los hermanos Schwarz… esos son los hombres que habéis estado persiguiendo. Y no sólo tienen congeladores, sino que además preparan las mejores salchichas de esta zona de Pensilvana. Oye, Trixie, ¿estás segura de que no llevaban barbas negras? ¿Sabes una cosa, Ned…? Anteayer, estuvo a punto de poner a tu padre tras las rejas. ¡Le faltó poquísimo!

Trixie se indignó. El señor Gorman se obstinaba en tratada como una tonta.

—¿Y qué razón tenían entonces —preguntó marcando bien las palabras— para meterse con un camión en el bosque a altas horas de la noche?

—La respuesta a eso es muy sencilla: simplemente, no lo

hicieron —dijo el señor Gorman—. Brian acaba de decir que pudo haber cometido un error al meterse por aquel camino del bosque. La carretera del Puesto del Ejército va directa a Valley Park, que es donde viven los hermanos Schwarz.

—Yo no creo que Brian se haya equivocado al seguidos. Yo misma estaba observándolos con atención —dijo Trixie muy convencida.

—¡Jo, jo, jo! —exclamó el señor Gorman cuyas carcajadas se oyeron por toda la casa—. Si aún acabarás arrestándome a mí, Trixie, por robar mis propias ovejas. Eso sí, no os acerquéis a ese bosque, ninguno de vosotros, si es que queréis volver a Sleepyside sanos y salvos. Buenas noches, chicos. Buenas noches, Trixie. Déjanos al comisario, y a tu tío y a mí preocupamos de esas ovejas.

Y se fue a acostar.

—Buen consejo —dijo Mart—. ¿Por qué no podemos limitamos a pasároslo bien, por una vez, en lugar de hacer caso a la «sabuesa» de la pandilla?

Una cosa era que Jim la llamara «sabuesa»; él lo decía de un modo especial, con un verdadero cariño. Pero el tono con el que lo había dicho Mart la molestó.

—Viniendo de ti, no me extraña que todo se venga abajo, Mart Belden —le dijo—. Seguid comiendo y no os preocupéis de nada más. Yo me voy a la cama. Pero muy pronto llegará el día en que os tragaréis todas estas palabras, en lugar de esos sándwiches y patatas. ¡Voy a encontrar esas ovejas, ya lo veréis!

En la pista de patinaje • 11

DURANTE EL DESAYUNO, Trixie se mantuvo en silencio. Siguió callada, pese a que Ben no paraba de parpadear y fingió tenerle miedo, apartándose de ella aparatosamente cuando se cruzaron en la escalera.

El señor Gorman le ha contado a Ben lo de anoche —pensó—. No me explico cómo puede hacerle tanta gracia todo este asunto. Al tío Andrew no le pareció tan gracioso. Y tampoco al señor o a la señora Gorman, cuando llegamos. Supongo que de lo que se burla es de mi investigación. Es preciso que encuentre a esos ladrones, aunque Honey no quiera colaborar conmigo.

A Trixie le sentó muy mal que Honey no quisiera ayudarla como tantas otras veces.

Cualquiera habría cometido el mismo error que yo respecto al señor Schulz. Pero ¡cielos!, cuando pienso que es el padre de Ned… —se dijo—. ¿Pero a quién se le ocurre dejarse una barba semejante, tan negra y tan espesa? Bueno, me figuro que Ned creerá ahora que estoy mal de la cabeza.

Ned llegó cuando ya había terminado de desayunar. La señora Gorman le preparó una taza de café y unos donuts.

—¿Qué tal si nos vamos todos a patinar esta tarde? —preguntó —. Tenemos una pista cubierta que no está nada mal, en Rivervale. Y unos patinadores excelentes, además.

—Vamos a ayudar al señor Gorman y a Ben —le dijo Jim—. Hay unas cuantas vallas que reparar junto al barranco.

—Las aguas han crecido tanto allá —añadió Brian— que el señor Gorman tiene miedo de que las ovejas se caigan y se ahoguen.

—No es necesario que os quedéis a ayudarnos —dijo el señor Gorman inmediatamente—. Ben y yo nos ocuparemos de eso. El señor Belden quería que os divirtieseis durante las vacaciones.

—Mañana la pista estará cerrada —dijo Ben—. De verdad que no necesitamos que nos ayudéis con las vallas. Mejor será que os vayáis a patinar, ahora que tenéis la oportunidad de hacerlo. Una semana se pasa volando.

—No —dijo Ned—. Primero ayudaremos. Yo ayudaré también,

y, si nos damos prisa, tal vez podamos ir a patinar esta misma tarde. Algunos de los chicos que conocisteis ayer me llamaron esta mañana para saber si ibais a ir.

—Jim también recibió una llamada —dijo Brian para fastidiar a su hermana— de cierta rubia preciosa.

Trixie levantó la vista bruscamente pues no se había enterado de eso.

—Le dije que no podría ir —dijo Jim— porque teníamos previsto ayudar al señor Gorman y a Ben…

—Oh, no te dejará plantado —dijo Ned—. Estará allí. Dot es una de nuestras estrellas del patinaje. Además, los amigos que me llamaron mostraron mucho más interés por Trixie, Honey y Diana que por vosotros.

—Es lógico —dijo Mart.

—Mart es un excelente patinador y lo hace a gran velocidad —dijo Diana orgullosa.

—Pero eso requiere un río, o un lago —dijo Ned—. Me alegro de que no pueda ponernos en evidencia.

—Trixie y Honey tienen ensayado un número de patinaje artístico que es una delicia —dijo Mart.

Ned dijo dando un silbido:

—A este paso me voy a ver obligado a anular la cita, sobre todo después de la exhibición que nos hicisteis en el gimnasio. No vamos a dejar que el Este se vuelva a poner por delante del Medio-Oeste.

—Bueno, nosotros tenemos más hielo… lagos y ríos… en el condado de Westchester —dijo Honey—. El frío dura más… hasta bien entrada la primavera, y supongo que tenemos más oportunidades que vosotros para practicar.

—¿Por qué no esperas a ver cómo patinamos la gente de Iowa? —dijo Ben—. Bueno, entonces pongámonos manos a la obra.

Los chicos siguieron al señor Gorman y a Ben hasta el granero, donde cogieron las herramientas necesarias para reparar las vallas.

Justo antes de cerrar la puerta, Ned dijo en voz alta:

—Por cierto, Trixie, mi padre se dejó crecer la barba para celebrar el centenario de Valley Par k, y, después, se la dejó para hacer rabiar a mi madre un poco. Cuando le dije lo cerca que había estado de ir a la comisaría, se le pusieron los pelos de punta.

Bueno, bueno —se dijo Trixie—, de modo que también para él

no soy más que una chiflada.

—No hay derecho a que todo el mundo se burle de ti de esta forma —dijo Honey—. Además, Trixie, yo también estoy convencida de que esos hombres que vimos han estado robando las ovejas de tu tío.

—¿En serio? —dijo Trixie, dándole un fuerte abrazo—. Ya estaba yo imaginando que tú te habías dejado llevar por la opinión de los demás, Honey. Pensé que todos me habíais abandonado…

—Soy tu socia, ¿no te acuerdas? —le confirmó Honey—. Aunque la verdad es que sí que me parecieron un tanto precipitadas tus conclusiones sobre el señor Schulz —continuó—. Y si hubieses tenido oportunidad de conocer a Ben tanto como ahora, jamás habrías llegado a sospechar de él.

—Para un detective, todos son sospechosos —dijo Trixie adoptando un aire de profesionalidad—. Bueno, es posible que haya querido resolver esto demasiado deprisa. Lo que pasa es que hoy es jueves, Honey. Sólo nos queda el viernes y el sábado. Y me gustaría tanto dedicar el día de hoya investigar el caso…

—Pues te va a ser imposible —dijo Honey—. Lo único que podemos hacer es no preparar ningún plan para mañana, y a los demás les diremos que queremos dedicar el día a hacer lo que nos apetezca.

—Lo malo es que tendremos que hacerlo a pie, si les decimos eso —dijo Trixie—. Voy a intentar hablar con limo Al menos él conoce los misterios que hemos resuelto en el pasado, y a lo mejor está dispuesto a ayudarnos.

Mientras los chicos estaban fuera, en el campo, Honey, Trixie y Diana se entretuvieron de diversas maneras. Primero ayudaron a la señora Gorman a lavar la vajilla del desayuno y a quitar el polvo. Después lavaron su ropa y se hicieron la manicura. Diana se cogió rulo s en el pelo; Trixie se limitó a mojar el peine e intentar deshacerse los nudos que se le habían formado en sus rizos, mientras Honey se cepillaba sus cabellos largos y lisos que le caían sobre los hombros.

—¿Verdad que Dan fue un encanto al aconsejar a tu madre que nos enviase los patines? —dijo Honey—. Vamos a sacarlos ahora mismo de la caja. ¡Guau! ¡Los ha enviado por avión, y certificados! Casi nos podríamos haber comprado unos patines nuevos, con el

dinero que habrá costado mandárnoslos.

—Sí. ¡Y acuérdate de lo que nos contó Ben sobre lo bien empaquetados que venían! —dijo Diana sonriendo.

—Ah, sí; toda la certificación consistió en que Pop Wilson tuvo que ponerse a hacer sonar la bocina de su coche cuando dejó el paquete en el buzón de Sand Hill —dijo Trixie—. Mamá se partirá de risa cuando se lo contemos, pero debería saber que en Crabapple Farm no reciben correo certificado.

—Fue una suerte que nos los enviara —dijo Honey—. Siempre será mucho mejor utilizar nuestros propios patines que tener que alquilar unos.

—¡Chicas! —dijo la señora Gorman llamándolas desde lo alto de las escaleras—. Es la hora del almuerzo. Los chicos ya vienen. Me imagino que se ducharán antes, en el apartamento del granero, y luego vendrán aquí. ¿Queréis ayudarme a preparar la comida?



Los Bob-Whites se quedaron boquiabiertos al ver la pista de patinaje de Rivervale.

—¡Es tan grande como la de White Plains! —dijo Trixie—. ¡Y está llena de gente!

—Sí, y míranos a nosotras, con los vaqueros puestos —se lamentó Honey—. Casi todas las chicas llevan trajes de patinadoras. Allí está Dot, saludándonos. ¿A que parece un sueño?

A Trixie le dio un vuelco el corazón. Dot era un sueño. Llevaba puesta una minifalda color crema, adornada con bordados bávaros a juego con su suéter. Un gorro tirolés cubría parcialmente sus cabellos dorados. Y las otras chicas de Rivervale también estaban muy guapas.

—Se ve que aquí se toman muy en serio esto de patinar —le comentó Jim a Ned.

—Muchos de nosotros pertenecemos al Club de Patinaje Artístico de Des Moines —le explicó Ned—. Tenemos un profesor danés que enseña estupendamente.

—Si esa maravilla de trajes refleja lo bien que patinan, estamos perdidos —dijo Trixie. Dot ya había cogido a Jim del brazo. Trixie contempló tristemente sus vaqueros y su suéter rojo, que le estaba bastante grande—. Mamá podría habernos enviado algún vestido, puestos a mandar —les dijo a Honey y a Diana.

—Supongo que no querría que destacásemos, con nuestra elegancia, ante las chicas de aquí —dijo en broma Honey.

—Desde luego, destacar, destacaremos, pero no en ese sentido —dijo Diana—. ¿Pero qué más da? Trixie, Honey y tú patináis fenomenal. Y los chicos son unos ases. Hagámoslo lo mejor posible.

Te resulta sencillo decir eso —pensó Trixie—. Honey y Di estarían bonitas aunque se vistieran de harapos. Además, tampoco se verían en el aprieto de tener que competir con una chica como Dot.

En el interior del edificio sonaba la música. Sobre el hielo, las parejas patinaban con soltura, como si lo primero que hubieran hecho en su vida fuera patinar.

Los muchachos del instituto de Rivervale se arremolinaron en torno a Honey, Diana y Trixie, ayudándoles a ponerse los patines. Al principio Trixie rehusó su ayuda, pero, al ver que Honey y Diana la aceptaban como si fuera la primera vez que veían unos patines en

su vida, cambió de táctica.

Tengo que dejar de comportarme como un chicote —pensó, mientras agradecía a Ned con una sonrisa que le ayudara a ponerse los patines… algo sueltos en la punta, bien sujetos en torno a los tobillos, y otra vez sueltos por arriba del tobillo. Después le puso unas gomas a las cuchillas, para que Trixie pudiese caminar hasta llegar a la pista de hielo.

Junto al aparato de música, un hombre con un traje típico danés el entrenador del que había hablado Ned apagó la música y tomó el megáfono para hacer alguna presentación.

—Tenemos visitantes de Nueva York entre nosotros —dijo—. Son miembros de un club llamado «Bob-Whites», y vienen de Glen, condado de Westchester, Estado de Nueva York. Acaban de organizar un carnaval de hielo en su ciudad que, al parecer, ha sido todo un éxito, en beneficio de las víctimas del terremoto que ha asolado una región de América Central. Ahora esperamos que nos ofrezcan una muestra de su habilidad de patinadores. La mayoría de vosotros los visteis en el calentamiento de anoche, en el gimnasio. Si patinan con la misma destreza con que juegan al baloncesto, nos veremos obligados a renunciar al Trofeo del Club de Des Moines, y a entregárselo a ellos. En primer lugar, intervendrán la señorita Honey Wheeler y la señorita Trixie Belden.

—¡Oh, no! —le murmuró Honey a Trixie en voz baja—. No podemos salir ahí, sin más. No deberían pedírnoslo. Delante de toda esa gente, Trixie, ¿te imaginas…? ¡Con lo que nos costó practicar para el carnaval! Ni siquiera me acuerdo de los pasos más elementales.

—¡Pues haz memoria… y deprisa! —le susurró Trixie—. Habrá sido Ned, el que nos ha metido en esto. Debería habernos avisado, para que hubiéramos podido renunciar. Pero ahora tenemos que hacerlo, Honey. Tenemos que hacerlo.

Honey, movida por las palabras de Trixie, se quitó las gomas de los patines.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó desesperada.

—Primero unas vueltas a la pista, patinando sin más —dijo Trixie—, de la mano. Luego la espiral. Yo haré el papel de chico.

Honey tropezó en los primeros pasos.

—¡Arriba esa barbilla! —gritó Trixie. Y entonces se deslizaron

larga y suavemente al compás de la música—. Ahora, eso está mejor. Una vuelta más…

Trixie guió a Honey con seguridad a lo largo del número de baile… realizando de forma soberbia las distintas figuras… el ocho y el cambio de ocho, el salto Salchow, y, como punto final, el salto Axel.

La multitud allí congregada aplaudió con entusiasmo al término de la actuación.

—Deben hacerlo por cortesía —dijo Honey—. Lo hemos hecho peor que nunca. En la cuña me he inclinado tanto hacia adelante que tuve suerte de no caerme de bruces.

—Hagas lo que hagas, no dejes que los demás intuyan lo que estás pensando —le aconsejó Trixie—. Haz una reverencia, sonríe, y saluda. Así… Gracias a Dios que todo ha terminado.

Y se sentaron en el banquillo.

—Excelente —dijo felicitándolas el instructor danés a través del megáfono—. Gracias, chicas. No me extraña que el carnaval tuviera tanto éxito. Y ahora dejemos que nuestros visitantes se tomen un descanso, y que Dot Murray nos ofrezca una exhibición de patinaje artístico.

Y fue una exhibición que tanto las chicas como los chicos del condado de Westchester tardarían mucho tiempo en olvidar.

Jim acompañó a Dot hasta la pista y le quitó las cintas de goma. Sobre el hielo, todos pudieron apreciar su elegancia y soltura. Sonriente, mandó un beso al público con la mano, y otro a Jim.

A Trixie el corazón se le vino a la garganta. Pero pronto olvidó esos celos, que tan poco iban con su forma de ser, y contempló a esa encantadora mujer que bailaba por toda la pista, sincronizando perfectamente sus movimientos con la música. Realizó todos los saltos y piruetas que sus dos amigas habían intentado, y otros nuevos, mejorando la actuación de las otras. Ejecutó sus pasos de ballet con una exquisitez admirable. Al terminar su número con una serie de volteretas laterales, Trixie aplaudió con tantas ganas que casi se cae del banquillo.

—Es buena, ¿verdad? —le preguntó Jim, sentándose a su lado.

—¡Parece como si no fuera de este mundo! ¡Es increíble! ¿No te parece que está guapísima?

Jim reconoció que todo eso era verdad pero, no obstante, dijo:

—Sí que lo es, Trixie. Pero yo conozco a la chica más dulce de los Estados Unidos. Me di cuenta de que estuviste a punto de desfallecer cuando Honey no quería salir a la pista. Y entonces vi cómo levantabas la cabeza con orgullo. ¡Así son las cosas, Trixie! Nadie te gana en valor, por muy bien que sepan patinar.

Luego Jim se levantó para esperar a Dot al borde de la pista.

A Trixie le entraron unas ganas tremendas de cantar. Sentía que todo le volvía a sonreír y estaba tan ensimismada con sus pensamientos que apenas se dio cuenta de que Ned se había sentado a su lado e intentaba decirle algo.

—Esta vez sí que has metido la pata, Trixie —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Trixie, todavía anonadada por las palabras de Jim—. Ya sé que podría llegar a patinar tan bien como Dot. Está hecha una profesional, una artista de los patines, aunque no lo quiera reconocer.

Ned, levantando los brazos, dijo con impaciencia:

—No hablaba de eso, Trixie. Olvídate del patinaje, de momento.

—Y entonces, ¿de qué estás hablando?

—De lo siguiente: llamé al jefe del comité y le dije que nos parecía probable que los corderos que nos comimos anoche fueran robados. ¿Sabes lo que dijo?

Trixie le miró con incertidumbre.

—Me pegó el mayor rapapolvo que he recibido en mi vida. Dijo que él mismo, en persona, se había encargado de comprar los corderos; que se los había comprado a los hermanos Schwarz, quienes tienen un congelador en Valley Park… tal y como dijo el señor Gorman; que si me oía insinuar a alguien que la carne de la barbacoa del instituto de Rivervale había sido robada, me las vería con él. ¡Uf, no te puedes ni imaginar cómo se puso conmigo! —le explicó Ned.

—Pero… pero… si tú me dijiste que los corderos eran una ganga —dijo Trixie.

—Y así fue —prosiguió—. Yo estaba allí. Y nadie llamó a esos tipos por su nombre. Yo no los conocía y no estoy escribiendo ninguna tesis sobre los congeladores de la región. Pero el señor Gorman supo enseguida que se trataba de los Schwarz cuando le contamos todo anoche, ¿te acuerdas? ¡En fin, que has hecho un castillo de un granito de arena!

—Escúchame, Ned Schulz —dijo Trixie, poniéndose furiosa—, ¿cómo te atreves a hablarme de ese modo? Tú vives aquí. Tú eres el que tenía obligación de saber todo eso. Deberías habérmelo dicho.

—Sólo llevo viviendo aquí un año —dijo disculpándose—. Menuda detective estás hecha, sospechando del primero que pasa…

—Hombre —dijo Trixie indignada—, ojalá pudieras hablar con el comisario del Condado de Westchester y con el jefe de la policía de la ciudad. Ellos te pondrían al tanto de unas cuantas cosas que yo he resuelto. Y, lo que es más, qué iba a hacer un hombre honrado en el bosque de los Nogales a esas horas, y…

—Ben dijo que hay dos caminos que parecen meterse en ese bosque —dijo Ned—. Uno está cortado, y yo no sé adónde conduce el otro. Los hermanos Schwarz doblarían hacia la carretera del Puesto del Ejército, y entonces debimos perderlos de vista en la oscuridad. Se trataba de los mismos hombres que nos vendieron los corderos… los que íbamos siguiendo con el camión.

—Ya no es ese camión el que me interesa —dijo Trixie—. Ha de haber otro… el que ha estado haciendo viajecitos a ese escondrijo del Bosque de los Nogales. Ya verás, Ned Schulz… la carne que utilizamos para la barbacoa era robadas. Supongo que no lo hicieron. ¿Pero qué les iba a impedir comprársela a unos tipos que sí que han estado haciendo trabajitos sucios por aquí, robando ovejas y vendiéndolas a bajo precio a los propietarios de congeladores? Quién sabe si los hermanos Schwarz encontraron la oportunidad de sacar dinero fácil…

—Trixie —dijo Ned—, ¡me vas a volver loco! Cuando se te mete una idea entre ceja y ceja, no hay quien te la quite, ¿verdad?

—Sólo te digo una cosa, Ned —concluyó Trixie con solemnidad —. Algo raro está pasando en ese bosque. Y yo tengo la intención de averiguar de qué se trata.

Jim y Brian redimieron el honor de los Bob-Whites con su número de patinaje. Aunque la gente tampoco dejaba de dar la enhorabuena a Honey y a Trixie por su exhibición.

De todos modos, Trixie estaba dándole vueltas a otra cosa.

—Mañana —murmuró— y el sábado… dos días para resolver el misterio a tío Andrew. Pero estoy segura de que voy por buen camino. ¡Completamente segura!

Pero una vez que estuvieron todos los Bob-Whites de nuevo en

la Granja del Valle Feliz, después de cenar, sucedió algo que distrajo a Trixie por completo del problema de las ovejas robadas.

Pobrecito huérfano • 12

EL SEÑOR GORMAN no estaba sentado a la mesa. Consciente de haber cometido un tercer error, Trixie se alegró de ello porque así no tendría que sufrir sus impertinencias. Ya había tenido bastante con Mart y los Bob-Whites recordándole que el viajecito de esa noche había sido un fracaso absoluto.

Ojalá que la tierra se abriese y me tragara toda enterita, o que de alguna manera pudiera desintegrarme ahora mismo y aparecer en Crabapple Farm. Ojalá —se dijo Trixie—, aunque, pensándolo mejor, no voy a rendirme ahora…

—Un penique si me dices lo que estás pensando —le ofreció Jim en voz baja—. Estás soñando, Trixie. Tu mente debe encontrarse a millas de distancia.

—No te creas —dijo Trixie—. Sólo siento el espectáculo tan lamentable que hemos dado Honey y yo en la pista de patinaje, esta tarde.

—No lo hicisteis tan mal —dijo Jim para tranquilizarla—. Pero nada mal. Lo que ocurrió es que el número siguiente fue el de Dot. Nadie puede hacerlo todo a la perfección…

—Ya lo sé, Jim. ¿Verdad que estuvo maravillosa? Hizo toda una exhibición artística. Nunca había contemplado algo tan bonito. De todos modos, si he de ser honrada, no era eso en lo que estaba pensando. Lo que más me fastidia es pensar en todo ese tiempo que hemos perdido en la pista.

—Podría haber sido todo tan divertido, Trixie… Se supone que hemos venido para eso… para pasárnoslo bien. Y me gustaría que Dot te viera montando a Satán. Se ve que es famoso por aquí, por su brío. Apuesto a que ella no aguantaría más de dos minutos sin que el caballo la tirara.

Trixie dijo llena de satisfacción:

—Eres un sol, Jim. Me figuro que es verdad que sé montar a caballo, pero ¿quién te dice que Dot no será tan buena amazona como yo? Al hablar de perder el tiempo, me refería a la metedura de pata que cometimos persiguiendo a esos ladrones. Ya estamos a jueves por la noche. Jim, ¿me acompañas al Bosque de los Nogales

esta noche a ver si nos enteramos de una vez de dónde viene esa luz?

—¡Ni hablar! —dijo Jim con un tono que no daba lugar a discusiones. Trixie no pudo disimular su decepción. Entonces él añadió—: Iré contigo mañana, si quieres, Trixie. ¿Pero de qué nos iba a servir volver allí esta noche? Ya estuvimos una vez cuando estaba oscuro y tuvimos que dejarlo. Espera a mañana.

—Eso significa que vamos a desperdiciar toda esta tarde. Oye, ¿dónde se habrá metido el señor Gorman? ¿Sabe alguien dónde está? —le preguntó Trixie a Honey, que estaba sentada a su lado.

—Tiene problemas ahí fuera —le respondió Brian desde el otro lado de la mesa—. Ben ha salido a ver qué le pasa.

—¿Crees que se tratará de más ovejas perdidas? —preguntó Trixie con ansiedad.

—Si es así, mejor será que no te entrometas con tu hocico de sabueso —dijo Mart—. Será que estás constipada, porque te has confundido de olor cantidad de veces.

—No tiene nada que ver con el robo de ovejas —aclaró la señora Gorman—. Es esa oveja que ha estado vigilando con tanto cuidado… la que va a tener mellizos. Hemos estado intentando ponemos en contacto con el veterinario, pero no responde. La operadora piensa que se le ha estropeado el teléfono. Y esa oveja va a parir en cualquier momento.

—¿Y cómo puede saberlo? —preguntó Diana.

—Es imposible equivocarse —dijo la señora Gorman—. Cuando un corderillo está a punto de nacer, la madre deja de comer y se pone a correr por todos lados, esperando la llegada de su bebé. Y, como no es consciente de que aún no ha nacido, organiza un alboroto tremendo entre los demás corderos, para buscar al suyo. Es una escena curiosa: Aquí vienen mi marido y Ben.

—¿Has localizado al veterinario? —preguntó el señor Gorman.

—No contesta —le dijo la señora Gorman—. Puede que su teléfono esté averiado.

—Entonces no tengo más remedio que ir a buscarlo a su casa —dijo Ben—, si no queremos perder a los corderos y a la madre.

—Los vamos a perder de todos modos, Ben —dijo el señor Gorman, resignado—. Ya no podemos esperar ni un minuto más. No hay tiempo. Necesita ayuda. Yo iré, Mary —le dijo a su mujer— a

ver qué puedo hacer.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Brian.

—Quiere ser médico —explicó Honey.

—No, gracias. No creo que puedas hacer nada —dijo el señor Gorman.

—Él ayudó en casa cuando nació nuestro becerro —dijo Trixie enseguida—. Y también en las cuadras de Honey, cuando parió una de sus yeguas. Y yo también podría serle útil —añadió—, ya que fui la enfermera de Brian las dos veces.

—¡Trixie Belden, tú no puedes…! —dijo Diana asombradísima.

—¡Por supuesto que puedo! —insistió Trixie, levantándose de la mesa—. Venga, Brian. Señor Gorman, por favor, deje que Ben vaya a buscar al veterinario, que nosotros le ayudaremos.

El señor Gorman levantó sus manos al cielo, con desesperación.

—Bueno, supongo que no tengo nada que perder —dijo—. Adelante, Ben. Venid conmigo, chicos.

La señora Gorman le puso en la mano a su marido un sándwich que acababa de preparar y éste se lo fue comiendo por el camino.

Al llegar al granero, vieron que la oveja se había construido un lecho con un poco de heno en un rincón del enorme establo. Los miró desde el suelo y baló débilmente. Junto a ella yacían dos corderos recién nacidos, uno de ellos amarillento y el otro tan negro como el carbón.

—Vamos, vamos… tranquila —dijo el señor Gorman, acariciándole la cabeza—. Conque decidiste adelantarte y ocuparte tú misma de este asunto, ¿eh? Tendremos que ponemos a trabajar inmediatamente —les dijo a Trixie ya Brian—. Si no los reclama enseguida, ya no lo hará nunca. Eso es; así —dijo con cierta dulzura.

—Ayúdame, Brian… hay que ponerlos a mamar —dijo mientras cogía en sus brazos el cordero amarillento y le ponía la boca junto a su madre. Ella se volvió y olfateó al corderillo, que era todo cabeza y orejas. Luego emitió un sonido que había callado durante todo un año… un ruido sordo que le estalló en la garganta, antes de abrir la boca.

El corderito, al probar la leche caliente de su madre, baló de felicidad y se acurrucó más, mientras mamaba.

—A ése ya lo ha adoptado —dijo el señor Gorman con alivio—.

Ahora, Trixie, vamos con el negrito.

Trixie cogió en brazos al corderillo negro, todo arrugadito y con la piel llena de pliegues, y se lo pasó al señor Gorman.

El pobre corderito balaba que daba lástima. La madre lo escuchó, lo olfateó, y lo rechazó violentamente cuando buscó el ubre.

—¡Oye, mala madre! —le gritó Trixie.

—Es lo normal, cuando hay mellizos —dijo el señor Gorman—. Volvamos a intentarlo.

—Déjeme a mí —dijo Brian. Humedeció un dedo en la leche caliente que el corderito blanco tenía por toda la cara y la frotó contra el morro del negro.

La madre volvió a olfatearlo, y volvió a rechazarlo con tal violencia que manifestaba bien a las claras sus intenciones. Obviamente, no quería ocuparse de él.

—Es inútil —dijo el señor Gorman—. Tendremos que adoptar a este huerfanito nosotros mismos. Vamos a casa rápidamente. Hay que ocuparse de él sin perder tiempo pues tenemos que darle el alimento lo antes posible.

—Yo me quedaré al cuidado de todo esto —dijo Brian—, y procuraré que la madre esté a gusto. Debería comer algo ella también, ¿verdad?

—Sí —dijo el señor Gorman—, menos mal que me lo has recordado. Coge un poco del agua caliente que trajimos en el cubo, Brian, y mézclala con esos pastos del rincón. Haz una especie de afrecho remojado. A las ovejas les encanta el afrecho. No tienes más que dejarlo en ese recipiente que haya su lado. Se lo comerá en cuanto el cordero deje de mamar.

—No nos había nacido una oveja negra desde hacía años —le dijo el señor Gorman a Trixie mientras iban camino de la casa—. Hay gente que piensa que trae mala suerte. Yo no. El único problema es que la madre casi nunca se ocupa de ellos.

—Pues yo prefiero mil veces un corderito negro que esa cosa amarillenta —dijo Trixie.

—Pero la madre no opina lo mismo —dijo el señor Gorman—. Todos los corderos blancos nacen con ese color. No tardan nada en volverse blancos como la nieve. Ya hemos llegado, Trixie. Sujétame al «niño», haz el favor, mientras abro la puerta.

La señora Gorman y los otros Bob-Whites estaban esperando al señor Gorman, a Trixie y a Brian en la cocina. Cuando la señora Gorman vio al corderillo en brazos de Trixie, se apresuró a poner un cazo de leche al fuego.

—¡Oh, no —dijo—, otro huérfano, no! ¿Se ha muerto la oveja, Hank?

El señor Gorman dijo mostrando dos dedos:

—Han sido gemelos. Todo ha salido bien, excepto que… bueno, que la madre decidió no aceptar al negrito. No es por nada, pero me temo que te va a tocar preparar biberones durante una buena temporada, Mary.

La señora Gorman le sujetó la cabeza al corderillo; luego todos pudieron observar cómo el bebé se relajaba con el calor que hacía en la cocina, dejaba de forcejear y, con un largo suspiro, se enganchaba al biberón, agitando su colita de felicidad.

Entonces llegó Ben, y con él Brian.

—Brian me avisó de que ya ha parido la oveja, y de que todo ha ido bien —le dijo al señor Gorman—. ¡Menos mal, porque el veterinario no estaba en casa!

—Sí, ya está todo —dijo el señor Gorman—. Pero nos hemos quedado con un huérfano que alimentar durante todo el verano. Primero cinco veces diarias, luego tres —explicó a los Bob-Whites—, y así a lo largo de todo el verano.

—La temporada de los corderos ha llegado temprano este año —dijo Ben—. Ya había comenzado en Ames cuando yo estaba allí. Ah, y si pensáis que ese corderillo blanco es feo, deberíais haber visto esos corderos Rambouillet… que no tienen más que piel, orejotas y patitas enclenques.

—De cualquier forma, son todos una monada —dijo Honey—. ¿Oís cómo chupa el biberón?

—Ben suele encargarse de cuidar a los huérfanos —dijo la señora Gorman—. Es como una madre adoptiva… por lo menos eso es lo que los corderitos sienten, porque lo siguen a todas partes.

—Yo no les digo que vengan detrás —dijo Ben, poniéndose tan rojo como un tomate.

—No, pero disfrutas tanto como los corderos —dijo la señora Gorman—. Ben no para de jugar con ellos —les dijo a los Bob-Whites—. Y si Trixie sigue dándole el biberón a éste, saldrá

corriendo detrás de ella. ¿Qué te parecería convertirte en mamá oveja, Trixie?

—Si naciesen ya con una semanita, no me importaría en absoluto —dijo Trixie—. Pero una de esas cosas amarillentas… no, no. ¡Uf!

—Se va a librar de tener que adoptar al negrillo —dijo Ben—. Esa ovejota que le compró al señor Schulz el año pasado va a parir en cualquier momento. Si lo hace mañana, quizá consigamos que admita también al negro.

—Lo dudo —dijo el señor Gorman—. Yo no contaría con eso. No hay mucho que podamos hacer. Si su propia madre lo ha rechazado, ya sería raro que esta otra no lo hiciera también.

—A menos que nazca muerto el corderito —dijo Ben—. Ya tuvimos un caso así el año pasado.



—Pues espero que no vuelva a ocurrir —dijo la señora Gorman —. En esta época del año vamos como locos con todo el ajetreo del trabajo. Aunque la verdad es que en la granja no hay temporadas más descansadas que otras. Pese a todo, mi estación favorita es la primavera, con los pájaros construyendo sus nidos… los corderillos que te salen al encuentro por todas partes (es que son los animalitos más juguetones y adorables del mundo), las flores salvajes brotando —prosiguió—, las amapolas que casi vuelven de color rojo el barranco, las violetas, los lirios de color púrpura que llenan la hondonada…

—Iowa es un lugar precioso —dijo la señora Gorman con gran regocijo.

—Nosotros también tenemos unas flores muy bonitas en casa —dijo Trixie.

—No me cabe duda —dijo la señora Gorman—. Todo el país es una hermosura. Hasta las flores del desierto.

Mart, al acordarse de las Navidades que los Bob-Whites pasaron en un rancho para turistas, en Arizona, exclamó con gran entusiasmo:

—¡Ah, no hay nada como el desierto al anochecer! Es algo insuperable. Aún mejor que aquí, en la Granja del Valle Feliz, donde las estrellas brillan con tanta fuerza.

—Sí; en el cielo de Arizona te aúpas un poco y las coges del cielo —dijo Diana—. Al menos, esa impresión te da.

Jim sonrió al recordado y comentó:

—Aquellos becerros (el rancho estaba lleno) son unas de las criaturas más encantadoras que hay en la tierra.

—Supongo —dijo el señor Gorman— que el Señor quiso que los hombres sintiéramos este amor por todos los cachorros (hasta por el cachorro del hombre, el más cabezota de todos los animales). Está aún por nacer algún animalito del cual no empieces riéndote y termines enamorándote.

—Dejad que entren los perros, por favor —le dijo a Brian, al oír que arañaban la puerta—. Tip y Tag se aprovechan de nosotros —añadió—. Saben que estamos locos por ellos, ¿no es así, Mary? —dijo mientras les estiraba cariñosamente de las orejas cuando le saludaron saltándole sobre el regazo.

—Somos unos sentimentales sin remedio… —dijo la señora

Gorman—. Pero estos jovencitos también lo son —añadió—, y no hay más que verlos… todos tienen algún animalito en las rodillas… todos menos Jim, y mira lo que acaba de recoger.

Tag, después de intentar en vano sentarse encima de Jim, en la silla, consiguió descargar todo su peso sobre las rodillas de Jim y descansar su pata derecha en su hombro.

Trixie, observando esto, suspiró feliz. Estaba cansada después de un día tan duro… y tan largo. El día siguiente sería más duro aún ya que pretendía, de una forma u otra, hacerle un regalo a tío Andrew por esa semana tan fabulosa. Iría al Bosque de los Nogales y, con un poco de suerte, saldría de allí habiendo resuelto el problema de las ovejas desaparecidas. No quedaba mucho tiempo.

A la caza del Gran Conejo • 13

—¿QUÉ NOMBRE le vamos a poner al corderito huérfano? —preguntó Diana mientras entraban atropelladamente en la cocina, después de un breve paseo a caballo.

—Hércules, sugeriría yo —dijo Mart—. ¡Mirad qué tamaño! Ha nacido casi el doble de grande que el otro.

El cordero negro, metido en un corralito que habían colocado en un rincón de la cocina, retozaba con los gatitos, dándoles torpes patadas.

—Medianoche le iría muy bien, creo yo —dijo Honey—. Cada vez que me voy a dormir, salta la alarma del despertador de Trixie y la oigo bajar las escaleras para calentar un poco de leche.

—Medianoche es el nombre perfecto —dijo Trixie, mandándole un beso a su cachorro.

—Trixie ha bajado cada dos horas para alimentarlo —dijo la señora Gorman— con una puntualidad admirable. Al principio intenté impedírselo, pero como me encontraba tan cansada no insistí.

—El pobre casi me arranca el biberón de la mano, de tanta hambre que tenía. Espero que el señor Gorman tenga suerte y le encuentre una madre adoptiva a Medianoche —dijo Trixie—. ¿O es que al final ha nacido aquel cordero?

—Nació esta mañana, bien temprano —dijo la señora Gorman—, pero se murió. Hank hizo lo posible porque Medianoche ocupara su lugar, pero la madre no aceptó el cambio. Ah, pero ¿sabéis una cosa? —continuó—, si nos damos prisa, podríamos ponerle al huérfano la piel del corderillo muerto durante el tiempo suficiente para que lo deje mamar… y entonces lo adoptará. Cuando el truco funciona, resulta curioso verlo.

—Seguramente fue de ahí de donde Esopo sacó la idea del lobo vestido con la piel de cordero —dijo Mart. Los demás se pusieron a abuchearle, pero él prosiguió—: Podéis estar bien seguros de que no fueron los granjeros de Iowa ni los profesores del Departamento de Agricultura de la Universidad del Estado de Iowa los que inventaron esta práctica. Ya había ovejas en las colinas de Egipto y de

Jerusalén hace miles de años.

—Venga, no te pongas así —dijo Brian—. Oiga, señora Gorman, las aguas del río vienen crecidas. No conseguí que Gigante Negro se acercara. Los caballos, respecto al agua, son como niños.

—Sí, ya nos lo ha dicho Ben —dijo la señora Gorman—, el cielo está cubierto. Es fácil que llueva.

—Será mejor que vayamos al Bosque de los Nogales enseguida —le susurró Trixie a Jim—. Honey también quiere venir. ¿Y sabes una cosa? Antes de desayunar oí cómo el señor Gorman le decía a su mujer que iba a hablar con el comisario Brown esta mañana respecto a esa luz que vimos en el corazón del bosque. Dijo que ya estaba harto del modo en que la policía estaba llevando este asunto.

Jim dijo sorprendido:

—Es la primera vez que el señor Gorman admite que pudiera haber un escondrijo en el bosque, ¿verdad? Más vale que nos pongamos en marcha ahora mismo, Trixie… ¿Qué es lo que dice la señora Gorman?

—¡No, por favor! —exclamó Trixie—. ¡No!

—Así que pensé —concluyó la señora Gorman— que, como hoy no teníais nada que hacer en particular, y mi marido y Ben estaban de acuerdo, podía pedirle a Ned y a sus amigos que vinieran a cazar conejos con vosotros. Ya los he avisado. Mirad, por allí vienen.

Ned Schulz y los gemelos Hubbell, Bárbara y Bob, entraban en ese momento en la granja en el coche rojo de Ned.

Mart, Diana, Brian y Honey salieron corriendo a recibirlos, mientras los perros ladraban y arañaban los neumáticos blancos.

Los gatitos, alarmados por tanto jaleo, arquearon sus lomos y empezaron a maullar.

—¡Maldita sea! —exclamó Trixie—. ¿Crees que podremos escapamos de ésta?

—Imposible —dijo Jim—. ¿No has oído lo que acaba de decir la señora Gorman? ¡Hay que ir a cazar conejos! Yo no cambiaría eso ni por un mes entero de domingos.

—Jim Frayne, prometiste que hoy vendrías conmigo —le recordó Trixie.

—Y lo cumpliré —contestó él firmemente—. Tranquilízate, Trix. Tenemos todo el día por delante. Comprende que una oportunidad así no se presenta todos los días. Ben nos dijo que los conejos de por

aquí son tan grandes como canguros.

—Por mí, como si son tan grandes como un elefante —dijo Trixie, poniéndose furiosa—. Ni se me ocurriría dispararles. Sería casi lo mismo que matar al conejito de Pascua.

—Espera y verás… —dijo Ned al oír el último comentario de Trixie—: Si casi nunca llegamos a alcanzarlos. Son demasiado rápidos. Lo más divertido es buscarlos y darles un buen susto. Mira, Jim, te he traído una escopeta de aire comprimido. Con este arma no lastimarías a ningún conejo aunque lo alcanzases de lleno —añadió cuando las demás chicas se unieron a Trixie en una protesta unánime.

—Venid con nosotros —solicitó Brian—. Nos vamos a divertir de lo lindo, aunque sólo sea haciendo carreras con los conejos. Además, estabais deseando salir al campo. Ésta es una buena ocasión.

—No tardaremos mucho —le dijo Jim a Trixie en voz baja—. Cumpliré mi palabra.

—Y dejaremos aquí las escopetas, si no os apetece utilizar las —le dijo Ned a Trixie—. Sin ellas sigue siendo igual de divertido.

Entonces ellas se calzaron las botas, se pusieron vaqueros, suéters y bufandas, y fueron con Bárbara Hubbell y los chicos.

—Si esos conejos se os comieran medio huerto todos los años, los muy ladronzuelos, no sentiríais tantos remordimientos a la hora de ir a cazarlos —les dijo la señora Gorman a las chicas cuando se iban.

—¡Llevaos a los perros! —les indicó Ben desde el granero, y Tip y Tag se unieron al grupo, ladrando sin parar y agitando la cola.

Bob y Bárbara Hubbell se habían sentado cerca de los Bob-Whites en la barbacoa. Bárbara era más o menos de la misma altura que Trixie, pero sus rizos eran tan negros como el azabache. Su hermano gemelo era tan alto como Brian. A Trixie le caían bien los dos.

—Tocan la guitarra y cantan estupendamente —dijo Ned a los Bob-Whites—. A lo mejor los convencemos para que nos canten algo a la vuelta.

Cielos, espero que no —pensó Trixie—, o jamás llegaré a ir al Bosque de los Nogales.

Pero se lo empezó a pasar también que se olvidó por completo

del asunto.

El aire era frío y soplaba como anunciando una tormenta. Era una buena ocasión para hacer ejercicio. Así, se pusieron a bailar, a gritar y a cantar con toda la fuerza de sus pulmones. Los Bob-Whites, los gemelos y Ned subieron la pendiente del prado. Metidos entre las matas de arbustos que salpicaban el campo y en los bosquecillos que bordeaban la tierra esperaban, según les había dicho Ben, poder sorprender a alguna liebre.

Las ovejas pacían en el prado, muy lejos de allí; sin embargo, cuando oyeron el griterío, se retiraron hasta las mismísimas cercas que marcaban el fin de la granja.

—Deberíamos haber ido con más cuidado —dijo Ned al verlas desperdigarse—. Ben nos advirtió que no las asustáramos. ¡Eh… corred hacia aquellos matorrales de allí… aquí, Tag! ¡Corre, Tip!

Los pastores escoceses, diestros cazadores de conejos, no necesitaban que les dijesen lo que tenían que hacer. Se agacharon y se arrastraron con gran cautela, acercándose poco a poco al círculo de hierbajos.

—Ponte allí, Jim —le dijo Bob Hubbell—, al otro lado. Yo golpearé los matorrales con este palo. Cuando salte la liebre, agárrala. ¡Eh, Tag! ¡Basta!

Y nada más moverse un poco las ramas, Tag echó las orejas hacia atrás. Ladró. Una liebre (¡y menuda liebre!… ¡era enorme!) pegó un salto, y le pasó a Jim tan cerca que estuvo a punto de rozarle el bigote. Pero antes del que Tag pudiera pasar al ataque, la liebre dobló las patas traseras y, al desplegarlas de nuevo, salió volando, aterrizando a más de seis metros de allí. Se escapó, atravesando el prado como si fuera un viejo sombrero que arrastrara un huracán, llevándoles siempre ventaja a los perros, que no dejaban de ladrar, furiosos.

Hasta que los canes, agotados, abandonaron la persecución y regresaron jadeando, en busca de nuevas víctimas.

—Chicos, qué poco me ha faltado para agarrarla de una pata… ¿me visteis? —dijo Jim con la cara congestionada.

Trixie se levantó, riéndose, de donde Tag la había derribado al ver a la liebre.

—No tuviste ni la menor oportunidad, Jim —dijo—. ¿No viste lo grande que era?

—Una liebre joven —puntualizó Mart con un aire profesional— podría tener más de medio metro de largo y pesar entre tres y cuatro kilos.

—¡Pues las orejas eran larguísimas! —insistió Trixie.

—No te pases —advirtió Brian—. Creo recordar que las liebres pertenecen a la familia de las ratas.

—A mí me gustan más los conejos de rabo blanco —dijo Diana, mientras se sacudía un poco el polvo que había cogido al ir tras la liebre—. ¿Es verdad que las liebres no son sino conejos de rabo blanco ya mayorcitos?

—¡Por favor, Di! —dijo Mart riéndose—. Supongo que también creerás que la ratas no son «sino ratones creciditos»… Jim y Brian también deberían entender de conejos, si es que se han parado a estudiar lo que pone en los manuales. Una liebre no se parece en nada a un conejo. La especie del oeste se llama Lepus townsendii.

—Me imagino que lo de Lepus vendrá de los enormes saltos que dan —dijo Diana—. Ojalá pudiera acordarme de todo igual que tú, Mart.

Mart se inclinó ante ella, haciendo una reverencia.

—¡Mi público! —dijo—. Qué pena que Trixie no se aproveche de mi cerebro privilegiado y aprenda de mí unas cuantas cosas.

—A mí me gusta elegir aquello que quiero aprender —dijo Trixie—, y no que alguien me lo vaya soltando todo el rato.

—Firmad una tregua, vosotros dos —dijo Jim—. Tenemos que estar calladitos al acercamos a los siguientes matorrales. ¡Vamos, Tag… Tip!

Los perros, obedeciéndole, se arrastraron por el suelo y se acercaron sigilosamente hasta el montón de hierbas que había más adelante.

—No parece que haya nada —dijo Bob en un susurro—. Yo me quedaré en este lado… así… nada… ¿lo veis?

Bob le dio a los matorrales con el palo, ¡y entonces salieron tres liebres!

Tip y Tag salieron detrás de dos de ellas, como dos flechas. La tercera, la más grande, se agazapó, lista para saltar, pero se fue hacia el lado donde estaba Mart, y luego, asustada, sin saber qué hacer, se fue.

—¡Cógela! —gritó Mart—. ¡Por allí!

—¿Por dónde? —replicó Brian, retorciéndose de risa—. ¡Mírala allí ahora, Mart! ¡No te detengas!

La liebre, desesperada, se lanzó hacia adelante, dando tales patadas con sus poderosas patas traseras que parecían coces.

Tip y Tag regresaron, rabiosos y preparados para un nuevo combate. También Mart se fue corriendo hacia unos matorrales secos que había por allí, pues el no haber llegado a atrapar a su presa le había herido en su amor propio. A unos siete metros de allí, los perros se echaron al suelo y se arrastraron. Todos los de la partida de caza se quedaron atrás, observando con interés la estrategia seguida por los perros.

Lentamente se abrieron camino por entre los rastrojos hasta una mata de arbustos, y entonces saltaron a ella, ladrando como locos. Y de otro salto salió una liebre enorme, justo delante de Tip. Dos saltos más le bastaron para colocarse a nueve metros de los perros. Se detuvo, les dirigió una mirada que Trixie interpretó como de burla, meneó el rabo, y huyó con la misma rapidez que el viento. Tip y Tag se sentaron, desalentados.

—Si tuviéramos un caballo… —dijo Honey.

—Yo diría que ni con un caballo de carreras atraparías a una liebre —opinó Ned—. No hay nadie que pueda atrapadas. Necesitaríamos un par de buenos rifles.

—Eso es jugar con ventaja —dijo Trixie.

—¡Tonterías! —dijo Mart—. ¿Y no es jugar con, ventaja el darme una patada en el estómago y tirarme al suelo o qué? Ven, Tag.

Rastrearon el campo, junto al barranco. Tip y Tag, comportándose de una forma muy rara, siguieron el rastro hasta una esquina del prado.

—Me parece que van rastreando algo —dijo Ned—. Vamos a seguidos.

Los perros no hacían más que ladrar y mover el rabo mientras rascaban con furia la tierra, en un rincón alejado de las propiedades de los Belden, espantando a un grupo de ovejas que parecían que estaban comiendo algo con voraz apetito.

—Si van detrás de otro conejo, no contéis conmigo —dijo Diana, dejándose caer en el suelo, agotada de tanto correr—. Estoy hecha polvo.

—Ni conmigo —dijo Bárbara.

—Puede que los perros hayan encontrado alguna madriguera de liebres —pensó Trixie en voz alta.

—¿Lo ves? —dijo Mart—. Los conejos sí que viven en madrigueras… pero las liebres no.

—¿Entonces qué son… felices trotamundos? —preguntó Trixie.

—No. Hacen una especie de agujeros aras del suelo para sus crías y…

—¿Y qué, señor Enciclopedia? —insistió Trixie, esperando la respuesta.

—Y allí las dejan, para que aprendan a defenderse desde el principio. Nacen con mucho pelo, y con los ojos abiertos. En cambio, los conejos de rabo blanco nacen, ciegos, sin pelo, e indefensos.

—Pero sus madres cuidan de ellos con esmero durante meses —dijo Bárbara—. Las liebres dejan que sus crías exploren el mundo por sí mismas a los pocos días que haber nacido.

—¿No os parece que Mart es listísimo, y que sabe un poco de todo? —dijo Diana—. Es a él a quien los Bob-Whites recurrimos cuando queremos saber algo.

—Es cierto —dijo Brian—. Tú no aprecias lo que vale su memoria de elefante, Trixie.

—Claro que sí —dijo Trixie sonriendo—. Lo que pasa es que no tolero que su ego se ensanche de ese modo… ¡explotaría!

—¿Ah, sí? —dijo Mart—. Oye, pero ¿qué estarán haciendo esos perros? Están armando una buena.

Trixie se levantó de un salto.

—Si se trata de algún nido de crías de liebre, me encantaría quedarme con una —dijo.

—La señora Gorman no te permitiría acercarte a su casa con una liebre —dijo Bárbara, levantándose y sacudiéndose el polvo de los vaqueros.

—¡Un momento! No es ningún nido de liebres —exclamó Jim—. ¡Escuchad a Tag! ¿Habrán encontrado alguna serpiente?

—Podría ser —dijo Bob—. Las serpientes recién nacidas salen al sol en primavera, buscando el calor. Una vez Bárbara y yo acabamos con cuatro serpientes de cascabel en nuestro prado… las matamos a pedradas.

Los perros, que habían estado corriendo en círculos alrededor de algo, rascando con sus uñas, dando saltos en el aire y volviendo a rascar, comenzaron ahora a correr en círculos más amplios. Tag aullaba como un alma en pena y, con el rabo entre las patas, corría como si lo persiguieran cien mil demonios.

—¿Qué te pasa, amigo? —le preguntó Jim, corriendo hacia él— … ¿Qué es lo que te ha puesto así?

—Mira a tu espalda y lo sabrás muy pronto —le advirtió Bob—. ¡Corre, haz el favor! ¡Han destrozado un nido de abejorros! ¡Deprisa! —exclamó cogiendo a Honey de la mano y empujando a su hermana Bárbara hacia adelante—. ¡Corred!

—Han picado a Tag en el morro —dijo Jim—. Vamos, Trixie.

A Trixie, que se había quedado esperando para ver si podía ayudar a Tag, la empujaron los demás. Los perros ya andaban (más bien volaban) muy lejos, aullando con tanta insistencia que la señora Gorman salió de la casa.

—Está empezando a llover —les dijo Bob a los Bob-Whites—. Eso alejará a los abejorros. ¡Guau, y cómo llueve!

—Pero, en el nombre del cielo, ¿qué ha pasado? —preguntó la señora Gorman mientras abría la puerta de par en par para que los cazadores de conejos entraran atropelladamente en la cocina.

—A Tag… le picó una abeja en el morro… un abejorro —dijo Trixie casi sin respiración—. ¡Pobre Tag!

—¿Os han picado a alguno de vosotros? —les preguntó la señora Gorman con ansiedad, al mismo tiempo que buscaba en el armario una caja de refrescos.

—No llegaron a cogernos —dijo Trixie, riéndose y sin haber recobrado aún el aliento—. ¡Cómo le han puesto la nariz!

El pastor escocés se había tumbado en el suelo, en un rincón de la enorme cocina, rascándose la nariz; que se le había puesto casi el doble de grande.

—¡Yo la ayudaré! —dijo Trixie, dejando de reírse al ver sufrir al perro—. ¡Animalito! ¿Le está preparando una cataplasma?

—Aquí está —dijo la señora Gorman mientras pasaba a Trixie un trapo empapado de agua caliente y un refresco—. No se lo quites del morro —le aconsejó—. Si logras mantenerlo así unos diez minutos, se le irá el picor y la hinchazón disminuirá.

Tag lloraba, y le lamía a Trixie la mano; dejando que ésta le

aplicase la cataplasma en la nariz. Tip, inquieto, daba vueltas y más vueltas alrededor de Tag, como si supiera que algo andaba mal.



—Así, muy bien —dijo la señora Gorman—. Gracias a Dios que no ha habido que lamentar ninguna desgracia. Yo he visto a Hank y a Ben ponerse malísimos a causa de la picadura de un abejorro. ¡Cielos! Será mejor que me ponga manos a la obra y os dé algo que comer. Debéis estar muertos de hambre.

—¡Si estaré tonto! —dijo Ned de repente—. Se me olvidó deciros que mamá nos está esperando en casa para almorzar. Me advirtió que se lo dijera en cuanto llegase, señora Gorman, pero me olvidé. Vaya, confío en qué no haya preparado un montón de cosas.

—No te preocupes —le dijo la señora Gorman—. He estado tan ocupada toda la mañana… Tuve que limpiar la cocina y sacar el parque de niños donde habíamos metido a Medianoche. Ben se lo llevó al granero y, bueno, entre unas cosas y otras…

—¡Magnífico! —dijo Ned—. Mamá habrá preparado una comida suculenta… ¡hasta tarta de frambuesa!

—No digas más; me muero de hambre —dijo Mart, poniéndose las manos en el estómago.

—Supongo que todos estamos hambrientos —dijo Honey—. Es una idea estupenda, Ned.

—¡Está lloviendo a cántaros! —exclamó Bob.

—En ese caso, podemos ir en mi coche —propuso Ned—. Tendremos que ir un poco apretados, pero sólo tenemos que cruzar la carretera. Almorzaremos, y después enrollaremos la alfombra y… a bailar. Tengo unos discos de música *country* muy buenos.

—Pues a mí no se me ocurre una forma mejor para pasar una tarde de lluvia —dijo Mart.

—Pues a mí sí —le susurró Trixie a Jim.

—Ya mí también —susurró a su vez Honey, que la había oído.

—¡Tened piedad! —replicó Jim—. ¿No veis el agua que está cayendo?

—Y tú acuérdate de que estamos a viernes —dijo Trixie—. Lo prometiste.

—Bueno, bueno —murmuró Jim resignado—. ¿Qué vamos a decide a Ned?

—Dejádmelo a mí —contestó Trixie.

—Tendremos que ir a almorzar y volver enseguida, Jim y Honey, y yo —le dijo a Ned—. Tenemos que ir al aeropuerto a recoger nuestras reservas para el domingo.

—¡Es verdad! —dijo Brian—. Se me olvidó. Yo iré contigo, Jim, y así las chicas no tendrán que mojarse. Mejor aún, ¿por qué no reservamos los billetes por teléfono?

—Yo no estoy hecha de azúcar —dijo rápidamente Trixie—, y Honey tampoco. Además, queríamos hacer algunas compras en la tienda de regalos del aeropuerto.

—¿Tan importantes son esas compras que no os importa salir con esta tormenta? —preguntó Brian.

—Sí —respondieron Trixie y Honey al unísono.

—Vale —dijo Brian—, pero luego no digáis que no me ofrecí a ayudaros.

—Tampoco digáis que yo me ofrecí —dijo Mart riéndose—. Vamos, chicos, a casa de Ned. Será mejor que cojáis las chaquetas. Aún sigue lloviendo. Oye, ¡no sabes el hambre que tengo!

Cena con los Schulz • 14

NO SE SABE CÓMO, pero lo cierto es que los nueve se metieron en el coche rojo de Ned. Iban bien apretujaditos pero, afortunadamente, el viaje era corto: sólo había que torcer por la carretera del Puesto del Ejército y seguir por el camino zigzagueante que conducía hasta Los Siete Robles, la casa de Ned Schulz.

Era una casa de ladrillo, construida antes de la Guerra de Secesión, que posteriormente había sido remodelada y modernizada. Cuando el coche se detuvo, los dos pastores alemanes de Ned, que parecían casi tan grandes como el coche, empezaron a ladrar saltando alrededor del coche para dar la bienvenida a su amo y a los que lo acompañaban.

—¡Qué perros tan hermosos! —dijo Jim, acariciándoles el lomo, mientras Ned les presentaba a sus amigos de uno en uno, poniéndoles una mano en el hombro al hacerlo.

—Si no hiciera eso —dijo Ned—, podrían intentar atacaros para defenderme. Los he tenido seis años. En una ocasión, cuando vivíamos en Evanston, me salvaron la vida… en el lago Michigan.

Ned se acercó a los perros y les habló en voz baja, acariciándoles el cuello y tirándoles de las orejas.

—Echo de menos a Reddy —dijo Trixie—. Es nuestro setter irlandés al que consideramos como de la familia. Jim tiene un springer blanco y negro que se llama Patch. Él también nos pertenece, de alguna manera, a todos los Belden… y a todos los Bob-Whites en general.

Ned había metido el auto en unas cocheras antiguas. Llovía fuertemente, pero ahí, de momento, estaban resguardados y podían mirar en torno suyo. La propiedad de los Schulz estaba planificada con un gusto exquisito. Una hilera de árboles de hoja perenne se alineaba junto al camino sinuoso, y una vieja verja de hierro enmarcaba lo que en verano debía ser un jardín de ensueño. Detrás del patio se podía ver una piscina grande y ovalada, cubierta ahora con maderas, durante el invierno.

—Pasad por aquí —les dijo Ned, abriéndoles la puerta de las

cocheras—. Mamá, seguramente, andará por la cocina, ayudando a preparar la cena. Ella se ocupa casi siempre de las comidas… porque sabe dar el punto exacto a todo.

Habían llevado del patio una larga mesa de madera muy antigua a la cocina, que tenía el tamaño apropiado para tantos comensales. En el centro de la mesa habían dispuesto unas fuentes enormes de pollo frito, bien dorado, cacerolas de patatas guisadas al gratén, un recipiente lleno de guisantes cocidos, y dos escudillas de ensalada. Había también cestas de bollos con mantequilla, y varios platos con galletas, además de la prometida tarta de frambuesas… todo ello impregnado de ese delicioso olor a cocina de pueblo. Y, por supuesto, allí estaba la madre de Ned.

No parecía mucho mayor que su hijo. Llevaba puesto un suéter amarillo y una falda de color tabaco, y tenía el pelo negro y rizado. Les dio la bienvenida a todos con una cálida y dulce sonrisa. Hasta que no avanzó hacia ellos, los Bob-Whites no se percataron de que cojeaba.

—Es debido a la polio —le dijo Bárbara a Trixie, al oído—. Es una mujer maravillosa ¿no crees?

A los pocos minutos, felices y contentos, estaban sentados en torno a la mesa, hablando todos al mismo tiempo. Todos admiraron la belleza de la madre de Ned.

—Contadme más cosas —dijo ella— de los Bob-Whites de Glen. La UNICEF me ha interesado desde que se fundó. ¿Habéis seguido trabajando con ella desde la exposición de antigüedades que organizasteis?

—Sí —respondió Trixie—. Vendemos sus postales por todo el Condado de Westchester. En realidad, son tan bonitas que se venden solas.

—Sí, yo las utilizo también —dijo la señora Schulz.

—Ya tenemos encargos de postales para las próximas Navidades —dijo Diana— y mantenemos correspondencia con unos diez jóvenes de nuestra edad en la India, en África, y en América del Sur. Dime, Bárbara, ¿tú no perteneces a algo parecido a los Bob-Whites aquí, en Iowa?

—No —contestó Bárbara con timidez—, ojalá tuviésemos un club como los Bob-Whites —enrojeció al decirlo—. Aunque sí que formo parte de otro club, uno estupendo… es posible que vosotros

seáis del mismo, porque tiene sedes en todos los Estados Unidos, bueno, en todo el mundo.

—¡Qué maravilla, eso me suena a orden de primera categoría! —exclamó Mart dando un silbido.

—¿Se trata de algún grupo religioso? —preguntó Honey.

—No —respondió Bárbara—. Se llama las Cuatro Haches. ¿Lo conocéis?

—Sí —dijo Trixie—. He oído hablar mucho de esa organización. Es sobre todo para los jóvenes de las granjas, ¿verdad?

—No exactamente —dijo Bárbara—. La señora Schulz es una de sus líderes. ¡Y os aseguro que me alegra estar en su grupo! Somos veintidós… y cada grupo suele tener unos veinte miembros. Me parece que ella llegó a apadrinar a un grupo de Evanston, ¿no fue así, señora Schulz?

—Sí. De cualquier forma, Trixie, es verdad que la organización está pensada principalmente para los jóvenes de las áreas rurales —dijo la señora Schulz—. Puede que se deba a que en las ciudades ya tenéis bastantes parques y casas comunales y todo ese tipo de lugares. Ya sabéis, nosotros siempre en el campo… hasta en Evanston podría decirse que vivíamos en el campo. Las Cuatro Haches actúan bajo la dirección del Servicio de Extensión Federal.

—¿Y qué hacen los miembros? —preguntó Jim con gran cortesía.

—Todo lo que te puedas imaginar —respondió Bob—. Los Clubs pueden meterse en toda clase de proyectos. En este momento, yo estoy trabajando con otros cuatro (si no trabajan al menos cinco personas en un proyecto de estas características, no resultaría provechoso) en la elaboración del grano con el que se alimenta a los becerros Jersey.

—Y mi grupo lleva tiempo trabajando en la cría de terneros Holstein —dijo Ned.

—Ya veréis, en el Congreso de Vacas Lecheras que se va a celebrar en Waterloo, qué raza es la mejor —dijo Bob en tono confidencial—. Serán las Jersey. Su leche tiene mucha más grasa.

—Las Holstein dan muchísima leche —insistió Ned—. Y eso también cuenta, recuérdalo.

—Nuestro grupo está metido en un proyecto de costura —les interrumpió Bárbara—. Éste es el segundo par de pantalones que

me hago —proclamó con orgullo.

Honey se acercó a Bárbara para verlos mejor. Pese a la fortuna de su familia, pese al hecho de que cuando Honey llegó a Manor House habían encargado la ropa en Nueva York y en París, a Honey le encantaba coser.

—Honey hizo todas las cortinas de la sede de nuestro club —dijo Trixie, mirando con orgullo a su amiga.

—Y también nos hizo las chaquetas, bordando las iniciales del club en la espalda —añadió Diana—. Date la vuelta, Mart, y enséñaselo.

—Pues Bárbara hizo todos los emblemas de las Cuatro Haches que los de nuestro grupo llevamos cosidos en la manga —dijo la señora Schulz—. Desde luego, Honey, las chaquetas te han quedado preciosas. Me gustaría tenerte en mi grupo —añadió mientras se dirigía a una habitación contigua, saliendo de ella con uno de los emblemas en forma de trébol que llevaban los miembros de las Cuatro Haches. En cada hoja del trébol había escrita una H.

—Recuerdo haberlas visto en la Feria del Condado, en Westchester —dijo Brian—. Este año tengo previsto averiguar algo más de las Cuatro Haches y de los proyectos de sus clubs.

—¿Qué significan las Haches? —preguntó Mart—. Me refiero a las cuatro letras del trébol.

—Head, Heart, Hands, y Health —dijo la señora Schulz.

—La primera H es la inicial de Head, cabeza —dijo Bob—, para pensar, planear, razonar.

—La segunda —continuó Bárbara— se refiere a Heart, corazón, y nos exige ser sinceros, amables y comprensivos.

—La tercera H viene de Hands, manos —dijo Ned—, y se refiere al trabajo, a la destreza y a la habilidad.

—Y la última —dijo la señora Schulz— viene de Health, salud, para disfrutar de la vida, luchar contra la enfermedad, y para aumentar nuestra eficiencia.

—Supongo que nosotros también procuramos hacer todo eso —dijo Trixie—, aunque no tengamos una declaración de principios escrita. Y también tenemos algunos proyectos. Por ejemplo, Honey hace los remiendos para todas nuestras familias, y cobra cinco dólares a la semana por eso.

—Y Trixie ayuda a su madre en casa, y le pagan otros cinco

dólares —dijo Diana.

—Y eso que a mí no me hacen ninguna gracia las «tareas domésticas» —dijo Trixie—. En cambio, a Di sí que le gustan. Ella también lo hace, además de cuidar de sus hermanas gemelas y de sus hermanos gemelos. Y también le pagan cinco dólares por ello.

—Nosotros hacemos toda clase de trabajos —explicó Brian—, sea cual sea, con tal de ganar un poco de dinero.

—En nuestro club no buscamos ganar dinero con lo que hacemos —dijo Bárbara—. Todo lo hacemos con tal de aprender, de mejoramos y de ayudar a los demás.

—Bueno, en realidad hay que aclarar —dijo enseguida Trixie— que todo el dinero que obtenemos va a parar a los fondos del club, y luego lo gastamos en donaciones.

—Perdonad —dijo Bárbara—. ¿Tenéis algún programa de salud?

—Nos gustan toda clase de deportes —dijo Mart—. Estamos al aire libre prácticamente todo el tiempo.

—Yo sé lo importante que es la salud —dijo la señora Schulz—. Es la que hace posible el resto del trabajo de nuestro club, las Cuatro Haches. Cuando Ned tenía sólo cinco años, enfermé de poliomielitis. Cuando me repuse, me dediqué a promocionar la vacuna para que fuera administrada a tantos niños como fuera posible. He llevado esta campaña por todos los rincones del país, y ahora todos los niños y todos los jóvenes se han vacunado.

—Y ha hecho mucho más que eso —dijo Ned—. El verano pasado, nada más mudamos, papá hizo construir una piscina aquí, para mamá. Dispone de un calentador, y mamá la tiene todo el verano llena de niños. Y aún ha llevado adelante otro proyecto, al que dedica tres días a la semana. La Cruz Roja[12] utiliza nuestra piscina para enseñar a los pequeños a nadar. A mamá le vuelven loca los críos, aunque sólo me tenga a mí.

—Jim tendrá que contarle, en ese caso —dijo Trixie—, lo de la escuela que pretende fundar algún día, cuando se licencie en la Universidad. Será para niños huérfanos.

—Y allí Brian, cuando acabe Medicina —añadió Honey—, será el médico residente.

—Y allí también yo, ya que tengo que hablar por mí mismo —dijo Mart—, llevaré adelante la granja, para que los de la escuela puedan comer.

—¿Por qué no nos habláis un poco de eso? —preguntó muy interesada.

—Bueno, pero antes, sin embargo —dijo Bob—, me gustaría que nos dijerais un poco cómo es el campo por donde vosotros vivís… y que nos hablarais de Rip Van Winkle y del Jinete Sin Cabeza y de todos esos lugares que Washington Irving describió…

—Y de Henry Hudson y su tripulación de la Media Luna —dijo Ned—. ¿Todavía siguen apareciendo en Catskills las noches de luna llena? Ojalá tuviéramos algo así por aquí.

—Venid a visitarnos este verano, y os enseñaremos toda la zona. ¿Lo haréis? —dijo Jim con entusiasmo.

—Trato hecho, si es que nuestros amigos nos dejan —dijeron a coro los Hubbell, intercambiando miradas de aprobación.

—Lo que más me interesa —dijo Trixie— es el oro de los piratas. Éstos solían meterse con sus grandes barcos en el río Hudson, buscando refugio después de haber saqueado las naves en alta mar. Y enterraban sus tesoros a lo largo de la costa.

—El capitán Kidd hacía eso —dijo Ned levantando la voz.

—A eso me estoy refiriendo —dijo Trixie—. Y algún día encontraré uno de esos tesoros. Honey y yo leemos todo cuanto cae en nuestras manos sobre el capitán Kidd y sus tiempos, y sabemos —dijo misteriosamente— algo que nadie más sabe. Sabemos exactamente dónde buscar ese tesoro.

—¿En serio? —preguntaron asombrados los gemelos. Ned abrió los ojos de tal manera que parecía que se le iban a salir de sus orbitas.

—Tengo un mapa secreto —dijo Trixie. A ella le encantaba hablar ante un público tan fascinado como éste. Ahora podía imaginarse a todos los Bob-Whites haciendo excavaciones por las orillas del Hudson, cavando y descubriendo cofres… mientras un grupo de miembros de las Cuatro Haches se quedaban pasmados contemplándolos.

—Si queda alguna onza de oro en el valle del río Hudson, Trixie y Honey darán con ella —dijo Diana—. ¡Son detectives!

Esto ya era demasiado para los chicos del Medio Oeste.

Me figuro que ahora estarán soñando con en el Este —pensó Trixie.

—Ahora me explico por qué estabas tan interesada en la barba

negra de mi marido —dijo la señora Schulz sonriendo.

En ese momento Trixie se desinfló como un globo.

—Tenía un aspecto un poco raro —dijo a la defensiva mientras miraba a la señora con una sonrisa forzada.

—Trixie no suele cometer muchos errores cuando investiga un caso, ¿no es así, Mart? —dijo Diana, apoyando a su amiga.

Justo cuando Mart se disponía a narrar las hazañas de Trixie, el viejo reloj que había en el rincón dio las tres.

Trixie, al oírlo, miró con complicidad a Jim y a Honey, y se levantó.

—Ya le advertí a Ned que tendríamos que irnos corriendo —dijo disculpándose a la señora Schulz—. Hemos comido tantísimo que casi no podemos ni andar, pero no tenemos más remedio que irnos. Espero que lleguemos a tiempo para confirmar el vuelo y recoger las reservas.

—Tenemos tiempo de sobra… —comenzó a decir Jim, pero una mirada de Trixie le paralizó la lengua. Se encogió de hombros, resignado a su suerte.

Cogieron los abrigos y bufandas, y dando las gracias de todo corazón, se despidieron de la señora Schulz, dijeron adiós a los demás con la mano y salieron de la casa.

—Iré corriendo a vuestra casa y os traeré el coche —les dijo Ned —. ¡Esperad!

—¡No hace falta! —replicó Trixie—. ¡Ya vamos nosotros!

Y antes de que Ned volviera, ya iban corriendo hacia la carretera del Puesto del Ejército.

¡Al agua patos! • 15

UNA VEZ EN EL COCHE de Ben, que estaba aparcado en la entrada de la Granja del Valle Feliz, Honey dijo:

—Te había visto callarte cosas, Trixie, pero hasta el día de hoy no te había oído decir una mentira.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Trixie, terriblemente enfadada.

—Me refiero a lo que dijiste de ir al aeropuerto a reservar los billetes. Eso no es verdad, ¿a qué no?

—Claro que es verdad, hermanita —respondió Jim ahorrándole la explicación a Trixie—. Hay que confirmar los billetes. Se puede hacer por teléfono… pero tú dijiste que querías ir de compras… ¿no?

—Honey, no creerás que iba a mentir, supongo… —dijo Trixie poniéndose muy seria.

—Jamás se me había ocurrido nada semejante, hasta ahora —insistió Honey—, pero no me habías dicho nada de ir al aeropuerto. ¿Tenemos que ir esta misma tarde?

—No exactamente… puede que no sea preciso ir esta tarde —admitió Trixie—. Pero recordarás que tío Andrew nos aconsejó que nos ocupásemos de ello con tiempo suficiente. ¿Qué hay de malo si lo hacemos ahora?

—Nada, me imagino —respondió Honey—. Entonces, ¿vamos a ir al aeropuerto de verdad, o solamente al Bosque de los Nogales?

—A los dos sitios —contestó Trixie impaciente—. Primero, al aeropuerto… ¿no, Jim?

—Así es, Trix —dijo Jim, girando el volante. Haciendo un ruido tremendo con el tubo de escape, subieron hasta la carretera y se metieron en la autopista, camino del aeropuerto.

Una vez allí, arreglaron el asunto de los billetes, miraron los escaparates de la tienda de regalos, y volvieron al coche.

—Y sigue lloviendo con la misma intensidad —dijo Honey—. Menos mal que ese hombre nos metió los billetes en una funda de plástico para que no se mojaran, ¿verdad? ¡Menudo chaparrón está cayendo! Este cacharro parece aún peor que el de Brian.

—Sí, y con esta barca encima pesa tanto que tengo dificultades para maniobrar —dijo Jim—. No entiendo por qué Ben no la quita si sabe que no va a usarla.

—Si vieras cómo la ha atado, no te extrañaría —dijo Honey riendo—. Además, ahora mismo yo creo que iríamos mucho mejor en barca que en este trasto. Jim, aquello de allá, en el campo de los Hubbell, ¿es agua?

—En efecto —dijo Jim—. ¿Por qué no abandonamos, Trix, y volvemos a casa de Ned?

—De ninguna manera, Jim Frayne —dijo Trixie—. Ésta es mi última oportunidad. Sé exactamente dónde buscar a esos hombres. Sé dónde vi esa luz, en el bosque. El agua no llega siquiera a la carretera. ¡Jim, has dejado Sand Hill atrás!

—Oye, Trixie, deja que retire mi promesa, ¿vale? —dijo Jim—. Este día sólo es bueno para los patos.

—Yo creo que es preciso que vayamos allí hoy —dijo Honey—. Es muy importante para Trixie. Y debería serlo para ti, también. Le debemos mucho al tío de Trixie, después de lo bien que nos lo hemos pasado esta semana.

—Tienes toda la razón, hermanita —dijo Jim—. Ya no volveré a abrir la boca sobre ese asunto. Esperad a que le dé la vuelta a este trasto, para meternos por Sand Hill.

Decirlo fue más sencillo que llevarlo a cabo. Al dar marcha atrás, el coche cayó en la cuneta, y las chicas tuvieron que salir a empujar. Las ruedas, al girar, las salpicaron de barro, y la ropa se les empapó de agua.

—Parecéis las brujas de Macbeth —dijo Jim.

—Te dejaré mi polvera, para que veas el aspecto que tienes tú — dijo Honey. Después, cuando ya enderezó el coche, añadió—: Esto es casi como navegar.

—Navegar es la palabra correcta —dijo Jim—. Por allá, por el camino del bosque, las aguas ya casi rebasan el arcén. Pero vamos allá… ¡adelante!

—Es por el primer camino —le indicó Trixie—. Nosotros tomamos el segundo, ¿te acuerdas, Jim?, la noche de la barbacoa, y no tenía salida. Y fue justo enfrente de aquí —prosiguió— donde yo vi aquella luz. ¡Para un minuto, por favor… Jim!

Jim aminoró la velocidad, y Trixie sacó unos pequeños gemelos

de campaña de una caja que tenía en el bolsillo.

—¡Guau, estás en todo! —exclamó Jim con admiración—. ¿Dan señales de vida?

—Todavía no —dijo Trixie mientras ajustaba los lentes—. Déjame ver —dijo Jim, y Trixie le pasó los gemelos—. El bosque es tan denso… y la lluvia está formando tal cortina de agua que no me deja ver nada —dijo Jim—. Espera un segundo. Me acercaré un poco más.

Jim arrancó el motor, que sonó estrepitosamente pero al mismo tiempo se oyó… un estampido, como si una gran muralla de ladrillo se hubiera caído.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Honey, agarrándose al brazo de Jim.

—Que me muera ahora mismo si lo sé —respondió Jim—. ¿Tú tienes idea, Trix?

—Por desgracia creo que sí… —dijo Trixie—. De hecho, estoy segura de lo que acaba de ocurrir.

—¡El puente del río Mapache… se ha hundido! —adivinó Jim.

Trixie se quedó inmóvil, sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

—Entonces será mejor que salgamos de aquí cuanto antes —dijo Jim—. Ten, toma tus gemelos, Trixie.

Un estallido de agua siguió al hundimiento del puente. A unos quince o veinte metros de donde estaban, las aguas se desbordaban vertiginosamente desembocando en el brazo pantanoso del río y, mientras Jim intentaba arrancar de nuevo el coche para dar la vuelta, vieron cómo la corriente arrastraba ramas, una vaca, y unos cuantos pollos.

—¡Da la vuelta! ¡Rápido! —le gritó Honey aterrorizada—. ¡Dios mío, ya no se puede, Jim! ¡Ni siquiera hay camino!

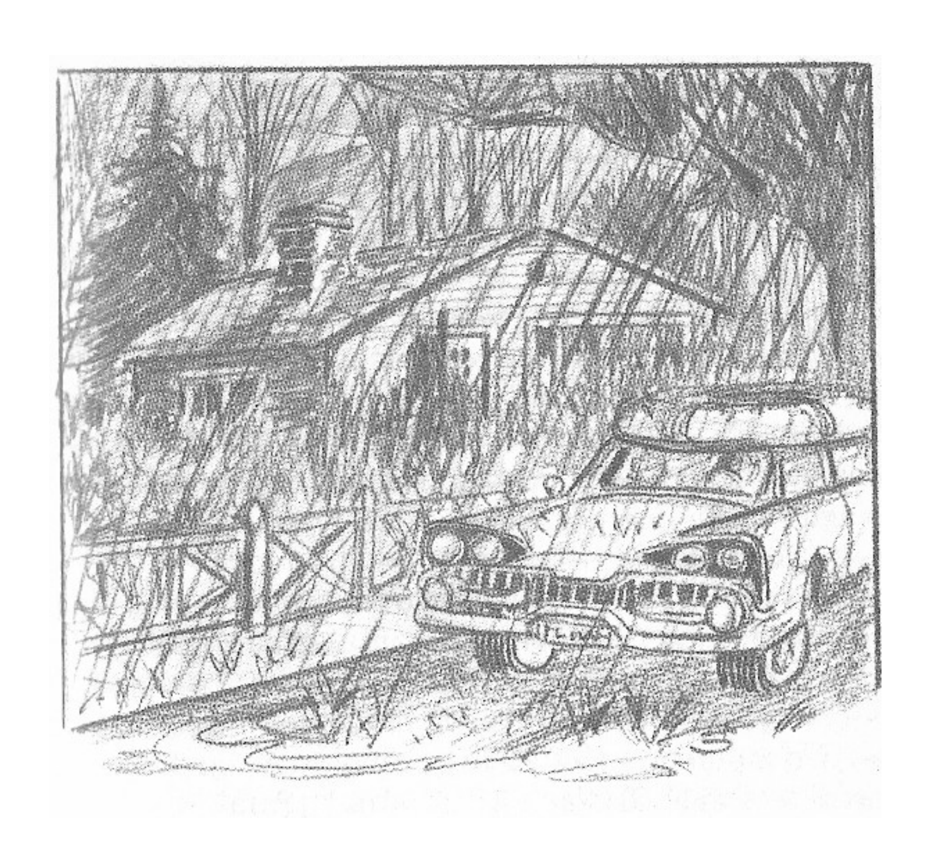
—Estamos sobre tierra firme —dijo Trixie.

—Por el momento sí —reconoció Jim que, por cierto, se había puesto pálido.

—No nos dejemos llevar por el pánico —aconsejó Trixie—. Echaré otro vistazo. Me parece ver algo allí. ¡Mira, Jim!

—¿Estás loca, Trixie? —le gritó Jim exasperado—. Olvídate de esa casa del bosque. Parece que no te das cuenta de que estamos en peligro. No sé qué hacer.

—Es verdad —reconoció Trixie humildemente—. Vaya lío en el que nos hemos metido. Y parece que la cosa va a más. Jim…



—Ya lo sé, Trixie, ¿y qué? Más vale que se te ocurra algo enseguida.

—Salgamos de aquí y bajemos la barca —dijo Trixie—. Siempre estaremos más seguros en una barca que dentro del coche.

Y sin pensarlo más, salieron todos inmediatamente.

Al cabo de unos minutos, Trixie dijo:

—Rápido, Jim… eso es… este lado ya está suelto. ¡El agua ya nos llega por los talones! ¡Empuja la barca, Jim! ¡Así… ahora!

La pequeña barca de remos cayó al agua; y los tres amigos se subieron a ella segundos antes de que las aguas arrastraran el coche hasta el medio de la corriente.

—Allá va nuestro último enlace con tierra firme —entonó Jim— allá va el orgullo de Ben. Honey, Trixie, coged vosotras este remo, que yo cogeré el otro. Me da… la impresión… de que éste… es el mayor… aprieto… en el que nos hemos visto en nuestra vida.

Las chicas no tuvieron valor para responder.

—Agarrad el remo con fuerza —ordenó Jim—. Hay que hacer girar la barca. Se la está llevando la corriente… y… tenemos… que dar la vuelta —dijo jadeando.

Las dos chicas trataron de mantener quieta la barca, con todas sus fuerzas. Jim luchó con su remo contra la fuerza del agua hasta que por fin la barca viró.

—¡Ahora, remad! —gritó Jim—. ¡A remar!

—¿Ves aquel gallinero? —preguntó Honey—. Me figuro que todos los pollitos se habrán ahogado. ¿No os da pena? —dijo tapándose la cara con las manos.

—¡No pienses en eso y sigue remando! —gritó Jim.

—¡Un momento! ¡Mirad lo que hay en el tejado del gallinero! —señaló Trixie—. ¡Para, Jim! ¡Para!

—Lo haré si me explicas el motivo —dijo Jim—. No vamos de paseo, Trixie. ¡Nos hemos metido en un buen follón!

—Tienes que dejarte llevar hasta que ese gallinero llegue hasta donde estamos nosotros —dijo Trixie—. Jim, hay un cachorrillo en el tejado. Está llorando. ¿Lo oyes? Tenemos que salvarlo.

—¿Y estrellamos contra ese enorme gallinero? —dijo Jim indignado—. ¿Es que has perdido el juicio, Trixie?

—No —dijo Honey mientras remaba—. No podemos dejar que ese perrito se ahogue. Mira, Jim… es un cachorro de setter…

igualito que nuestro Reddy.

—¡No llores, chiquitín! —dijo Trixie con voz lastimera.

Y el cachorrillo la oyó, y se puso a ladrar como dando a entender: «Estos chicos van a salvarme».

—Bueno, está bien —accedió Jim—. Pobre cachorrito. Sujetad bien el remo; voy a ver si puedo acercarme algo más al gallinero.

—Ha tropezado con un tronco —dijo Trixie—. Gracias a Dios. Ahora, si remamos con fuerza, conseguiremos acercamos antes de que la corriente se lo lleve.

Jim, con los ojos fijos en el cachorro y midiendo la distancia que los separaba de él, empezó a remar con todas sus fuerzas.

—¡Ahora! —exclamó en tono triunfal—. ¡Salta, amiguito! —y sujetó el remo con una mano mientras cogía al perro con la otra.

Y el cachorro, como si hubiera entendido sus palabras, saltó. Jim lo agarró de las patas delanteras y lo dejó en el regazo de Trixie.

—Ahí tienes a tu cachorro —dijo—. Ojalá estuviera yo tan seguro de poder salvaros a vosotras. Tenemos que recuperar la distancia que hemos perdido en este lío. ¿Veis aquel granero rojo?

Jim señaló un granero del cual sólo asomaba el tejado rojo, bastante lejos, situado aproximadamente a la entrada del camino que llevaba al Bosque de los Nogales.

—Ya lo veo, Jim —dijo Trixie.

—Pues no lo perdáis de vista. Ése será el lugar donde esperaremos a que disminuya un poco el nivel del agua. Es el segundo granero de Ned. Hace poco su padre compró el terreno. No hay ninguna casa, pero él utiliza el granero. Ben me lo dijo cuando fuimos a pescar. ¡Confío en que lo logremos!

—¡Lo conseguiremos! —dijo Trixie, apretando los labios—. ¡Lo conseguiremos! —repitió Honey con la misma seguridad—. Me estoy encomendando a todos los santos…

—Supongo que eso es lo que hemos estado haciendo todos —confesó Jim—. No te detengas ahora. ¡Trixie, por Dios…! ¿Qué es lo que haces?

Trixie había sacado los gemelos del bolsillo y, al mismo tiempo que ayudaba a Honey cogiendo el remo con una mano, se había llevado los binoculares a los ojos con la otra tratando de observar el corazón del bosque.

—No tengo más remedio que mirar —explicó—. Después de

haber pasado por todo esto… y por lo que podemos seguir pasando… quiero echar una última ojeada por si puedo descubrir algo en ese bosque. ¡Jim, Jim!

Se puso tan nerviosa que se le cayeron los gemelos. El perrito, asustado, saltó de su regazo, y se puso a ladrar.

—¡Siéntate! —le ordenó limo.

—Ya estoy sentada —gritó Trixie—. ¡Jim, he visto una cosa! Tengo que volver a mirar. Sí. ¡Los veo… está tan claro como el agua! Jim, son los ladrones, estoy segura… allí, en el extremo del bosque. Se han quedado aislados en un camión enorme. ¿Y a que no adivináis lo que hay dentro de ese camión?

—¡No tengo ni idea, pero siéntate! Por el amor de Dios, siéntate, Trixie —suplicaba Jim—. Te juro que soy capaz de darte con el remo en la cabeza si no te sientas ahora mismo. Estamos en peligro, Trixie. ¡Siéntate!

Pero Trixie no parecía escucharle y seguía pendiente de su descubrimiento.

—¡Son fardos de lana! —exclamó—. Eso es lo que tienen en el camión… ¡fardos y fardos de lana! Nos están haciendo señales para que nos acerquemos. ¡Jim, son los ladrones! ¡Lo son! ¡Qué maravilla; son los ladrones! Puedo decirle al comisario exactamente dónde puede encontrarlos… exactamente… ¡y están atrapados! ¡Ten, toma los gemelos… mira!

Honey no pudo hacer nada; Trixie perdió el equilibrio, y hubo un momento en que perdieron el control de la barca.

—¡Trixie! —chilló Jim—. ¡Trixie Belden! ¡Siéntate!

Aunque un poco aturdida, Trixie se percató del peligro que corría; trató de recobrar el equilibrio ante los gritos insistentes de Jim, pero lo perdió definitivamente, y se cayó al río…

Peligro mortal • 16

—¡NADA! ¡Chapotea al menos! —le gritaba Jim—. Intenta no alejarte de la barca. Yo alargaré la mano. Honey, procura que la barca no se mueva. ¡Por aquí, Trixie… por este lado!

Trixie, en medio del agua sucia del río, luchaba desesperadamente por mantenerse a flote.

—No os preocupéis —les dijo a Jim y a Honey—. ¡No es la primera vez que me caigo por la borda!

—Pero no en medio de una corriente como ésta —dijo Jim—. Escúchame, Trixie. ¡Estás en grave peligro! ¡Mantenla quieta, Honey… sujeta ese remo con fuerza!

Honey, pálida del susto, se había sentado en la barca, como una estatua de mármol, sin tocar el remo siquiera. El cachorrillo se retorcía en su regazo, tiritando, con la cabecita apoyada en su hombro.

—¡Honey! —exclamó Jim—. ¡Reacciona!

Al final, tuvo que echarle agua en la cara con el remo. Su ayuda era imprescindible y, afortunadamente, el remojón le hizo reaccionar y cogió enseguida el remo.

—¡Sujétalo bien! —gritó Jim furioso—. Ahora, Trixie, ahora… así… espera un segundo; no lo intentes aún. Voy a arrimar un poco más la barca. ¡Ahora!

Trixie, chapoteando sin orden ni concierto, pero buscando instintivamente algo donde agarrarse, trató en vano de subir por el lado de Honey.

—¡Por ahí no! —gritó Jim frenético—. ¿No ves que le he dado la vuelta a la barca para que pudieras subir por la proa? ¡Ahora, así, inténtalo ahora, Trixie!

Pero Honey, ansiosa porque Trixie subiera al bote, se inclinó demasiado. La barca vaciló, vaciló… hasta que volcó, ¡todos se cayeron al agua! El perrito, aterrorizado, chapoteaba con fuerza junto a Jim.

—¡Ay, Jim! —se lamentó Trixie—. ¿Qué es lo que he hecho?

—¡Aguantad, chicas! —las animó Jim—. No perdáis la fuerza hablando. Gracias a Dios sabéis nadar. Sujeta aquel remo, Trixie,

que yo sujetaré el otro. Voy a darle la vuelta al bote. ¡Así! ¡Ya va… ya está el cachorro dentro, y el remo! Tírame a mí el otro, Trixie… muy bien… adentro con él. Ahora manteneos a flote y nadad hacia la orilla. ¡Tenemos que alejamos de la corriente!

—¿Y qué vas a hacer tú? —dijo Trixie—. No podemos abandonarte.

—Trixie, por favor, no hables. ¡Haced lo que os digo! Yo tiraré de la barca hacia mí. ¡Cuidado con tragar agua! A Honey y a Trixie les pesaba la ropa como un muerto, pero sacaron fuerzas de flaqueza y, sobre todo, del miedo, y despacio, pero con seguridad, consiguieron apartarse de la corriente.

Tras ellas Jim hacía grandes esfuerzos, remo1cando la barca con un brazo y tratando de nadar con el otro.

—Esperadme ahora —gritó—. Moved los pies, si podéis. Cuando os alcance, poneos a ambos lados. Yo procuraré meter la barca entre las dos.

Honey y Trixie le obedecieron sin dilación, intentando permanecer en el mismo sitio. La corriente ya no llevaba tanta fuerza. Y la lluvia ya no caía con la misma violencia.

El bote se le escapó a Jim un momento, pero pudo recuperarlo. Lentamente fue metiendo la ligera embarcación entre las dos chicas. Entonces hundió un poco la popa y le indicó a Trixie que subiera a bordo.

Y así lo hizo; luego él fue nadando hasta el otro lado y ayudó a subir a Honey; finalmente, con las dos chicas sentadas en —popa, Jim subió por la proa.

Agotados, los tres estuvieron mirándose un buen rato, sin decir nada. El cachorrillo, medio ahogado, se acurrucó contra Trixie en busca de calor, mientras le lamía la mano.

Jim tanteó bajo el asiento, abrió un compartimento cerrado herméticamente, y sacó de allí un cubo y una lata bastante grande.

—¡Hay que achicar agua! —dijo, una vez que hubo recobrado el aliento—. ¡Por turnos! ¡Estamos medio hundidos!

Y los tres se pusieron a achicar el agua. No les llevó mucho tiempo hacerlo.

—¡Mirad, estamos retrocediendo! —exclamó Trixie, alarmada, al dejar de echar cubos de agua por la borda y levantar la vista.

Y era cierto. Jim había olvidado, con todo el ajetreo de la

descarga de agua, que la corriente los arrastraría de nuevo río abajo.

—¡Coged los remos! —ordenó mientras cogía el suyo—. ¡Dadle con fuerza! ¡Con fuerza! Trixie, ¿qué te pasa? ¿Te has quedado paralizada?

—No —respondió Trixie—. Pero se me ha ocurrido una cosa.

—Olvídala. Concéntrate en aquel granero rojo que nos aguarda allí adelante… ¡rema hacia allí, Trixie! ¡Vamos!

—No puedo —dijo Trixie.

—¿Y por qué no? ¿Estás enferma? —dijo Jim, furioso.

—No; el problema, Jim, es que, sean o no ladrones, esos dos hombres siguen siendo seres humanos. Van a morir ahogados, igual que todos esos pollos y esa vaca, y eso es algo que no podemos permitir que suceda. Debemos volver y salvarlos.

Jim echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada tan estridente que Trixie y Honey se quedaron sin habla. ¿Habría perdido el juicio Jim, desesperado?

—¿Y cómo supones que pudiste verlos tan bien con tus gemelos? —preguntó Jim a Trixie—. Yo te lo explicaré: se deben encontrar en algún punto rocoso, muy por encima del nivel del agua.

—¿Y entonces por qué no hemos intentado nosotros ponemos a salvo donde están ellos? —preguntó Trixie con razón.

—Porque nos habrían quitado la barca y nosotros nos habríamos quedado allí aislados, mientras ellos escapaban —dijo Jim—. Ponte a remar, Trixie.

—Si… bueno, si me aseguras que están a salvo —dijo Trixie supongo que podemos dejarlos allí…

—Allí corren menos peligro que nosotros, Trix, y están bastante más cómodos —añadió—. ¿No estáis muertas de frío?

—Pues, la verdad, no me había parado a pensarlo —dijo Honey —. ¿Y tú, Trixie? Pero, ahora que lo dices, sí, estoy helada. ¿Tú no?

—Yo en este momento sólo pienso en ese granero —dijo Trixie —. Si conseguimos llegar hasta él sin problemas, entonces me dedicaré a pensar si tengo frío o no. Además, este amiguito nuestro es tan calentito… Cógelo tú un rato, Honey. Es como una manta eléctrica. Y tú, Jim.

—¿Sí? —contestó él, distraído.

—Si esos tipos se encuentran a salvo, y la carretera está cortada

por las inundaciones, no le resultará muy difícil al comisario Brown arrestarlos cuando le digamos dónde están; ¿verdad?

—Creo que tienes razón, Trix —dijo Jim—. Sólo espero que tengamos la oportunidad de contárselo. Ahora mismo lo que nos interesa es llegar a ese granero. Está oscureciendo, pero, gracias a Dios, ya casi estamos en la orilla… quiero decir, en el granero. Orilla… no hay ninguna, que yo sepa.

—¡Ay! ¡Allí! —dijo Honey, señalando con el dedo—, enganchado a aquel viejo árbol. Parece el cadáver de una oveja ahogada. ¡Qué horror!

Trixie miró hacia donde señalaba Honey.

—Sí, es terrible —dijo—. Pero también es extraño. A esa oveja la han esquilado, y todavía no ha llegado la temporada de esquila. ¡Claro, ahora lo entiendo! Eso es lo que los ladrones han estado haciendo: le robaban las ovejas a tío Andrew, las esquilaban para obtener la lana (que era lo que había en ese camión) y después vendían la carne a los propietarios de los congeladores de la zona.

—Bueno —dijo Honey—, parece que no estabas tan lejos de la verdad, después de todo, Trixie, cuando decías que el cordero que comimos en la barbacoa de Rivervale era robado. Tengo ganas de ver cómo el jefe del comité se traga sus palabras… ¡a ver si es capaz de hablarle otra vez a Ned en el tono en que lo hizo!

—¡Por favor… por favor! —dijo Jim—. ¡Remad! ¡Rumbo al granero! ¡Casi estamos llegando!

Las chicas, a pesar de su agotamiento, remaron hasta acercarse lo suficiente al granero para que Trixie pudiese agarrar la parte de arriba de una puerta que asomaba por el agua.

—¡No la sueltes! —le dijo Jim—. Yo arrimaré la barca. Tenemos que intentar subimos a esa puerta que estás sujetando y escalar hasta meternos por la ventana del henil.

¡Venga, Honey, estás al lado… vamos! ¡Súbete!

—No puedo —se lamentó Honey—. No puedo, no puedo, me es absolutamente imposible. ¡Estoy muerta de miedo!

—Yo lo haré, Jim —dijo Trixie—… Quédate sentada en el bote, Honey. No tiene importancia.

Trixie, sin soltar la puerta del granero, se subió a ella, escaló hasta el alféizar de la ventana y tomó en sus manos el perrito que le alcanzó Honey. Dejó al cachorro, y volvió a la ventana para ayudar

a su amiga que, algo avergonzada pero con más confianza, entró al henil, donde, de momento, estaban a salvo.

—Entra tú ahora, Jim —le dijo Trixie.

—Espera; primero tengo que amarrar el bote a alguna parte, antes de abandonarlo —dijo Jim—. Podría hacernos falta más adelante.

—Hay una cadena con una cuerda a cada extremo, debajo de donde yo estaba sentada —le indicó Trixie—. Es la que Ben utilizaba para atar la barca a la baca de su coche.

—Ya la he visto —contestó Jim—. Pero ¿de qué me sirve si no tengo dónde atarla?

—Si metes la mano en el agua y tanteas la puerta —respondió Trixie—, encontrarás el picaporte o algún cerrojo. Lo pisé cuando me subí al alféizar. Si tiene pestillo, a lo mejor puedes amarrarla allí.

—Lo intentaré —dijo Jim—. Seguro, ya lo tengo… y me será mucho más útil que un pestillo… ¡aquí está! —dijo, y, buscando por debajo del agua, metió la cuerda por el ojo de la cerradura, la tensó, hizo un nudo, le pasó a Trixie los remos por la ventana y se unió a las chicas, ya más seguro, dentro del henil del viejo granero rojo.

—Desde fuera —confesó Honey— nunca pensé que lo conseguiríamos. Me acordé de un montón de cosas… de lo buenos que han sido siempre mis padres conmigo… Ojalá…

—No te atrevas a decir eso que estás pensando, Honey Wheeler —dijo Trixie—. Aunque yo también he llegado a desear lo mismo —admitió—. Mamá y papá, Bobby…

—Y Sleepyside —dijo Jim—. ¡Puf! Nunca nos habríamos visto en un aprieto semejante en Sleepyside. Trixie, quiero que sepas lo mucho que te agradezco que me hayas ayudado a dejar a mi padrastro e integrarme en una nueva familia.

—Trixie, tú has ayudado a tanta gente… —dijo Honey.

—Tú también, Honey —dijo Trixie—. Ojalá pudiera pensar en algún modo de salir de este granero y regresar sin peligro a la Granja del Valle Feliz. A nadie se le ocurrirá jamás buscamos aquí.

—Nadie sabía que íbamos a venir al Bosque de los Nogales —dijo Honey angustiada.

—Pero Mart y Brian no tardarán en sospechar algo así —añadió Jim—. Ellos conocen bien a su hermana, y se pondrán a buscarnos

muy pronto.

—¿Pero quién va a buscarnos aquí, en esta ridícula isla, en medio de toda esta agua? —preguntó Honey—. ¿Encontrarán, al menos, nuestros cuerpos?

—Hay veces que da miedo oírte —dijo Trixie—. Se te ocurre decir las cosas más horrendas… ¡y encima nos las dices! ¡Honey Wheeler, me avergüenzo de ti!

—Yo también me avergüenzo de mí misma —dijo Honey—. Mart y Brian son tus hermanos, y tú los conoces mejor que yo. Sabes bien que ellos nos buscarán aquí.

—Si algo me fascina de Mart —dijo Trixie—, es su habilidad para leerme el pensamiento. Él sabrá, de alguna manera, —que os persuadí a los dos para que me acompañaseis al Bosque de los Nogales. Además, teniendo en cuenta que teníamos que volver a Sleepyside muy pronto, Mart se imaginará que yo nunca renunciaría a resolver el misterio y que no me marcharía sin haberlo intentado.

—Creo que tienes toda la razón —dijo Jim.

—Y también estoy segura —les dijo Trixie— de que alguien nos encontrará y nos salvará.

Jim se levantó del montón de heno donde estaban sentados y se acercó a la ventana. Tras observar lo que estaba ocurriendo, permaneció de espaldas a las chicas para que no se dieran cuenta del miedo que estaba sintiendo.

—Pues mejor será que se den prisa —dijo al fin—. Vamos a tener que salir muy pronto de este granero.

Trixie fue hasta la ventana, miró un segundo y dijo:

—Las aguas siguen creciendo. Ya está más alta… bastante más alta… que cuando nos metimos aquí.

—Sí. Y encima la barca se ha hundido —dijo Jim—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Creí que aquí estaríamos a salvo. Supongo que nunca de irnos abandonar el bote.

Desalentado, se sentó en el montón de heno y se tapó la cara con las manos.



—Todavía no está todo perdido —dijo Trixie—. Éste no es el sitio más alto del granero. Aún nos queda el tejado.

—Pero no hay modo de subir hasta ahí —dijo Jim.

—No estés tan seguro. ¡Arriba ese ánimo! —exclamó Trixie— ¿No seguimos vivitas y coleando gracias a ti?

—Yo sé cuando no hay nada que hacer —dijo Jim con voz sombría—. Sólo podemos rezar para que el agua no suba hasta aquí. Todavía nos quedan los pares del tejado.

—No —replicó Trixie—, eso no nos sirve. Tiene que haber alguna forma de poder cerrar esa ventana. Si hubiera un postigo o algo parecido… ¡O al menos una ventana corredera! —dijo mientras tanteaba por fuera de la ventana del henil—. Aquí no hay nada —concluyó— salvo una especie de ranura… por la que se supone que debería correr una ventana.

—Intenta encontrada, entonces —dijo Honey.

—¡No nos hace falta ninguna ventana! —dijo Trixie—. Jim, si logras subirte a esta ranura…

—Sí —exclamó Jim sin demasiado entusiasmo—, y si desde allí consigo subirme a la otra, y desde la otra… hasta los canalones —continuó Trixie—, y desde allí nos ayudas a subir…

—Yo no voy a ser capaz de hacerlo —dijo Honey, mirando con horror la altura del tejado.

—Yo iré detrás de Jim —se apresuró a decir Trixie—. Saldrá bien, Jim. ¡Venga!

Jim salió por la ventana, se agarró a la barra de hierro que tenía encima de él, y flexionando los brazos logró subirse a ella; luego buscó un buen apoyo en los canalones y escaló muy despacio hasta el tejado.

Hubo un momento en que estuvo a punto de caerse al agua pero, sin desanimarse, lo volvió a intentar.

Algo más tarde, Trixie, a salvo en el tejado, casi pierde el equilibrio cuando ella y Jim estaban ayudando a subir a Honey.

Fueron anécdotas que no quisieron recordar cuando ya los tres, y el cachorrillo (que Trixie llevaba en brazos) se dejaron caer agotados, en el tejado del granero.

Sin un sitio donde ir • 17

POCO A POCO todos se fueron tranquilizando al ver que, al menos de momento, el peligro había pasado. Entonces echaron un vistazo a su alrededor. La subida al tejado desde los canalones era gradual, y menos empinada conforme iba aproximándose al vértice. Allí había una cúpula que parecía bastante antigua.

Poco a poco iba oscureciendo. Con gran precaución, apoyando los pies en los canalones, Trixie se incorporó.

—Ya casi no se ve Sand Hill —dijo—. Pero no creo que el agua la haya alcanzado ya.

—¿Hay alguien que dé señales de vida por algún sitio… no se ven los faros de algún automóvil o cosa por el estilo? —preguntó Honey. Tenía tanto miedo que no se atrevía a cambiar de posición.

Jim le quitó a Trixie el cachorro y se lo puso en el brazo. Apoyando, como Trixie, los pies en el canalón, inspeccionó el área que tenían en torno suyo.

—Hay coches que vienen y van por la carretera del Puesto del Ejército —dijo—. Pero nadie parece encaminarse hacia aquí. Me figuro que la radio habrá advertido de la catástrofe provocada por el desbordamiento del río.

—Yo me atrevería a indicar dónde está la Granja del Valle Feliz —dijo Trixie—. Parece que han encendido las luces de la casa y los focos del patio. Y la casa de Ned, al otro lado de la carretera está más iluminada que nunca.

—A estas alturas ya deben sospechar que algo nos ha sucedido —dijo Honey—. Trixie, ¿tú crees que…?

—No digas eso, Honey —la interrumpió Trixie—. Mira, estamos a muy buena altura y… prácticamente secos.

—Bueno, a buena altura sí —dijo Jim—, pero secos… si me pongo a escurrir mi ropa, la riada crecería aún más. Por suerte ya ha dejado de llover.

—También es una suerte que hayamos traído las chaquetas —dijo Trixie—, aunque yo estuve a punto de quitarme la mía al caer al agua.

—Ahí sí que lo pasamos mal —dijo Honey, tiritando de frío.

—Tienes razón —dijo Trixie—. Pero al final todo salió bien, gracias a Jim.

—Ya cierta chica lista llamada Trixie Belden —añadió Jim—. Hermanita —dijo dirigiéndose a Honey—, procura desterrar el miedo. Ya sólo es cuestión de tiempo; pronto vendrán a salvarnos.

—¿Cómo? —preguntó Honey.

—En canoa —dijo Jim.

—¿Ah, sí? ¿Acaso viste alguna en el patio del tío de Trixie? —preguntó Honey desesperada.

—No, pero las había a montones en el lago Waterworks. Todavía las tenían cubiertas con lonas, en el dique, para el invierno.

—De poco nos van a servir aquí, a más de una milla del lago —dijo Honey, que tenía un gran sentido de la realidad pero que a veces era una aguafiestas—. Nadie puede hacer flotar una canoa por la ladera de Sand Hill.

—¿Te pasa algo, Honey? —preguntó Jim—. Siempre eres tú la que nos levanta el ánimo a los demás. ¿Cómo crees que han llegado esas lanchas hasta el lago? A remolque, claro. Siempre hay un modo.

—No habrá ninguna canoa buscándonos por ahí, ¿eh, Trixie? —preguntó Honey—. ¿Ves alguna luz… no sé cómo decirte… algún reflejo al menos, en el agua?

—Todavía no —respondió Trixie—. ¡Pero enseguida lo veremos!

La cosa estaba negra, y el cielo también, porque las estrellas brillaban como lentejuelas, y una luz pálida iluminaba débilmente desde el horizonte. Sólo se oía el sonido estruendoso de las aguas, y el susurro de los árboles arrancados que arrastraba la corriente.

De pronto el granero comenzó a temblar, como azotado por un terremoto.

Jim y Trixie volvieron a tumbarse en el tejado.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Honey con voz entrecortada.

—Algo debe de haber golpeado el granero por un costado, supongo —dijo Jim—. Un gallinero, o una de esas cosas donde se ahúma la carne, o cualquier otra cosa que haya arrastrado la corriente.

—¿Crees que corremos peligro? —le preguntó Honey con ansiedad.

—Lo dudo, hermanita —dijo Jim—. El cimiento del granero

tiene más de un pie de cemento armado. El granero es viejo, recuérdalo, y antes sabían cómo construir una casa. Además —añadió—, todavía estamos aquí, ¿no?

—Jim —dijo Trixie, que no había estado escuchándolos—, ¿no hay forma de enviar ninguna señal? Lo digo porque así, cuando empiecen a buscarnos en la zona inundada, nos localizarán antes.

—Una manera sería gritar como condenados —sugirió Jim—. Yo estoy dispuesto a hacerlo.

—Y también podríamos encender mi linterna —dijo Honey, sacándola del bolsillo.

—No me digas, Honey, que has tenido una linterna todo este tiempo —dijo Jim—. ¿Cómo la conservaste cuando te caíste al agua y demás?

—Me olvidé de que la tenía —explicó Honey avergonzada—. La guardé dentro del bolsillo. De todos modos, hasta hace un rato hemos tenido luz. ¿La agito?

—Perfecto —dijo Jim—. Yo me pondré a chillar.

Entonces Honey encendió la linterna haciendo una luz intermitente al mismo tiempo que chillaba Jim, y al cabo de un rato se pusieron los tres a gritar. El perrito empezó a ladrar con tal ímpetu que se le resbaló a Jim del brazo, cayó al tejado, y se deslizó poco a poco hacia la corriente de agua.

Jim se lanzó a por el pequeño y lo atrapó justo cuando éste llegaba a los canalones.

—Menos mal que lo has salvado —dijo Honey con voz entrecortada—. Si lo llegamos a perder ahora, me da un ataque. ¡Deja de llorar! —le dijo al cachorro, y éste, más asustado que nunca, ladró con todas sus fuerzas.

—¿Qué sucede ahora, Jim? —preguntó Trixie al ver en su rostro, iluminado apenas por la luz pálida de la luna, una expresión de desasosiego.

—Tenemos que subir aún más —dijo—. Venga, hay que escalar. Trix, tú primero.

—Jim, ¿qué sucede? No será que el granero se hundió un poco cuando esa cosa chocó contra él… ¿verdad? —preguntó Honey, trepando con dificultad detrás de Trixie.

—No, Honey —le contestó—, pero… bueno, me figuro que lo ibais a saber de todos modos, tarde o temprano. Aunque haya

dejado de llover, el río sigue creciendo. Las aguas ya han alcanzado los canalones. ¡Daos prisa! Tenemos que llegar al caballete del tejado. ¡Seguid! ¡Más deprisa!

La escalada se le complicaba algo más a Jim, porque llevaba al cachorro en una mano. Lentamente, sin embargo, fueron avanzando. Dos veces resbaló Honey, y dos veces tuvo Jim que sujetarla con el codo.

—¡Cógele la mano a Trixie! —ordenó.

—¡Aquí! —exclamó Trixie—. Me he atado la bufanda al brazo. Agárrala, Honey. Eso es, ¿ya la tienes?

—Sí, Trixie —dijo Honey a punto de desmayarse.

—¡Pues sujétala con fuerza! —gritó.

Arduamente, a tientas, los tres Bob-Whites prosiguieron la escalada.

—¿Sabéis una cosa? —les dijo Trixie en cuanto pudo ver por encima del caballete del tejado que no se está nada mal aquí arriba —. El tejado se aplana. Es una maravilla, Honey. Se está mucho mejor que en esa pendiente. ¡Trepa, venga! ¡Lo estás haciendo muy bien! ¡Vale! —dijo al fin dando un tirón de su bufanda.

—¿Por qué no se nos habrá ocurrido hacer esto antes? —preguntó Jim al ver el espacio amplio y plano.

—Pues por una razón muy sencilla… este tejado tiene una forma rarísima —respondió Trixie—. Una pendiente por un lado, y todo plano por el otro. ¿Cómo íbamos a saberlo?

—Es casi como el solárium que tenemos en casa —dijo Honey, suspirando, sintiéndose segura por primera vez desde que llegaran al granero.

El cachorrillo, tranquilizándose también, empezó a saltar y a jugar intentando morderse la cola.

Los Bob-Whites se echaron a reír, y el cachorro repitió su juego una y otra vez aumentando la velocidad hasta que estuvo a punto de caerse y tuvo que ser rescatado una vez más.

—Conozco exactamente el lugar que te corresponde —dijo Jim regañándole cariñosamente—. Ya tenemos bastante con todo esto, para que encima haya que salvarte cada cinco minutos. ¡Venga, adentro!

Y metió al perrito en una especie de nido que formaba la cúpula.

—Ahí estará a salvo —dijo Trixie.

—¡Pero qué ruido más horrible! —dijo Honey—. ¡Calla, pequeño! ¡Cállate un poquito, que todo esto es por tu propio bien!

—¡Déjale que dé los aullidos que quiera! —dijo Trixie—. A ver si alguien le oye. Jim se está quedando afónico. Mejor será que volvamos a hacer señales con la linterna, Honey.

—¿No veis ningún rastro de la barca? —preguntó Honey casi a punto de llorar.

—Ni uno, hermanita —dijo Jim—. ¡Pero levanta ese ánimo!

—Lo primero que habrán hecho, seguramente, al ver que no regresábamos a casa de Ned —dijo Trixie—, será ir a buscarnos a Valley Park.

—O al aeropuerto —dijo Honey—. Bueno, probablemente, lo primero que hicieron fue enfurecerse con nosotros por no volver a la fiesta.

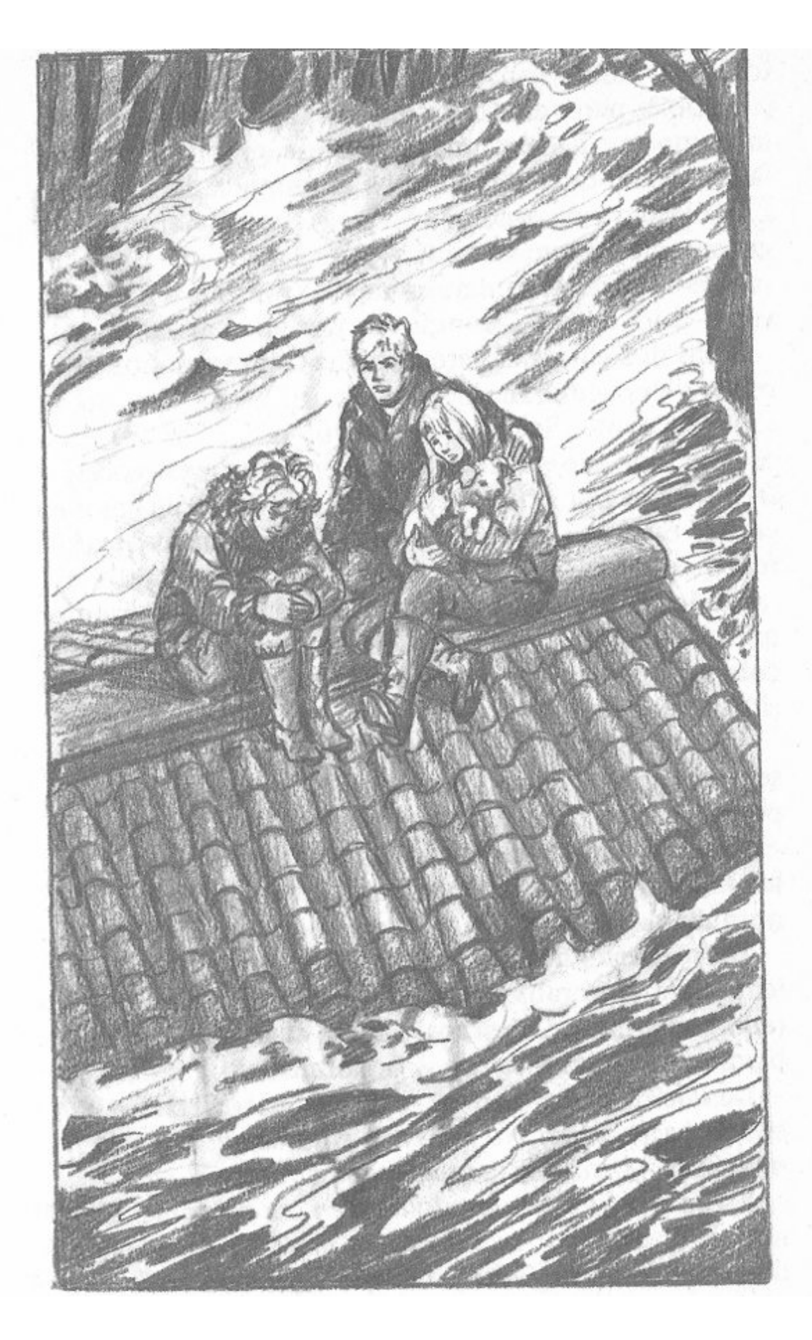
—Puede que tengas razón, Honey —admitió Jim—, pero todo eso ya es agua pasada (y nunca mejor dicho). Ya va siendo hora de que se les ocurra mirar por el río.

—Quizá la policía haya prohibido el paso a toda esta zona —dijo Honey.

—Es posible —dijo Jim—, pero entonces será la misma policía la que nos rescate. No creo que seamos los únicos que estemos atrapados.

—Pues a mí me parece que sí —dijo Trixie—. No hay ni una casa por estos alrededores que esté tan cerca del río como este granero. Esto es tierra baja, y nadie construye aquí, ni se dedica a cultivar, según nos explicó Ben, porque casi todos los años hay inundaciones.

—Pero no de este calibre —dijo Jim—… ¡si hasta el puente se ha ido abajo! Piensa en todos esos animales muertos. ¿De dónde han salido, si no había gente por ahí?



—De la parte alta del río, quizá —dijo Honey—. Jim, me temo que nos estamos quedando sin pilas. ¿No os da la impresión de que la linterna alumbra cada vez menos?

—Tienes razón —contestó Jim—. Será mejor que la apaguemos hasta que veamos alguna lancha.

—En ese caso, Honey, habrá que ponerse a chillar otra vez —dijo Trixie—, aunque tú ya estás casi afónica.

Y las dos chicas hicieron bocina con las manos y gritaron a pleno pulmón:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Pero todo fue en vano. El eco reproducía sus voces, que terminaban por extinguirse hasta que llegó un momento en que estaban —igual que Jim— tan afónicas que tuvieron que desistir.

—Me pregunto qué estará retrasando tanto nuestra búsqueda —dijo Honey—. Ya debe ser casi medianoche. Para colmo de males, nos hemos dejado los relojes en casa… ¡los tres!

—Todavía no son las doce —dijo Jim—. De eso estoy seguro, aunque de todos modos yo me imaginaba que la policía habría comenzado el rastreo hace horas.

Trixie notó una gran ansiedad en la voz de Jim. Pero había algo más grave que le preocupaba a ella y que los otros no habían intuido.

Ya los canalones estaban bajo las aguas, que seguían, lenta pero inexorablemente, creciendo. Trixie lo había notado hacía quince minutos. En ese cuarto de hora ya habían subido una pulgada, por lo menos.

De nada servirá decírselo a Jim —pensó Trixie—. No se puede hacer nada. No tenemos sitio adonde ir. No tenemos más remedio que quedamos aquí y… No se atrevía a pensar siquiera en esa palabra… ahogarnos. ¿Por qué, por qué no venía nadie? —se preguntaba desesperada—. Si fuese yo la que estuviera en la Granja del Valle Feliz, ya habría hecho las oportunas indagaciones para encontrar al que se hubiera perdido.

Trixie no logró engañar a Jim. Lo supo al verle los ojos, una vez que lo sorprendió mirando a aquella gran masa de agua.

Es curioso —pensó—. El agua parece tan inofensiva… que resulta increíble que pueda causar tantos estragos. Mientras tanto, el agua iba cubriendo las tablillas del tejado. Entonces, se le ocurrió

una cosa.

—¡Jim! —exclamó—. ¡Jim!

—Sí, ¿qué pasa, Trixie? —preguntó Jim.

—¡Siempre está la cúpula!

—Ahí no aguantarían más de dos personas —le explicó Jim.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Honey—. Es imposible sentarse, y hasta ponerse de pie, en esa cúpula.

Honey había estado metiendo los dedos por entre las barras de la cúpula, jugando con el cachorro, esperando con resignación que alguien los encontrara. En este momento se había vuelto hacia sus dos amigos, y los miraba angustiada.

—Con todo lo que hemos pasado —dijo—, ¿puede haber aún más peligro?

—Eso me temo, hermanita —dijo Jim con toda crudeza—. Pásame la linterna. Voy a usarla hasta que se le agoten las pilas. Ya no puedo gritar más. Y vosotras dos tampoco. Trixie es la que se ha quedado más afónica.

Honey le pasó la linterna.

Las dos le vieron pulsar el botón, y esperar desesperadamente que se encendiera, pero todo fue inútil. Jim, súbitamente furioso, terminó arrojándola al agua.

Un ruido en la oscuridad • 18

A TRIXIE le irritó ver a Jim en semejante estado, pues, en esos momentos, era imprescindible conservar la serenidad.

—Mirad —dijo—. No podemos rendimos. Jim, no puedo consentir que te pongas así. Has mantenido la calma durante todo el tiempo y ahora lo echas todo a perder.

—No, Trix, no la he perdido —dijo—. Pero también tengo derecho a desahogarme, ¿no? ¡Esa maldita linterna!

—Bueno, yo ya empiezo a hartarme de tanto teatro —dijo Honey—. No es difícil darse cuenta de que estamos en una situación límite. No hay más que mirar alrededor y ver toda esa agua cubriendo poco a poco más cada vez. Y estamos helados. Y muertos de hambre. Y, encima, nos hemos quedado sin voz, y ya no podemos ni pedir socorro. Y, por si fuera poco, nos hemos quedado sin linterna. Como comprenderás, ya no hay forma de verle el lado bueno a este asunto, Trixie.

—¡Cómo puedes decir eso! —dijo Trixie con tristeza—. Escúchame, Honey Wheeler. Pudimos habernos ahogado antes, cuando la barca volcó, y aquí seguimos.

—¿Y qué más da ahogarse en un sitio o en otro? —dijo Honey desesperada.

—Y además —prosiguió Trixie—, estamos muy arriba, en lo alto de este granero. Y la noche no es cerrada; la luna brilla cada vez con más fuerza. Y estamos bastante apartados de lo que es el centro de la riada. Puede que las aguas sigan creciendo. Puede que suban aún más, pero nosotros no estamos en la zona de más peligro, y, aunque así fuera, los cimientos de este granero son sólidos como la roca. De manera que haz el favor de alegrar esa cara, Honey.

—Lo siento, lo estoy estropeando todo —dijo Honey—. Quisiera tener un corazón tan grande y noble como el tuyo, Trixie…

—¡Bah, no digas bobadas! —dijo Trixie—. Sabes que no tienes razón. Lo único que tengo es confianza en que saldremos de este percance. Mirad, ¿y si nos distraemos un poco? Si seguimos hablando de esto acabaremos todos desquiciados. ¡Vamos a jugar a las Veinte Preguntas!

La sugerencia, por algún motivo, hizo reír a Honey.

No vamos por mal camino —pensó Trixie.

—Bueno, es posible que un juego parezca lo menos indicado —dijo Trixie—, pero ¿por qué no? Estoy pensando en algo.

—¿Animal o mineral? —preguntó Jim, contento de meterse en el juego y contribuir así a evadirse de la tragedia que se avecinaba.

—Animal.

—¿Manufacturado? —preguntó Honey.

—Sí.

—¿Le pertenece a alguien?

—No.

—¿Está vivo? —preguntó Honey.

—Ay, Honey —dijo Jim, buscándole las cosquillas—. ¿Cómo va a ser manufacturado y estar vivo al mismo tiempo?

—Sí —susurró Trixie con su voz ronca.

—Ya sé lo que es —dijo Honey con lágrimas en los ojos—. Se trata del pollo frito de la señora Schulz, y yo tengo tanta hambre, y tanto frío, y tantísimo miedo… Ya me he cansado de este juego; está muy pasado. Sólo deseo… ¡un momento! ¿Vosotros veis lo que yo estoy viendo?… Mirad allí, por donde dijisteis que se encontraba Sand Hill…

Trixie, que apenas había apartado la vista de allí desde que sobrevino la oscuridad, dijo emocionada:

—Sí, Honey… oh, sí, Honey… lo veo… una luz… y viene hacia aquí. ¡Eh!

Intentó gritar pero apenas pudo emitir ningún sonido. También lo intentó Jim que, con la emoción, se había olvidado de su afonía.

Sólo el cachorro, medio aullando, medio llorando, logró romper el silencio.

—Nadie va a prestarle la menor atención a un perro —murmuró Honey—. ¿Cómo vamos a hacerles saber que estamos aquí?

Jim arrancó una barra de hierro de la cúpula. Cuando oyó cerca el ruido del motor, se puso a golpear contra los goznes de la ventana de la cúpula. Aunque el ruido era fuerte y agudo, nadie llegó a oírlo en la barca. El perrito, asustado por los golpes, empezó a gemir desconsoladamente.

La luz de la barca se aproximó un poco.

—Es la linterna del señor Gorman —dijo Trixie—. ¡Una canoa

del Valle Feliz! ¡Por favor, haz que enfoque hacia este lado! ¿Qué vamos a hacer?

Bajo la pálida luz de la luna, pudieron distinguir dos figuras en la canoa.

—Uno de ellos es el señor Gorman —dijo Trixie.

—Y el otro es Mart, me parece —dijo Jim—. Si apagaran el motor un momento, procuraríamos hacemos oír de algún modo.

Como si le hubiesen leído el pensamiento, en ese instante apagaron el motor, y la lancha fue a la deriva. Entonces los llamaron con megáfono:

—¡Jim! ¡Jim! ¡Trixie! ¡Trixie! ¡Honey! ¡Honey!

—¡Es Mart! —respondió Honey, forzando la voz.

—Ojalá nos oigan —decía Trixie nerviosísima—. Lo intentaron los tres a la vez.

Pero sólo consiguieron hacerse daño en la garganta sin conseguir que los oyeran.

La canoa, o lo que fuera, se deslizaba cada vez más cerca, tanto que ellos sí que podían distinguir las voces de sus ocupantes.

En la barca, Mart volvió a llamarlos por el megáfono:

—¡Jim! ¡Jim! ¡Trixie! ¡Trixie! ¡Honey! ¡Honey! ¿Estáis ahí? ¿Dónde estáis? ¡Responded! ¡Jim! ¡Trixie! ¡Honey! ¡Trixie!

De pronto Trixie soltó la chaqueta que estaba agitando y, casi inconscientemente, se llevó dos dedos a los labios y silbó de un modo estridente: ¡Bob, Bob-White! ¡Bob, Bob-White!

En el bote, Mart dio un salto de alegría y respondió con otro silbido: ¡Bob, Bob-White! ¡Bob, Bob-White!

Jim y Honey no pudieron hacer otra cosa que abrazarse emocionados.

Pusieron en marcha el motor, y enseguida se encaminó hacia ellos como una flecha, deteniéndose junto al tejado del viejo granero.

El señor Gorman levantó su rifle y disparó al aire una vez.

Otro disparo le contestó desde algún punto, muy lejos de allí.

—Ya saben que estáis a salvo —dijo el señor Gorman—. ¡Gracias a Dios!

Llegaron a buen puerto a los pies de Sand Hill; unas cincuenta personas los esperaban. Había hombres, mujeres y jóvenes, entre los cuales reconocieron incluso a un grupo de estudiantes del instituto

de Rivervale.

Brian y Diana abrazaron a los tres en medio de gran alborozo.

Alguien les pasó mantas, para que se abrigaran. Algún otro los escoltó hasta un coche. Y subieron la colina, seguidos por una caravana de coches.

A Trixie se le durmió el cachorrillo en los brazos.

En la Granja del Valle Feliz, los esperaba la señora Gorman. Pasó enseguida a hacerse cargo de los Bob-Whites que llegaron arropados con las mantas.

—He preparado baños calientes para todos vosotros —dijo—. Hank, acompaña a Jim…

—Por Dios —dijo Jim—. ¡Sé bañarme solito!

Esto rompió la tensión. Todos rieron, hasta la señora Gorman. La figura alta y larguirucha de Jim se inclinó como una torre sobre el robusto, pero un poco achaparrado, señor Gorman.

—¡Cielos, no me refería a eso! —dijo la señora Gorman—. Solamente pretendía que Hank vigilara el calentador. ¡Queremos hacer algo!

Y, dicho esto, acompañó a Honey y a Trixie.

—Pon a calentar el café, Diana —le dijo—. En cuanto se cambien de ropa, van a necesitar comer y beber mucho, mucho café… y muchísimo descanso.

—Hemos estado clavados en el tejado de aquel granero tanto tiempo que estamos descansadísimos —dijo Jim—, ¡pero, guau, ropa seca y comida… qué maravilla!

—Que alguien le prepare al perrito un poco de leche, por favor —dijo Trixie—. Lo encontramos en el río, encima de un gallinero que arrastraba la corriente.

—Ven conmigo, Moisés —dijo Mart, cogiendo al cachorro y bautizándolo con un nombre nuevo.

—Ese nombre le viene al pelo —dijo Diana, riendo y llorando al mismo tiempo—. Moisés.

Cuando los náufragos bajaron por fin a la cocina, comprobaron que la señora Gorman había desterrado de sus dominios a todo el mundo, excepto a Ned y a los hermanos Hubbell, que se sentaron alrededor de la mesa, hablando todos al mismo tiempo.

—¿Qué fue lo que os retrasó tanto? —preguntó Honey.

—No se nos ocurrió pensar en la barca que había en la baca del

auto de Ben —dijo Mart—. Estábamos buscando el coche. Creíamos que… bueno, ¿qué tal si cambiamos de tema?

—Muy bien —dijo Trixie—. Entonces os revelaré yo un detalle de gran importancia.

Y describió a los dos hombres que había visto en aquel punto alto, cerca del bosque, el camión repleto de fardos de lana y los cadáveres de ovejas esquiladas que la corriente había arrastrado.

—Entonces sí que había una luz en el corazón del bosque —dijo el señor Gorman—. Al principio me pareció imposible, pero estabas tan convencida… Hoy mismo le hablé a la policía de tus suposiciones, cuando fui a Valley Park. El comisario Brown se rió en mi cara. Iré a avisarle. Ahora se tendrá que tragar sus carcajadas.

—Lo peor de todo esto —dijo Jim— ha sido el haber perdido el coche de Ben.

—Vamos, Jim —dijo Ben—, eso no tiene ni la menor importancia…

—Cuando mis padres se enteren de lo que estuvo a punto de sucedemos —dijo Honey—, le regalarán a Ben el mejor coche que haya en la ciudad de Des Moines.

—Ni yo mismo me reconocería detrás del volante de uno de esos cochazos —dijo Ben.

—El tío de Trixie se encargará de comprarle un coche a Ben —dijo el señor Gorman—. ¡Cuando pienso en las veces que me metí con él por llevar ese bote en la baca de su cacharro…! Deberían darle una medalla por no quitarlo de allí —añadió el señor Gorman con cierta vehemencia.

—¡Amén! —dijo Trixie—. Ben, no te puedes imaginarlo bien que nos vino la barca cuando el puente se cayó.

—Siempre es bueno tener una barca a mano —dijo Ben—. A propósito, ¿dónde está ahora?

—Amarrada a la ventana del henil del granero rojo —dijo Trixie —. Bajo el agua. Ben, cuando te den el coche nuevo, habrá una barca atada a la baca, aunque tengamos que dejar vacías las arcas de los Bob-Whites para ello. Cuando pienso en lo que podía habernos pasado…

—¡No! —suplicó la señora Gorman.

—Bien, la sabuesa Trixie dio con los ladrones de ovejas, por fin —dijo Mart—. ¡Belden y Wheeler, detectives privados, siempre

triunfan!

Por algún motivo, nadie consideró graciosa la broma, ni siquiera el mismo Mart al decirlo. El precio del triunfo de Trixie había sido, en esta ocasión, casi demasiado alto.

La pista que faltaba • 19

YA ERA TARDE cuando Jim acudió a la casa y Trixie y Honey entraron en la cocina, a la mañana siguiente, que ya era sábado. Diana llegó la última.

Se encontró con un jaleo inmenso. Moisés ladraba, acosado por los gatitos, que le hicieron huir hasta refugiarse detrás del horno.

—Teníamos que haberle puesto Jeremías, a ese cachorro —dijo el señor Gorman—. No paró de gemir en toda la noche. ¿No lo oísteis?

—Esta noche yo no habría oído nada, aunque el arcángel Gabriel hubiera hecho sonar su trompeta —dijo Trixie—. Pobrecito mío. Se habrá sentido tan solo. Debería habérmelo subido a mi dormitorio.

—Pues ahora ya no parece que se sienta muy solo —dijo la señora Gorman al tiempo que colocaba una bandeja de bizcochos bien calentitos delante de Trixie.

—Ben lo ha adoptado… a menos, claro está, que localicemos a su dueño. Dice que lo va a convertir en un perro de caza de primera. Y lo hará, os lo aseguro. Moisés es un buen cachorro, y Ben es capaz de entrenar a cualquier animal. Hasta ha enseñado a alguna ardilla a subírsele al hombro y a buscar las nueces que esconde en el bolsillo.

—Ben es un sol; mira que no haber puesto el grito en el cielo al saber lo de su coche y su barca… Con lo que le gustaba ese viejo cacharro. Señor Gorman, ¿ha ido la policía a detener a esos tipos?

—Sí —contestó el señor Gorman—. Los llevó a Valley Park y los encerró en una celda. Confiemos en que el castigo les sirva de escarmiento.

—Me da tanta rabia haber metido a Honey y a Jim en una cosa así, tan peligrosa —dijo Trixie apesadumbrada—, pero siempre es un alivio el haber resuelto el misterio de las ovejas desaparecidas, ¿no?

—Lo sería, si estuviéramos seguros de que está resuelto —señaló el señor Gorman—. El caso no está cerrado, ni mucho menos.

—¿Qué quiere decir con eso? Esos hombres salieron del bosque, donde se habían escondido —dijo Trixie con tenacidad—. Tenían un

camión lleno de lana. Nadie cría ovejas en ese bosque.

—Ellos han declarado que compraron la lana en el condado de Warren. Y el comisario no tiene pruebas para demostrar que no fue así. Están armando un buen follón, por el hecho de que los retengan en prisión de ese modo. El comisario Brown dice que la ley no le permite retenerlos por mucho más tiempo y que, si no consigue pruebas, tendrá que soltarlos antes de esa noche.

—Pero, señor Gorman, eso es terrible —dijo Trixie, levantándose de la mesa sin haber probado bocado—. Yo sé que han sido ellos los que han robado las ovejas.

—A mí también me da esa impresión, Trixie, pero eso no basta para probar nada contra ellos. El comisario Brown dice que le preguntaron cómo demonios iban a llevarse todas esas ovejas, a la vista de todos, con todos los perros por ahí.

—En eso tienen razón —dijo la señora Gorman—. No te preocupes, Trixie. Siéntate y acaba de desayunar. Lo que está bien, está bien.

Trixie hizo un esfuerzo por tomarse el desayuno, pero le fue imposible. ¡Estar tan cerca de la solución! ¡Y sabía que tenía razón! Había algo que no le dejaba tranquila. Algo le decía que había una pieza, en alguna parte, que completaría el rompecabezas. ¿Cuál sería?

La señora Gorman sacó a los gatitos al patio, y Tip y Tag entraron atropelladamente en casa. Al ver al nuevo cachorro se pusieron a jugar con él, dándole revolcones con el hocico.

De pronto, Trixie cayó en la cuenta de un detalle. Algo en el juego de los perros le sirvió para asociarlo con ciertos hechos.

—¿Y Jim? —preguntó.

—En el cuarto de al lado —dijo el señor Gorman—, leyendo el diario, con Honey. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, por nada —dijo Trixie—. Me voy a charlar un rato con ellos.

En el salón, Trixie, Honey y Jim estuvieron hablando sigilosamente. Sólo se oía el murmullo de sus voces.

Luego Trixie y Honey subieron rápidamente a su dormitorio, se pusieron las chaquetas, bajaron los peldaños de la escalera de dos en dos y salieron con Jim como rayos.

Tip y Tag corrieron detrás de ellos, a su alrededor, y delante de

ellos, ladrando, olfateando el suelo y olfateando el aire, contentos de tener a alguien con quien pasear.

—Me acordé de los perros —dijo Trixie— y de lo pesados que se pusieron en aquella parte del campo, cuando fuimos a cazar liebres.

—Con todas esas ovejas… —dijo Honey.

—Sí, y nosotros armamos tal escándalo que las espantamos. Parecían haber encontrado algo muy interesante en aquel rincón. Y en este momento, y en ese mismo lugar, hay un montón de ovejas —dijo Trixie.

—Es como si estuvieran buscando algo —dijo Jim—. Seguramente habrá algo plantado ahí que les encante comer. ¡Eh, Trixie! ¿De qué se trata?

—Algo muy apetitoso, para ellas, desde luego —dijo Trixie—. Pero el manjar del que hablabas no crece aquí. ¡Mira esto, Jim!

Trixie levantó un recipiente donde aún podían verse los restos de afrecho remojado. No lejos de allí había otro recipiente idéntico al primero… y otro más.

—A nadie se le ocurriría traer afrecho a esa distancia del granero ¿verdad? —preguntó Trixie.

—No creo —dijo Honey, pronunciando con cuidado—. Trixie, ¿ves toda esa lana pegada a la valla?

—Veo algo peor que eso —dijo Trixie—. Veo unas manchas enormes que por desgracia parecen de sangre… allí, en la alambrada, y aquí, en la hierba. Si no hubiese llovido tantísimo, podría afirmarlo con mayor seguridad.

—Alguien ha estado engañando a las ovejas con el señuelo del afrecho, y matándolas después —dijo Jim.

—¿No es monstruoso? —dijo Honey—. Pobrecillas. Los ladrones las habrán arrastrado por debajo de la valla.

—Claro —dijo Trixie—. Por eso los alambres están llenos de vellones de lana, de los enganchones.

—Me imagino que eso convencerá al comisario —dijo Jim con gran confianza—. Será mejor que vayamos a contárselo antes de que suelte a sus prisioneros y huyan para siempre.

—¿Ah, sí? —exclamó Trixie—. ¿Y cómo vamos a probar que fueron esos hombres, precisamente, los que robaron las ovejas? Sabemos que alguien lo hizo, y sabemos cómo lo hicieron, y estamos convencidos de que fueron esos tipos que el comisario tiene

encerrados en Valley Park, en la cárcel. Pero ¿cómo podríamos probarlo?

—Supongo que tienes razón, Trix —dijo Jim—. Estamos igual que empezamos.

—No tanto —dijo Trixie—. No tanto. Sólo tenemos que mirar bien por aquí y ver si podemos encontrar algo que acuse a esos hombres del robo.

—¿Las huellas de su camión? —dijo Honey, llena de impaciencia —. Vamos a meternos por debajo de la alambrada.

Jim levantó el alambre inferior para que las chicas pudieran pasar al otro lado; luego le ayudó Trixie.

—No podrían haber escogido un sitio mejor para salirse con la suya —dijo Trixie—. Este rincón ya está prácticamente en la carretera del Puesto del Ejército. No necesitaban siquiera llevar el camión hasta terreno blando, y así no dejaban huellas. No, aquí no hay nada.

Honey, dando patadas a todo lo que encontraba a su paso, le pegó a un objeto extraño con el pie. De una patada fue a parar justo delante de Jim.

—Una navaja —dijo ella—. ¡Qué horror! Está bien afilada, ¿eh? Aunque ahora esté empezando a oxidarse… no puede haber estado aquí mucho tiempo.

Trixie se agachó para verla.

—¿Tiene alguna marca? —preguntó.

Jim la cogió y la examinó con cuidado; luego se la pasó a Trixie.

—Yo no veo nada —dijo—. A mí me parece una navaja corriente, como todas. Puede que tú encuentres algo.

Trixie la miró detenidamente, y enseguida se la entregó a Honey, desilusionada.

—Pues sí que la hemos hecho buena —dijo—. Si es que había alguna marca… alguna huella, o algo por el estilo… nosotros ya la habremos borrado con tanto manosearla. Si uno de nosotros da con alguna otra cosa, por favor, vamos a dejarla donde esté; ya la cogeremos por una punta o con un pañuelo.

—Tengo la impresión de que nadie va a encontrar nada más —dijo Jim disgustado—. Tendría que haberme acordado de lo de las huellas dactilares.

—A este paso, Honey y yo tendremos que ponerle a nuestra

agencia de detectives el nombre de «Borrahuellas»; seremos la risa de todo el mundo —dijo Trixie.

—¿Sabes lo que diría Mart si estuviera aquí y hubiese oído lo que acabas de decir? —dijo Jim, soltando una carcajada.

—No —dijo Trixie—. ¿Qué?

—Elemental, querido Watson —dijo Jim—. Siempre anda llamándote «Señora de Sherlock Holmes», y a Honey, «Doctora Watson».

—Ojalá fuera de verdad Sherlock Holmes durante una media hora —dijo Trixie—. ¿Qué es eso que estás aplastando con el pie?

Jim levantó la bota.

—Un sombrero viejo —dijo, recogiéndolo del suelo.

—¡Cógelo por una esquina! —le ordenó Honey.

—No hay cuidado —dijo Jim—. En un sombrero tan viejo no habría forma de detectar ninguna huella.

—Mira a ver si hay algún nombre en la badana del sombrero —dijo Trixie—. Eso sí que nos serviría.

Jim volvió la copa del sombrero del revés y allí, grabadas en tinta negra indeleble, había unas iniciales: R. M.

—¡Guau! —dijo Trixie—. ¿Y si ésas fueran las iniciales de uno de esos tipos? ¿Alguno de vosotros le oyó al señor Gorman llamarlos por su nombre?

—Yo no —dijo Jim.

—Y yo tampoco —respondió Honey.

—Entonces vamos a averiguarlo —exclamó Trixie. Corriendo a toda velocidad, los tres Bob-Whites se metieron por la carretera del Puesto del Ejército, doblaron hacia la Granja del Valle Feliz, e irrumpieron en la cocina, agitando el sombrero a modo de bandera.

—¡Pero bueno! ¿Qué…? —balbuceó la señora Gorman.

—¿Qué mosca os ha picado? —preguntaron al unísono Mart, Diana y Brian.

—¡Llamad al señor Gorman, que venga aquí! —ordenó Trixie—. Está en el granero, ¿no? ¡Venga, deprisa!

La señora Gorman salió al porche y golpeó el triángulo que tenían colgado en la puerta. Su marido y Ben salieron corriendo del granero.

—Llame al comisario, señor Gorman —dijo Trixie, queriendo explicar todo atropelladamente—. Pregúntele los nombres de los

prisioneros… ¡deprisa!

—Pero ¿es que no estás en tu sano juicio…? —exclamó el señor Gorman.

—No les des lecciones, Hank —dijo la señora Gorman con gran calma—. Limítate a llamar al comisario, tal y como te ha dicho Trixie.

—¿De qué va esto? —preguntó Mart.

—¿A qué viene todo este teatro? —preguntó Brian—. Dinos, Trixie…

Trixie no contestó. Estaba demasiado nerviosa y sólo conseguía señalar el teléfono, para que el señor Gorman llamara a la comisaría cuanto antes.

Le pareció que tardaba años en marcar el número, pero al fin pudo escuchar el teléfono, que sonaba al otro lado de la línea.

¿Acaso no pensaba contestar nunca? —pensó.

—¿Oiga? ¿Es el señor Comisario? Soy Hank Gorman. Dígame, Joe, ¿cómo se llaman esos tipos que arrestó anoche?… Sí, los que llevaban el cargamento de lana en un camión… ¿Cómo ha dicho?… ¿Jake Burton?

A Trixie se le partió el corazón.

—¿Y el otro?… ¿Sí?… Ah, sí, le escucho… Rancy Miller.

Trixie, Jim y Honey se pusieron a bailar, cantando a pleno pulmón.

El señor Gorman los fulminó con la mirada para que se callaran.

—Aguarde —le dijo al comisario—. Espere un minuto, a ver si consigo entender a esta panda de locos —exclamó tapando el auricular. Consultó con Trixie, sonrió, y volvió a hablar por el aparato—: ¿Que qué prueban esos nombres? —dijo—. Bueno, nada más que esto: los chicos tienen la prueba que demuestra que ellos son los ladrones que venía persiguiendo. Está tan claro como que dos y dos son cuatro. Sí… claro, no los suelte. Estaremos en Valley Park enseguida. Sí, sí, esos son los canallas. ¡Adiós, Joe!



Un gran partido de Trixie • 20

TRIXIE, JIM, Honey y Brian, y Diana y Mart se metieron en la enorme furgoneta amarilla de la Granja del Valle Feliz y se pusieron en camino, rumbo al pueblo de Valley Park. Conducía el señor Gorman y Ben iba sentado a su lado.

Al doblar por la carretera, frente a la casa de Ned, hicieron sonar la bocina, y éste salió corriendo pues, al enterarse de lo que había ocurrido, quiso acompañados. Más tarde, carretera abajo, recogieron a los gemelos, los Hubbell, en su casa.

Al pasar por Sand Hill, Trixie miró el lugar donde se hallaba el granero rojo. Las aguas habían empezado a bajar. Sin embargo, en medio de la corriente sólo sobresalía una pequeña parte del tejado y la cúpula.

Trixie se estremeció, acurrucándose junto a Jim, que la abrazó cariñosamente.

—No pienses más en eso, Trix —dijo—. Estamos bien, todos, y allí, en Valley Park, están los ladrones que has estado buscando.

—Ya lo sé, Jim, y no estaba pensando en mí; nunca me perdonaré haber arriesgado tu vida, y la de Honey —dijo Trixie—. Y espero que mis padres no me prohíban meterme en otro asunto de detectives.

—No estoy seguro de que fuera a importarme mucho, si lo hiciesen —dijo Jim.

—¡Pero Jim! —dijo Trixie sin dar crédito a sus oídos—. ¿Y si alguien te dijera que no te convenía en absoluto fundar una escuela para huérfanos, la misma que has estado planeando montar desde que heredaste todo ese dinero de tu tío? ¿Qué pensarías?

—No es lo mismo —explicó Jim—. Tener una escuela no es peligroso. No me hace ninguna gracia imaginarme a mi hermana y a mi… bueno, a ti, Trixie, metiéndose en tantos jaleos continuamente.

Al llegar a la ciudad, supieron que la riada había sido la peor de la historia del condado de Polk. Una cuadrilla de hombres había estado trabajando todo el día, enterrando a los animales muertos. La gente de la ciudad se había pasado el día en barca, rescatando a

aquellos que habían quedado aislados. Por fortuna, no había habido ninguna víctima humana, pero de todos modos había que empezar a buscar alojamiento provisional para las familias que se habían quedado sin hogar en las áreas inundadas.

—Sobre todo para la gente que vivía en la parte alta del río —les dijo el comisario cuando entraron en el Palacio de Justicia—. Las aguas no habían crecido tanto desde hacía años, y me figuro que todas esas gentes creyeron que jamás volvería a suceder… ¡Es una lástima!

—Se han dado cuenta demasiado tarde —dijo Ben—. El río Mapache es un río peligroso, difícil de conocer. Y conozco a tres chicos que pondrían la mano en el fuego para ratificar mis palabras.

—Fue una locura que se metieran en ese bosque —dijo el comisario.

—Bueno, ya hemos hablado de todo eso en la granja. Quizá deberían haberse mantenido apartados del bosque. Pero si lo hubieran hecho, esos tipos que tienes encerrados nunca habrían sido arrestados.

—Supongo que habríamos acabado cogiéndolos —dijo el comisario disculpándose.

—Es posible —dijo el señor Gorman—. Para entonces, Andrew Belden se habría quedado sin ovejas. Trae aquí a esos canallas.

El comisario Brown ordenó a dos guardias que trajeran a los dos hombres a su oficina. Éstos entraron desafiantes.

—Se trata de nuestra palabra contra la de un grupo de chiquillos —dijo Rancy Miller.

—No sólo eso, Rancy —dijo el comisario Brown, enseñándoles el viejo sombrero y la navaja—. Han encontrado esto, y otros indicios, en un rincón apartado de la propiedad de los Belden —dijo—. Ven, Hank, firma esta declaración para su arresto.

Extendió un papel en su mesa, y el señor Gorman lo firmó en nombre de Andrew Belden.

Al ver los prisioneros el sombrero y la navaja, perdieron toda esperanza. Cuando se les preguntó cómo hicieron para robar las ovejas, explicaron que vigilaban hasta que metían a los perros en casa, a la hora de la cena. Entonces, y hasta que volvían a sacarlos a la hora de dormir, se ponían manos a la obra.

—¿Y cómo pudieron esconderse en el corazón del bosque? —

siguió interrogándole el comisario—. El camino está cortado, y luego no hay más que pura jungla.

—¿No se les ha ocurrido nunca seguir el río hasta cerca del lugar donde nos encontraron y adentrarse por ahí? —dijo con presunción Rancy Miller—. Nosotros nos abrimos paso a machetazos, a través de la maleza. Hay una vieja casucha de madera en el corazón del bosque… y una antigua destilería, también. Si nos hubiera dejado tranquilos, la habríamos puesto a funcionar en menos de una semana.

—En ese bosque pasan cosas que usted no se imagina —añadió Jake Burton, el otro ladrón.

Los dos hombres confesaron haber robado ganado no sólo de la Granja del Valle Feliz, sino de otras cuantas granjas en los tres condados que lindaban con el de Polk. Esquilaban a las ovejas, las sacrificaban, y vendían la carne a los propietarios de congeladores de comida.

—¡Luego, es cierto que era carne de cordero robado la que comimos en la barbacoa! —dijo Trixie llena de satisfacción.

—Existe una recompensa por su captura —dijo el comisario mientras llevaban a los prisioneros a sus celdas—. Y a mí me parece que nadie se la merece más que las dos chicas y el joven que nos ayudaron a encontrarlos.

—Si hay una recompensa —dijo Trixie—, yo creo que habrá que destinarla para comprarle a Ben un coche y una barca nuevos, ¿no estáis de acuerdo, Jim… Honey?

Todos coincidieron con ella de todo corazón. Estaban tan contentos que hubieran estado de acuerdo con cualquier cosa.

Después, cuando el grupo se metió en la furgoneta, vieron que se había concentrado una pequeña multitud que los saludaba y felicitaba con entusiasmo.

—Cualquiera pensaría que somos unos héroes —dijo Mart.

—¿Lo ves, Trixie? —dijo Brian—. Ya advertiste que intentarías llevarte parte de la fama cuando todo hubiera acabado.

—Yo no tengo por qué llevarme ninguna gloria —dijo Trixie—. Además, Mart me pareció el héroe más grande de la historia cuando llegó en esa barca, con el señor Gorman.

—Volvamos a la granja —dijo este último.

—Antes tenemos que ir de compras —dijo Trixie—. Bobby se

pondrá furioso si no le llevo nada.

—Pues está loco por tener unos guantes y una pelota de béisbol —recordó Mart.

—Mis dos hermanas gemelas querrán muñecas —dijo Diana—. El otro día vi unas muñecas indias preciosas, en un escaparate. También tengo pensado llevar unos disfraces de indio para mis hermanos gemelos. Y la señora Gorman nos ha dado mermelada para nuestras madres.

—A ver si se hunde el avión —dijo Jim—. De todos modos, tendremos una hora entera en el aeropuerto de Chicago. Vamos.

Ya era bien entrada la tarde cuando la furgoneta amarilla se metió por la carretera del Puesto del Ejército, de regreso a la Granja del Valle Feliz. Allí encontraron el patio lleno de coches, y un montón de admiradores esperándolos.

Se había corrido la voz acerca del peligro que habían pasado, y de su rescate, y había llegado hasta muy lejos. Y ahora se añadía lo de la captura de los ladrones.

Dot estaba allí. El resto de los chicos que habían conocido en la pista de patinaje también estaban. Era como si todo el equipo de baloncesto del Instituto de Rivervale se hubiera dado cita allí… incluido el entrenador.

—Anoche nos dejó en la estacada, señora Gorman —dijo uno— pero ahora nadie nos moverá de aquí. No todos los días tenemos héroes y heroínas en este pueblo.

Trixie y Honey, abrumadas, buscaron refugio a la sombra de Jim, quién se quedó allí plantado, muerto de vergüenza.

—¡Pero bueno, si lo único que hicimos fue salvar el pellejo! —dijo.

—Y dar con esos ladrones —dijo Mart con orgullo.

—¡Contádnoslo todo! —dijo un hombre, cuyo rostro estaba tan rojo como un tomate, abriéndose paso entre la multitud—. Soy del periódico local —dijo—. He traído conmigo a un fotógrafo… ¡Mike! ¡Aquí! Hazles unas cuantas fotos. Una media docena —dijo el reportero—. Una del cachorro en brazos de Trixie. Saca fotos de todos los chicos de Nueva York. Ahora, de los Gorman. Ah, venga, señora Gorman, ¿y a quién le importa que lleve puesto el delantal? Ya Ben… ¿dónde se ha metido Ben? Allí, Ben, Mike te va a hacer una con los pastores escoceses.

Ben rehusó y se fue corriendo atravesando el prado, seguido de Tip y Tag, que ladraron al pasar junto a un grupo de ovejas que pastaban plácidamente, ajenas a todo el suceso. Mike, que no se rendía tan fácilmente, le puso un teleobjetivo a la cámara y acabó haciendo una foto de Ben con las ovejas.

—Magnífico —dijo el reportero—. Como además quería otra de las ovejas… a fin de cuentas, por ellas empezó todo esto. Y ahora, chicos, contádmelo todo.

Trixie, Honey y Jim, pese a su resistencia, no tuvieron más remedio que hablarle de las horas que pasaron en el agua y fuera de ella. Después el periodista consiguió que le describieran con detalle el proceso que les llevó a descubrir las pruebas definitivas que acusaban a Jake Burton y a Rancy Miller.

—Ya veréis cuando leáis el periódico —dijo el señor Gorman—. La historia será irreconocible. En el reportaje pareceréis los israelitas cruzando el Mar Rojo.

Poco a poco fueron retirándose todos a sus casas.

La señora Gorman invitó a cenar a Ned y a los hermanos Hubbell. Luego los Bob-Whites, con lo bien que se lo estaban pasando con sus amigos, se olvidaron de la hora. Y se hizo tarde. Su avión salía a las nueve de la mañana y a nadie se le había pasado por la cabeza hacer las maletas.

El tocadiscos no dejaba de sonar. Alguien encendió el televisor. Tip y Tag, y el setter, Moisés, correteaban a su alrededor, tropezando entre sí, con todos y con todo. Hasta los gatitos y Blackie se apuntaron a la fiesta, en esa última noche.

Sentados en sus sillas, junto a la chimenea, el señor y la señora Gorman observaban con una sonrisa complaciente.

—Ha habido demasiado silencio en esta casa durante mucho tiempo —le dijo la señora Gorman a Honey que, agotada después de una canción particularmente movidita, se había desplomado en una silla, a su lado—. Ojalá no tuvierais que volver a casa. ¡Mira a Ben! Trixie le está enseñando a bailar. ¡Santo cielo! ¿Qué es esa cosa de otro mundo que están bailando?

—Es lo último —dijo Honey—. ¡Y Ben es un buen bailarín!

—También a él le hacía falta un poco de acción —dijo la señora Gorman—. Os habéis portado muy bien con él, todos vosotros. Entre el trabajo y los estudios no tiene ni un momento libre. ¡El que

hayáis venido es lo mejor que le ha podido suceder a la Granja del Valle Feliz!

Poco a poco fueron seleccionando una música menos rítmica pero más melódica. Ned y los hermanos Hubbell entendieron la insinuación de la señora Gorman, que habló de la necesidad de ir haciendo las maletas, y se fueron, prometiendo, eso sí, estar sin falta en el aeropuerto por la mañana, cuando los Bob-Whites fueran a coger el avión que les llevaría de vuelta a casa.

—¡No olvidéis apuntar nuestros nombres y direcciones en vuestras agendas en cuanto lleguéis a casa! —dijo Trixie—. ¡Y acordaos de enviamos esa información sobre lo que hacéis en las Cuatro Haches!

—¡Y que no se os olvide venir a visitarnos el Verano que viene! —les dijo Mart desde el umbral de la puerta, mientras los tres amigos se iban y se metían en el coche rojo de Ned.

—A lo mejor nuestros padres nos dejan que vayamos con el coche —dijo Ned—. Yo he llegado hasta San Luis con este coche. Supongo que a mi padre no le importará si le digo que pienso ir hasta Sleepyside. ¡No os extrañéis si en junio nos veis doblando por Glen Road hacia Crabapple Farm!

—¡Guau! —exclamó Trixie—. ¿Os imagináis?

Ya en casa, el señor Gorman sacó a los perros para que vigilaran la granja por la noche y salió con la linterna a «darle, como siempre, las buenas noches a la granja», antes de ir a la cama. Trixie se puso a su lado, bajo el marco de la puerta, y observó con melancolía la noche cerrada.

—¡Que noche tan hermosa! —exclamó en voz baja—. Iré corriendo a ver al corderillo negro y a los caballos, para despedirme de ellos. El cordero va a estar bien ahora, ¿verdad, señor Gorman?

—Sí, Trixie —le contestó—. Y las demás ovejas también, gracias a ti.

Cuando regresó el señor Gorman, todavía estaban los Bob-Whites haciendo tiempo en el salón sin decidirse a hacer las maletas.

De pronto, se alarmaron al oír el teléfono.

El señor Gorman miró el reloj: eran las doce de la noche.

—¿Quién demonios —dijo— llamará a estas horas?

—Descuelga y lo sabrás —sugirió la señora Gorman con una

sonrisa.

El señor Gorman la obedeció y, al cabo de unos segundos, se volvió junto a los chicos lleno de alegría.

—¡Es de Glasgow, Escocia! —dijo—. ¡Andrew Belden!

Todos se arremolinaron en torno al teléfono; al principio escucharon unos ruidos intermitentes hasta que por fin oyeron la voz de tío Andrew.

—¡Bueno, esto sí que es una sorpresa! —dijo el señor Gorman—. Todo va sobre ruedas… No, no hemos perdido ninguna oveja en los últimos días, y no creo que vuelva a suceder… ¡Y no puedes figurarte quién lo ha resuelto!… Ha sido tu sobrinita, que está hecha una detective de categoría. ¡En serio!… Te estoy diciendo la verdad… Mira, pasó lo siguiente… pero… ¿queda tiempo para que te lo cuente?

Tío Andrew debió decir que sí, porque el señor Gorman le refirió todo lo sucedido. Luego le pasó el auricular a Trixie.

—Quiere hablar contigo —dijo.

—Claro que estamos bien —dijo Trixie—. No, nunca creímos que nos quedaríamos atrapados en la riada. Sí, todo va bien… ¡que sí! Quisimos coger a los ladrones para intentar así devolverte el favor que nos has hecho… ¡nos lo hemos pasado tan bien aquí! Ay, tío Andrew, ¡todo ha sido tan maravilloso…!

Trixie se dirigió al resto de los Bob-Whites diciendo:

—¡Va a traernos a todos jerséis de lana de Escocia!… Sí, tío Andrew, me figuro que va siendo hora de despedirnos. ¡Es la primera vez que hablo con alguien que está al otro lado del océano!… Sí, le diré a Ben que tendrá el coche que le compraste en Inglaterra para sustituir a su cacharro… ¡Qué rabia nos dio perderlo!… Tío Andrew, Ben me ha oído, y casi le da un ataque… Adiós, tío. Salimos mañana por la mañana, bien temprano. Y estaremos contando los días que faltan para que vuelvas a los Estados Unidos y nos visites en Sleepyside. ¡Adiós, tío Andrew! ¡Un beso! ¡Adiós!

A la mañana siguiente, la furgoneta amarilla de la Granja del Valle Feliz dejó a seis Bob-Whites felices y contentos en el aeropuerto de Des Moines. Apenas tuvieron tiempo para facturar el equipaje y subir al avión.

Desde la escalerilla, dijeron adiós a Ned, a Bárbara y a Bob, y

también a los Gorman y a Ben.

Poco después, el avión despegó.

Trixie se sentó al lado de Jim. Al otro lado del pasillo se habían sentado Brian y Honey, y delante suyo estaban Mart y Diana.



—ABRÓCHENSE LOS CINTURONES DE SEGURIDAD —sonó por los altavoces.

Trixie y Jim obedecieron.

Después, mientras la nave tomaba velocidad para el despegue, Jim sacó un paquetito del bolsillo.

—Es para ti, Trixie —dijo—. Lo compré ayer en Valley Park.

Trixie abrió una cajita que había dentro. Se quedó mirando como una boba lo que contenía: era una preciosa pulsera de plata.

—Lleva tu nombre, Jim —dijo, sonriéndole con cierta timidez—. Pónmela, ¿quieres?

—Sabes lo que significa, ¿verdad? —preguntó Jim, mirándola fijamente a los ojos.

—Dímelo —respondió Trixie.

—¿Por qué me lo preguntas…? —dijo Jim—. Lo sabes de sobra. Significa que eres una chica muy importante para mí, Trixie —dijo Jim.

Pronto el avión ganó altura y el paisaje se fue perdiendo allá abajo hasta que se vieron rodeados de cielo y nubes.

Trixie miró la pulsera y se sintió inmensamente feliz; enseguida puso su mano pequeña y fuerte en la de Jim. Él cerró sus dedos largos apretando con fuerza. Trixie cerró los ojos y se recostó en el respaldo de su asiento, sonriendo dulcemente.

FIN

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[1] Honey: Literalmente miel, también apodo cariñoso traducible como dulzura. < <

[2] Bob-white, cuyo nombre científico es *Colinus Virginianus*, es una codorniz parda norteamericana, abundante en los estados orientales de los EE.UU. El macho de esta especie tiene una franja blanca en la cabeza; de ahí el nombre de «white» (blanco). Se trata de un ave de caza muy popular. < <

[3] «Bob-Whites de Glen»: Literalmente el nombre del club se traduce como: «Codornices de la Cañada». < <

[4] Sleepyside-on-the-Hudson: Literalmente, Somnolienta-ladera-en-el-Hudson, Sleepyside es una pequeña ciudad en el condado de Westchester, del estado de Nueva York, por la que pasa el río Hudson. < <

[5] National Geographic Magazine: revista editada en Estados Unidos, que publica excelentes reportajes fotográficos sobre temas de historia y geografía. < <

[6] Crabapple Farm: Literalmente, Granja de las Manzanas Silvestres, se trata de una granja centenaria de madera, residencia de los Belden. < <

[7] Manor House: Literalmente, Mansión Señorío, suntuosa residencia y finca de los Wheeler. < <

[8] F.B.I.: Siglas que se corresponden a *Federal Bureau of Investigation* (Departamento de Investigación Federal), que son la Policía judicial de los Estados Unidos de América. < <

[9] Scotland Yard: Departamento de policía británica. <<

[10] Frontera, concepto que en los EE.UU., nació durante la llamada «conquista del Oeste», y separaba territorio indio de territorio blanco. Las gentes del Este veían estas poblaciones fronterizas como salvajes y poco civilizadas. <<

[11] Los «seniors», en EE.UU., son todos los estudiantes del último curso, antes de entrar en la Universidad; y también los estudiantes que están en el último año en la Universidad; aquí se refiere al primer caso. < <

[12] Cruz Roja: Organismo Internacional sin ánimo de lucro que ayuda a preparar comunidades para casos de emergencia y para su protección. <<